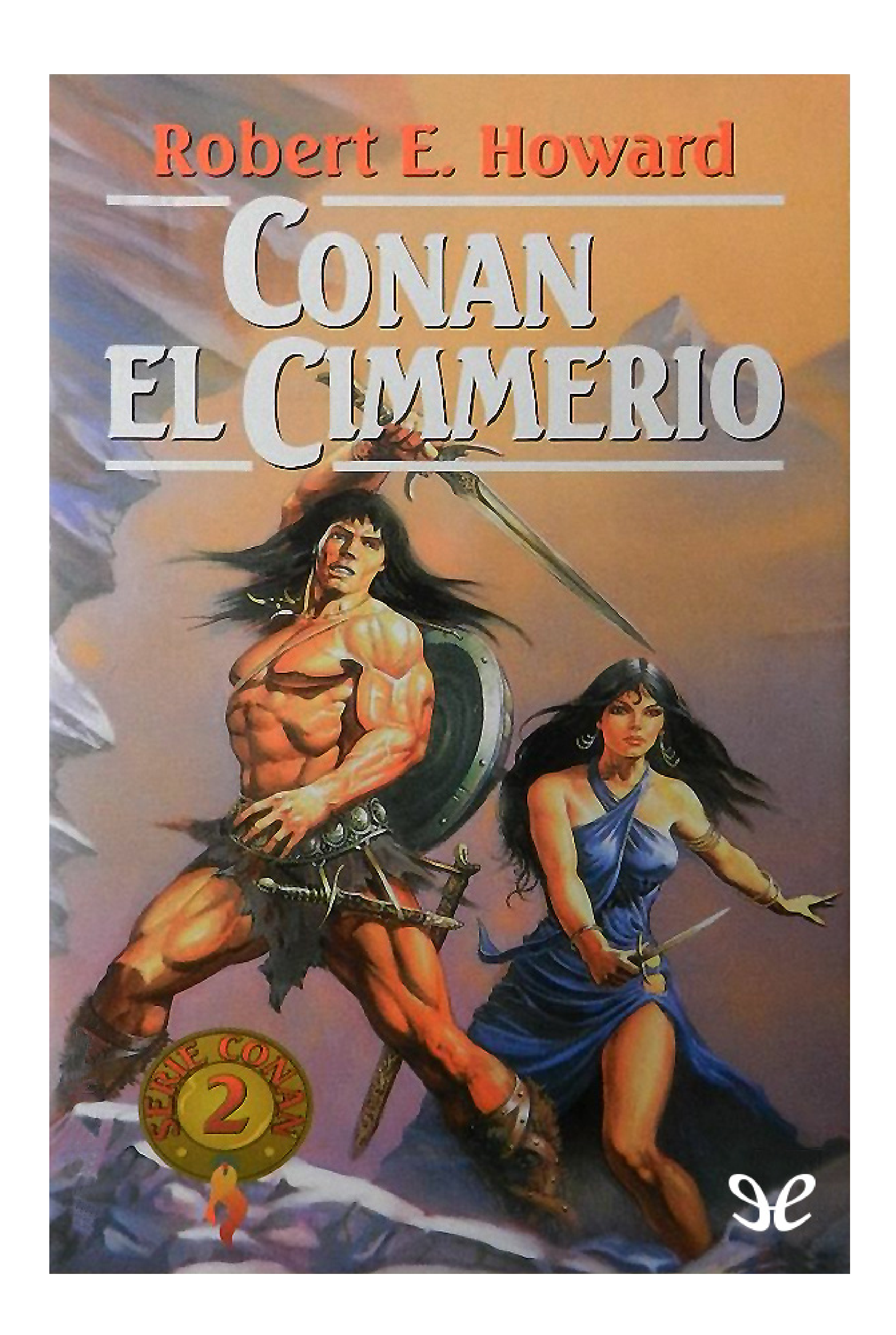

Robert E. Howard
CONAN EL CIMMERIO
SERIE CONAN
2

En una época anterior a la historia conocida, antes de que los continentes adoptaran su forma actual, recorrió el mundo un héroe indómito y legendario, de quien se dice que llegó a él en un campo de batalla. Su nombre es Conan.

Después de diversos vagabundeos por tierras hiperbóreas, Conan progresa como soldado del ejército turanio al servicio del rey Yildiz, aprendiendo los rudimentos de la guerra organizada. Sin embargo, el carácter inquieto del bárbaro le lleva a abandonar su puesto en busca de mejor fortuna, llegando a convertirse en un apátrida, asqueado por un lado de los usos de los reinos civilizados y aburrido al mismo tiempo de la vida simple en las aldeas bárbaras. Hasta que en su continuo deambular conoce a una mujer que dejará una huella imborrable en su vida: Belit, la reina pirata de la Costa Negra.



Robert E. Howard & Lin Carter & L. Sprague de Camp

Conan el cimmerio

Conan: Serie Conan - 2

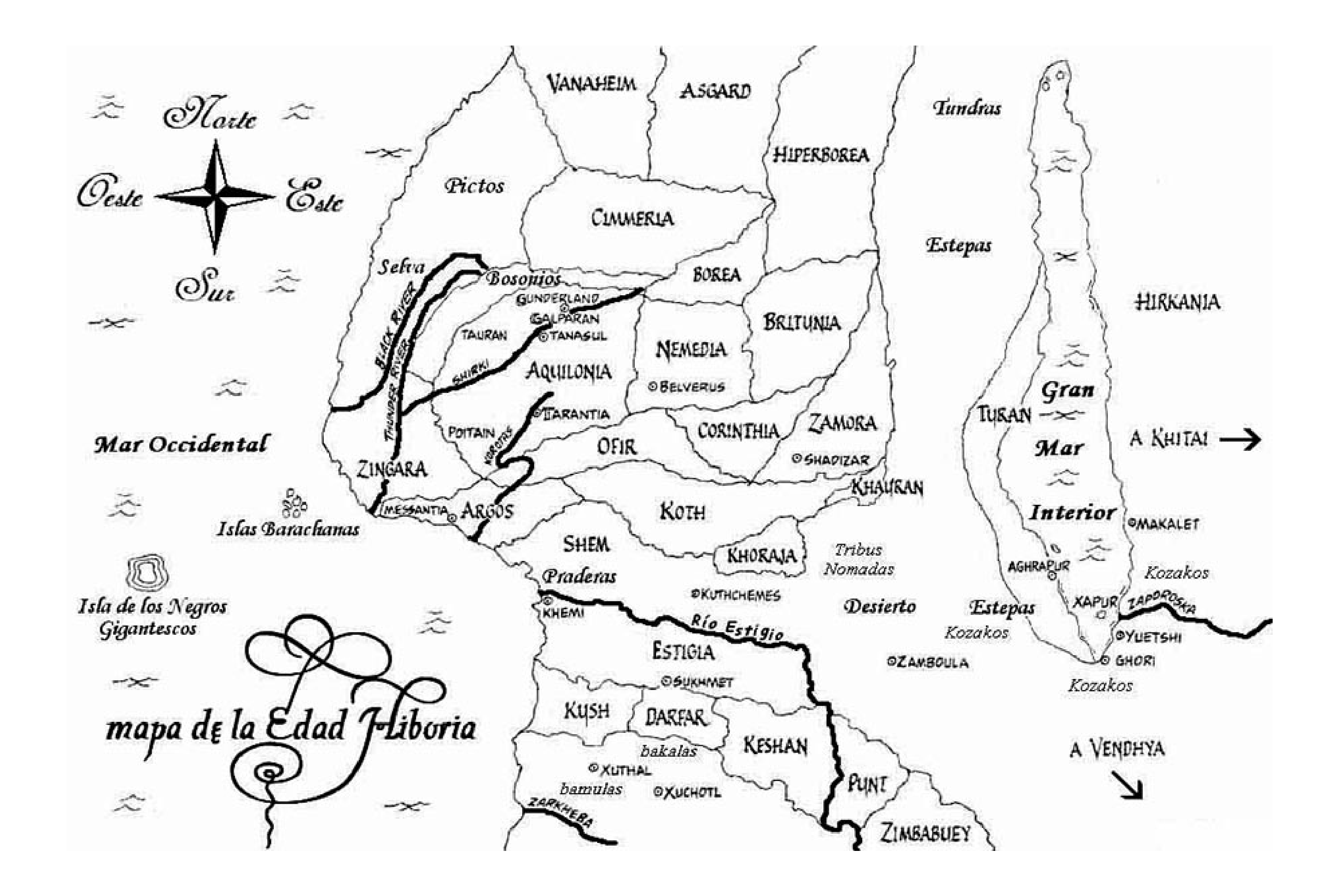
ePub r1.2
Titivillus 26.03.16

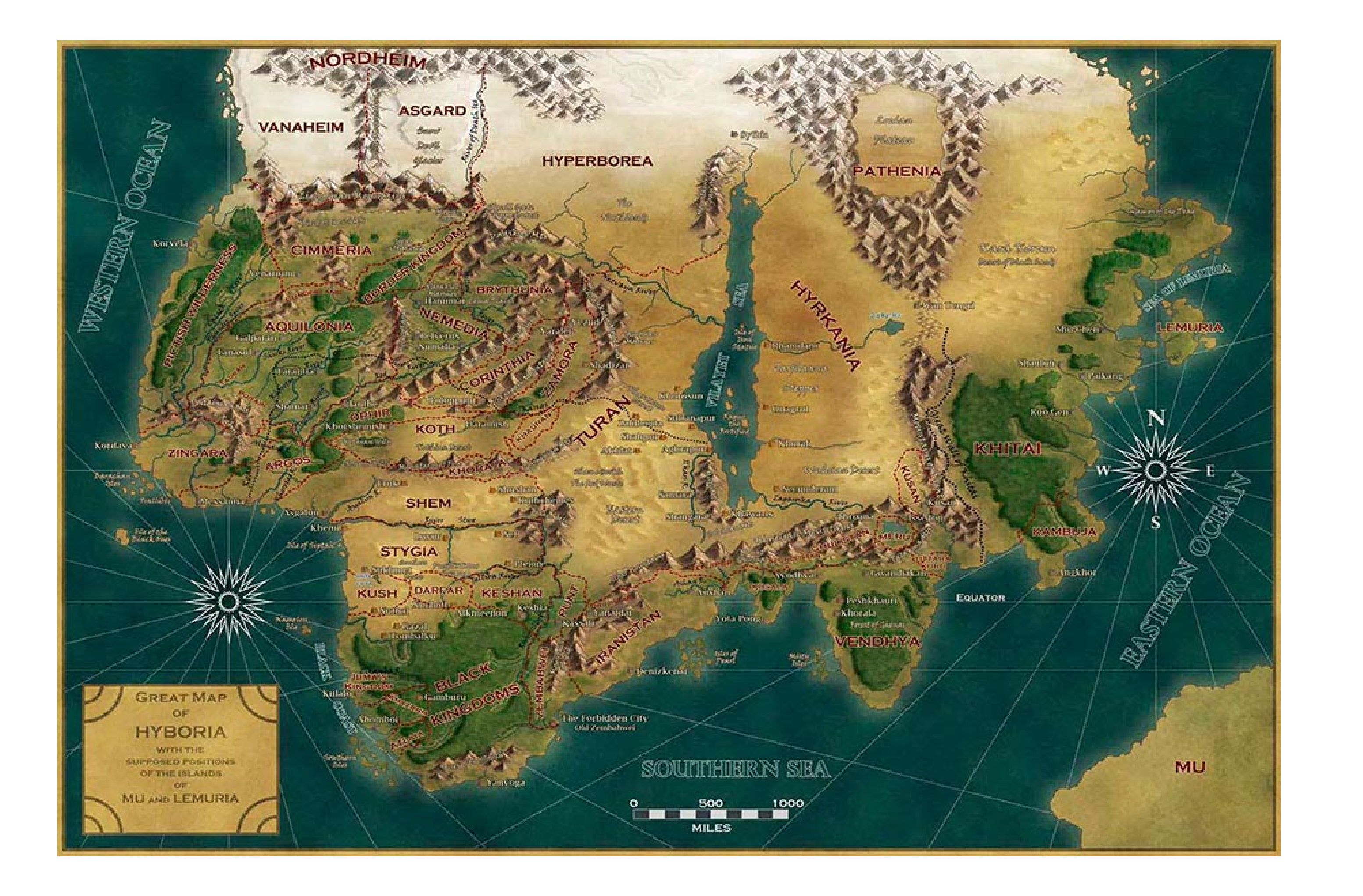
Título original: *Conan el cimmerio*
Robert E. Howard & Lin Carter & L. Sprague de Camp, 1969
Traducción: Beatriz Oberländer

Relatos
The curse of the monolith, L. Sprague de Camp & Lin Carter, 1968
The blood-stained god, Robert E. Howard & L. Sprague de Camp, 1955
The frost-giant's daughter, Robert E. Howard, 1932
The lair of the ice worm, L. Sprague de Camp & Lin Carter, 1969
Queen of the Black Coast, Robert E. Howard, 1934
The vale of lost women, Robert E. Howard, 1967
The castle of terror, L. Sprague de Camp & Lin Carter, 1969
The snout in the dark, Robert E. Howard & Lin Carter & L. Sprague de Camp, 1969

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




mapa de la Edad Hiboria
Norte
Oeste
Este
Sur
Mar Occidental
Islas Barachanas
Isla de los Negros Gigantescos
Pictos
Vanaheim
Asgard
Hiperborea
Cimmeria
Selva
Black River
Thunder River
Bosonios
Gunderland
Galparan
Tauran
Tanasul
Shirki
Aquilonia
Tarantia
Poitain
Khorotas
Zingara
Messantia
Argos
Borea
Nemedia
Belverus
Britunia
Corinthia
Zamora
Shadizar
Ofir
Khauran
Koth
Shem
Khoraja
Praderas
Khemi
Kuthchemes
Río Estigio
Estigia
Sukhmet
Kush
Darfar
Keshan
bakalas
Xuthal
bamulas
Xuchotl
Zarkheba
Punt
Zimbabuey
Tribus Nomadas
Desierto
Zamboula
Tundras
Estepas
Turan
Gran Mar Interior
Aghrapur
Xapur
Zaporoska
Yuetshi
Ghori
Makalet
Kozakos
Hirkania
A Khitai
A Vendhya



GREAT MAP
OF
HYBORIA
WITH THE
SUPPOSED POSITIONS
OF THE ISLANDS
OF
MU AND LEMURIA
NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HYPERBOREA
PATHENIA
CIMMERIA
BORDER KINGDOM
BRYTHUNIA
NEMEDIA
AQUILONIA
PICTISH WILDERNESS
CORINTHIA
ZAMORA
OPHIR
KOTH
TURAN
HYRKANIA
VILAYET SEA
ZINGARA
ARGOS
KHORAJA
SHEM
STYGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
PUNT
IRANISTAN
ZEMBABWEI
BLACK KINGDOMS
KHITAI
KUSAN
KAMBUJA
VENDHYA
LEMURIA
MU
WESTERN OCEAN
EASTERN OCEAN
SOUTHERN SEA
EQUATOR
N
E
S
W
0
500
1000
MILES
Korvela
Kordava
Khemi
Luxur
Sukhmet
Kheshia
Kassali
Shadizar
Khorshemish
Khoragal
Sultanapur
Aghrapur
Shangara
Secunderam
Yota Pong
Peshkhauri
Khorala
Kusan
Angkhor
Paikang
Shaulun
Ruo Gen
Kulalo
Gamburu
Abombi
The Forbidden City
Old Zembabwei
Yanyoga

Introducción

Robert Ervin Howard (1906-1936) nació en Peaster, Texas, y vivió la mayor parte de su vida en Cross Plains, ciudad situada en la zona central de Texas, entre Abilene y Brownwood. En los últimos diez años de su vida, este escritor fecundo y polifacético escribió y publicó lo que en aquella época se consideraban relatos menores de los géneros deportivo, de detectives, del Oeste, históricos, de aventuras, cuentos de misterio y de fantasmas, así como una gran cantidad de cuentos de aventuras fantásticas. Edgar Rice Burroughs, Robert W. Chambers, Harold Lamb, Talbot Mundy, Jack London y H. P. Lovecraft (de quien era colega y amigo), tuvieron una gran influencia sobre él. A la edad de treinta años, puso fin a una prometedora carrera literaria, suicidándose.

Los cuentos de aventuras fantásticas de Howard pertenecen a un género literario llamado «fantasía heroica», o también historias de «espada y brujería».

Estas historias no necesariamente se desarrollan en el universo tal como es o como fue, sino tal como debería haber sido; pueden tener lugar en el mundo tal como se cree que fue hace mucho tiempo o que vaya a ser en un futuro lejano, o también puede tratarse de otro planeta e incluso de otra dimensión. Se trata de un universo en el que la magia funciona y los espíritus son reales, pero aún no se ha descubierto la ciencia moderna ni la tecnología, o tal vez hayan sido olvidadas. Todos los hombres son fuertes, todas las mujeres hermosas, los problemas son simples y la vida es siempre una aventura.

Cuando están bien escritos, estos relatos proporcionan la diversión más pura que puede ofrecer una novela de cualquier género. Están concebidos fundamentalmente para divertir, no para educar, elevar el espíritu ni convertir a nadie a ninguna fe o

ideología. Están inspirados fundamentalmente en los mitos, leyendas y relatos épicos de tiempos antiguos y de pueblos primitivos. Después de varios siglos de indiferencia u olvido, William Morris resucitó y volvió a poner de moda el género en Inglaterra en la década de
1880-1890
. A comienzos de este siglo, lord Dunsany y Eric R. Eddison desarrollaron aún más este tipo de literatura. Luego, con la publicación de la trilogía de El señor de los anillos de
J. R. R.
Tolkien, este género recibió un gran impulso.

La aparición de la revista norteamericana *Weird Tales* en el año 1923 y de *Unknown Worlds* en 1939 creó nuevos mercados para la fantasía heroica, publicándose muchos relatos del género. Entre estos, destacaban los cuentos de Howard, que había escrito varias series de relatos de fantasía heroica, publicados en su mayoría en *Weird Tales*. De todas ellas, la más larga y popular incluía las historias de Conan. Dieciocho relatos de Conan fueron publicados en vida de Howard; otros ocho, desde manuscritos completos hasta meros fragmentos y esbozos, han aparecido entre los papeles de Howard a partir de 1950.

A finales del año 1951, encontré más manuscritos de Howard en el apartamento de quien era entonces el albacea literario de sus obras. Estos incluían algunas historias de Conan todavía no publicadas, que yo preparé para su edición. Glenn Lord, el albacea literario, encontró después manuscritos entre los papeles de Howard.

El estado inacabado en que se encontraba la saga de Conan me ha tentado a mí y a otros escritores a completarla, tal como hubiera hecho Howard de haber estado vivo. A comienzos de los años cincuenta, reescribí los manuscritos de cuatro historias de aventuras todavía sin publicar, que transcurren en la Edad Media y en la época moderna, y las convertí en relatos de Conan. Recientemente, mis colegas Björn Nyberg y Lin Cárter han colaborado conmigo en la tarea de completar las historias que Howard dejó sin terminar y en la creación de pastiches basados en algunas pistas que encontramos en las notas y cartas de Howard, a fin de llenar las lagunas existentes en el legendario relato. Corresponde al lector

juzgar el éxito de nuestra colaboración póstuma con Howard.

Antes de comenzar a escribir los relatos de Conan, Howard creó una seudohistoria del mundo de Conan elaborando una geografía, una etnografía y describiendo incluso las unidades políticas existentes en aquella época. Es en cierta forma la cantidad de datos concretos acerca del mundo imaginario de Howard la que brinda a sus historias intensidad y fascinación, así como su visión aguda, espléndida y consistente de «un universo de color púrpura, dorado y carmesí en el que todo es posible, excepto el tedio». Él incluyó este esquema cronológico y descriptivo en un largo ensayo titulado La Edad Hiboria, que aparece en dos partes en los libros de esta serie titulados Conan y Conan el vengador.

Según el esquema de Howard, Conan vivió, amó y se lanzó a sus desesperadas aventuras hace aproximadamente doce mil años, ocho mil años después del hundimiento de Atlantis y siete mil años antes del comienzo de la historia escrita conocida por todos.

En aquel entonces (según Howard), la parte más occidental del continente principal del hemisferio oriental estaba ocupada por los reinos hibóreos. Estos incluían una constelación de estados fundados tres mil años antes por los hiborios, los invasores del norte, sobre las ruinas del imperio maligno de Aquerón. Al sur de los reinos hibóreos se encontraban las belicosas ciudades-estado de Shem. Más allá dormitaban los antiguos y siniestros reinos de Estigia, rival y aliada de Aquerón en los tiempos de la gloria sangrienta de esta nación. Más al sur aún, pasando por los desiertos y las sabanas, se hallaban los reinos de los bárbaros negros. Al norte de los hiborios se encontraban las tierras bárbaras de Cimmeria, Hiperbórea, Vanaheim y Asgard. Al oeste, en las costas oceánicas, se hallaban los violentos y salvajes pictos. Y hacia el este aparecían los resplandecientes reinos hirkanios, entre los que destacaba Turan, el más poderoso de ellos.

Alrededor de quinientos años después de la época de Conan el Grande, la mayor parte de estos reinos fueron barridos por las invasiones bárbaras y por las migraciones. Después de algunos siglos, en los cuales la tierra estaba habitada por una población drásticamente reducida de bárbaros errantes y belicosos, la civilización —es decir, lo que quedaba de esta— fue arrasada por el último avance de los glaciares y por una convulsión de la naturaleza

similar a la que había destruido anteriormente a Atlantis. En esa época se formaron el mar del Norte y el Mediterráneo, el gran mar interior de Vilayet se redujo a las dimensiones del actual mar Caspio y vastas extensiones de África Occidental comenzaron a asomar por encima de las olas del océano Atlántico. La Humanidad se hundió en el más primitivo salvajismo. Después de la retirada de los hielos renació la civilización y se dio por iniciada la historia conocida de la Humanidad.

Conan era un gigantesco aventurero bárbaro que se abrió camino a través de ese mundo prehistórico, luchando, amando y viajando hasta llegar a ocupar el trono de un poderoso reino. Hijo de un guerrero de Cimmeria, un país desolado y atrasado del norte, Conan nació en el campo de batalla, en esa tierra de montañas escarpadas y cielos sombríos. Siendo un joven adolescente, participó en el saqueo de Venarium, un pueblo fronterizo de Aquilonia.

Más tarde, después de haberse unido a una banda aesir en una incursión a Hiperbórea, Conan fue capturado por los hiperbóreos. Después de escapar de la mazmorra de esclavos hiperbórea, anduvo errando por el sur hasta llegar al reino de Zamora. Vivió en forma precaria durante varios años allí y en los países vecinos de Corinthia y de Nemedia, como ladrón. De naturaleza indómita y anárquica, compensó su falta de sutileza y de refinamiento con la astucia natural y con el físico hercúleo que había heredado de su padre.

Cansado de esta vida miserable, Conan se alistó como mercenario en los ejércitos de Turan. Durante los dos años siguientes viajó mucho por las remotas y legendarias tierras orientales de Meru y Khitai. También desarrolló su destreza como jinete y arquero, en cuyas artes había sido mediocre antes de alistarse en el ejército turanio. Este volumen comienza con sus aventuras durante la última parte de su servicio en el ejército de Turan.

L. Sprague de Camp

La maldición del monolito

L. Sprague de Camp & Lin Carter, 1968

Después de los sucesos narrados en «La ciudad de las calaveras» (del anterior volumen titulado Conan), el cimmerio es ascendido al grado de capitán en el ejército turanio. Su creciente fama de guerrero invencible y de hombre de confianza, en lugar de procurarle destinos fáciles y bien pagados, hace que los generales del rey Yildiz lo escojan para misiones especialmente arriesgadas. Una de estas lo lleva a miles de kilómetros hacia el este, hasta las fabulosas tierras de Khitai.

Los escarpados peñascos de piedra negra rodeaban a Conan el cimmerio como las fauces de una trampa. No le gustaba la forma en que las dentadas cimas se recortaban contra las estrellas, que brillaban como ojos de araña sobre el pequeño campamento instalado en la parte llana del valle. Tampoco le resultaba agradable el viento gélido e inquietante que silbaba a través de las montañas rocosas y hacía temblar la hoguera del campamento. El movimiento vacilante de las llamas proyectaba monstruosas sombras negras sobre la pared más próxima del valle.

Del otro lado del campamento, junto a los bosquecillos de bambú y a las matas de rododendros, se alzaban unos pinos gigantescos que ya eran viejos cuando Atlantis se hundió bajo las olas, ocho mil años antes. Un arroyuelo serpenteaba entre los árboles, murmuraba al pasar por el campamento y luego volvía a internarse en el bosque. Por encima de los peñascos se cernía una tenue capa de neblina que atenuaba el fulgor de las estrellas, dando la impresión de que algunas de ellas estuvieran llorando.

Había algo en aquel lugar —pensó Conan— que olía a miedo y a muerte. Casi podía sentir el acre efluvio de horror que traía la brisa. También los caballos lo percibían. Relinchaban quejumbrosos pateando el suelo con los cascos y miraban hacia la oscuridad que los rodeaba más allá de la hoguera, con los ojos en blanco. Los animales estaban cerca de la naturaleza, como Conan, el joven guerrero bárbaro procedente de las desoladas montañas de Cimmeria. Los sentidos de las bestias, al igual que los del cimmerio, percibían el aura maligna con más nitidez que los soldados turanios, que eran gente de ciudad, a quienes el cimmerio había conducido hasta aquel inhóspito valle.

Los soldados estaban sentados alrededor del fuego, compartiendo la última ración de vino de la noche, que escanciaban de unas botas de piel de cabra. Algunos reían a carcajadas y hacían alarde de las proezas amorosas que llevarían a cabo en los sedosos lechos de Aghrapur. Otros, cansados por la agotadora marcha a caballo, estaban sentados en silencio, mirando fijamente el fuego y bostezando. No tardarían en echarse a dormir, envueltos en sus pesados mantos. Se acostarían con la cabeza apoyada en las alforjas, formando un círculo en torno a la chisporroteante hoguera, mientras dos de ellos permanecían de guardia con sus poderosos arcos hirkanios, preparados para cualquier contingencia. Los centinelas no percibían la fuerza siniestra que se cernía sobre el valle.

De pie y con la espalda apoyada sobre el gigantesco pino que se encontraba más cerca, Conan se envolvió mejor en su manto para protegerse de la malsana y húmeda brisa de las montañas. Aunque sus soldados eran hombres robustos y de elevada estatura, Conan le sacaba media cabeza al más alto, y sus anchas espaldas hacían que los demás parecieran enclenques a su lado. Su negra cabellera se escapaba por debajo del casco de punta, que enmarcaba el rostro lleno de pequeñas cicatrices teñidas de rojo por las llamas de la hoguera y en el que destacaban unos profundos ojos azules.

Sumergido en uno de sus accesos de melancolía, Conan maldijo interiormente al rey Yildiz, al bien intencionado, pero débil monarca turanio que lo había enviado a aquella misión de nefastos presagios. Había transcurrido más de un año desde que le fuera tomado el juramento de fidelidad al rey de Turan. Seis meses antes,

había sido lo suficientemente afortunado como para merecer este favor del rey, como recompensa por haber rescatado a Zosara, la hija de Yildiz, de manos del demencial
dios-rey
de Meru, lo que consiguió Conan con la ayuda de un amigo mercenario, Juma el kushita. Finalmente llevó a la princesa, más o menos intacta, hacia el lugar en el que se hallaba su prometido, el Khan de Kujala, jefe de la tribu nómada kuigar.

Cuando Conan regresó a Aghrapur, la esplendorosa capital del reino de Yildiz, pudo comprobar que el monarca era generoso y agradecido. Tanto él como Juma habían sido ascendidos al rango de capitán. Pero mientras que Juma había sido destinado a un codiciado puesto en la Guardia Real, a Conan lo habían recompensado con otra misión arriesgada y difícil. Ahora, mientras recordaba esto, el cimmerio pensó con amargura en los frutos de su éxito.

Yildiz había confiado al gigantesco cimmerio una carta para el rey de Shu de Kusán, un reino insignificante de la zona occidental de Khitai. A la cabeza de cuarenta soldados veteranos, Conan llevó a cabo su ardua misión. Había atravesado cientos de kilómetros de desoladas estepas hirkanias y bordeó las laderas de los elevados montes Talakmas. Después avanzó por desiertos barridos por los vientos y por las húmedas selvas que rodeaban el misterioso reino de Khitai, la tierra más al este de la que tenían noticia los hombres de Occidente.

Una vez en Kusán, Conan encontró en el venerable y filosófico rey Shu un magnífico anfitrión. Mientras el cimmerio y sus soldados eran convidados con comidas y bebidas exóticas, y les entregaban mujeres complacientes, el rey y sus consejeros decidieron aceptar la proposición del rey Yildiz de establecer un tratado comercial y de amistad. El sabio y anciano monarca entregó a Conan un magnífico rollo de seda dorada, con la respuesta formal y con los mejores deseos del rey Kusán escritos en los extraños signos ideográficos de Khitai y en los gráciles caracteres inclinados de Hirkania.

Además de entregarle una bolsita de seda llena de monedas de oro de su país, el rey Shu hizo que lo acompañara un importante miembro de su corte, a fin de que lo guiara hasta la frontera occidental de Khitai. Pero a Conan no le gustó su guía, el duque de

Feng.

El khitanio era un hombrecillo delgado, refinado y fatuo, que hablaba con voz suave y susurrante. Vestía una fantástica túnica de seda, poco apropiada para un viaje a caballo y para acampar en aquellas zonas agrestes, y de sus ropas emanaba un perfume que envolvía a toda su exquisita persona. Jamás se ensuciaba las manos, de piel suave y uñas largas, con ninguna de las tareas del campamento, manteniendo en cambio a sus dos criados ocupados día y noche en contribuir a su comodidad y decoro. Conan observaba despectivamente las costumbres del khitanio con el insobornable y varonil desdén propio de un bárbaro. Los rasgados ojos negros y la voz melosa del duque le recordaban a un felino, y se dijo muchas veces que debía tener cuidado de que aquel aristocrático hombrecillo no lo traicionara. Por otro lado, el bárbaro envidiaba secretamente los exquisitos y cultivados modales del khitanio, así como su indudable encanto. Pero esto no hizo más que contribuir a que el resentimiento de Conan contra el duque fuera mayor aún, pues aunque el tiempo pasado en el ejército turanio había pulido un poco al cimmerio, este seguía siendo en el fondo el rudo y tosco joven bárbaro de siempre. De nuevo pensó que debía tener cuidado con aquel astuto y malicioso duque de Feng.

—¿Acaso perturbo las profundas meditaciones del noble comandante? —susurró una voz suave que parecía el ronroneo de un gato.

Conan sintió un sobresalto y apretó instintivamente la empuñadura de su espada, cuando reconoció al duque de Feng envuelto en un enorme manto de terciopelo de color verde. El cimmerio iba a lanzar un gruñido y una maldición despectiva. Entonces recordó sus deberes de embajador y convirtió el juramento en palabras de bienvenida que resultaron poco convincentes hasta para sus propios oídos.

—¿Quizás el noble capitán no puede dormir? —musitó Feng, aparentando no haberse dado cuenta de la poco cordial acogida de Conan.

Feng hablaba correctamente en lengua hirkania; ese era uno de los motivos por los cuales había sido enviado como guía de Conan y de sus soldados, ya que los conocimientos que tenía el cimmerio de la melodiosa lengua de Khitai eran casi nulos. Feng siguió diciendo:

—Un servidor tiene la fortuna de poseer un remedio infalible contra el insomnio. Un sabio boticario preparó este brebaje a partir de una antigua receta; se trata de un extracto de capullos de lirio molidos y mezclados con canela y semillas de amapola…

—No, gracias —respondió Conan con un gruñido—. Te lo agradezco, duque, pero se trata de algo raro que hay en este maldito lugar. Un extraño presentimiento me mantiene despierto cuando, después de una jornada tan larga a caballo, debería sentirme tan agotado como un joven después de su primera noche de amor.

Las facciones del duque se contrajeron levemente, como si le molestara el rudo lenguaje de Conan, o tal vez solo había sido un reflejo de la hoguera. De todos modos, respondió con su proverbial suavidad:

—Creo entender la aprensión del valiente comandante. Ese tipo de sensaciones inquietantes y perturbadoras son habituales en este valle legendario. Aquí han muerto muchos hombres.

—¿Hubo alguna batalla en este lugar? —inquirió Conan. Los estrechos hombros del duque se pusieron en tensión bajo su verde manto.

—No, nada de eso, mi intrépido amigo. Este lugar está cerca de la tumba de un antiguo monarca de mi pueblo: el rey Hsia de Kusán. Antes de morir dispuso que todos los miembros de su guardia real fueran decapitados y que sus cabezas fueran enterradas junto a él, a fin de que sus espíritus continuaran sirviéndolo en el más allá. Sin embargo, la superstición popular asegura qué los fantasmas de aquellos soldados vagan eternamente por este valle.

El noble habló en voz más baja aún.

—La leyenda también afirma que un magnífico tesoro de oro y piedras preciosas fue enterrado con él; de todas las leyendas, creo que solo esto último es cierto.

Conan aguzó su oído y preguntó con interés:

—¿Oro y joyas? ¿Y ese tesoro ya ha sido encontrado?

El khitanio observó a Conan por un momento con una mirada oblicua y escrutadora. Luego, como si hubiera tomado una decisión personal, repuso:

—No, señor Conan, porque nadie conoce el lugar exacto en el que fue enterrado el tesoro… salvo un hombre.

—¿Quién? —preguntó el cimmerio sin rodeos.

—Un humilde servidor, por supuesto.

—¡Por Crom y por Erlik! Si conocías el lugar en el que estaba oculto el tesoro, ¿por qué no lo has desenterrado hasta ahora?

—Mi pueblo siente un profundo terror supersticioso por todo lo relacionado con esta leyenda y con la maldición que pesa sobre la antigua tumba del rey, que está señalada con un monolito de piedra oscura. Por eso jamás he podido convencer a nadie de que me ayudara a desenterrar el tesoro, cuyo escondite solo yo conozco.

—¿Por qué no lo haces tú solo?

Feng extendió sus delicadas manos de uñas largas y dijo:

—Necesitaba un ayudante de confianza para que me protegiera contra cualquier enemigo solapado, fuera humano o animal, que se acercara a mí mientras me hallaba absorto contemplando el botín. Además, es necesario cavar y hacer otros trabajos pesados. Un caballero como yo no tiene la energía suficiente para realizar esfuerzos físicos tan rudos.

»¡Escucha bien, valiente señor! —siguió diciendo el khitanio—. Este humilde servidor no ha guiado al honorable comandante a través de este valle por casualidad, sino en forma premeditada. Cuando oí que el Hijo del Cielo deseaba que yo acompañara al valiente capitán del este, acepté rápidamente la proposición. Esta misión es para mí un verdadero don de los divinos agentes celestes ya que tú, señor, posees la musculatura de tres hombres corrientes. Y siendo un extranjero nacido en Occidente, doy por sentado que naturalmente no compartes los terrores supersticiosos de la gente de Kusán. ¿Me equivoco?

—No le temo a nada ni a nadie —repuso Conan bruscamente—, sea dios, hombre o demonio, y menos aún al fantasma de un rey muerto hace tanto tiempo. Habla, pues, señor de Feng.

El duque se acercó un poco más a Conan, y su voz se convirtió en un susurro casi inaudible.

—Bien, este es mi plan —dijo—. Como te he dicho, yo quise guiarte hasta aquí porque pensé que podías ser la persona que buscaba. La tarea será sencilla para alguien tan fuerte como tú; en mi equipaje he traído herramientas para cavar. ¡Vamos hacia allí inmediatamente, y en una hora seremos más ricos de lo que jamás hayamos podido imaginar!

El susurro seductor de Feng despertó la codicia dormida en el bárbaro corazón de Conan, pero un dejo de cautela hizo que el cimmerio no asintiera inmediatamente.

—¿Por qué no llevamos a algunos de mis soldados para que nos ayuden? —preguntó Conan bruscamente—. O también podemos hacer que nos acompañen tus criados. ¡No hay duda de que necesitamos ayuda para traer el tesoro al campamento!

Feng movió negativamente su delicada cabeza y dijo:

—¡Eso sí que no, honorable aliado! El tesoro está compuesto por dos pequeños cofres de oro macizo, llenos de rarísimas piedras preciosas de gran valor. Cada uno de nosotros puede llevarse una fortuna equivalente al valor de un reino; entonces, ¿por qué compartirlo con más gente? Puesto que el secreto es mío, tengo derecho a la mitad del tesoro. Después, si eres tan generoso como para repartir tu mitad entre tus cuarenta soldados… puedes hacer lo que te plazca.

El duque de Feng no necesitó decir más para convencer a Conan de la conveniencia de su plan. La paga de los soldados del rey Yildiz era escasa y habitualmente la abonaban con retraso. La recompensa que le dieron a Conan por su arduo Servicio en Turan había consistido hasta el momento en muchas palabras elogiosas y vacías y poca retribución pecuniaria.

—Voy a buscar las herramientas —murmuró Feng—. Debemos salir del campamento por separado para no despertar sospechas. Mientras yo preparo los utensilios, puedes ponerte la cota de malla y disponer de tus armas.

—¿Para qué necesito la cota de malla y las armas, si solo vamos a desenterrar un cofre? —preguntó Conan frunciendo el ceño.

—¡Oh, excelso señor! ¡Son muchos los peligros que acechan en aquellas montañas! Por aquí rondan el temible tigre, el feroz leopardo, el oso y el irascible toro salvaje, por no mencionar las bandas de cazadores nómadas. Puesto que a nosotros, caballeros de Khitai, no se nos enseña a usar armas, tú has de estar preparado para luchar por los dos. ¡Créeme, noble capitán; sé perfectamente lo que digo!

—¡Está bien! —concedió el cimmerio refunfuñando.

—¡Excelente! Ya sabía yo que una mente superior como la tuya apreciaría la fuerza de mis argumentos. Y ahora vamos a

separarnos; nos reencontraremos al pie del valle cuando salga la luna. Tendremos tiempo de sobra.

La noche se hacía más oscura y el viento más frío.

El cimmerio volvió a sentir la extraña premonición de peligro que experimentó al entrar en aquel valle abandonado al atardecer. Mientras caminaba en silencio al lado del diminuto khitanio, Conan miraba cautelosamente a su alrededor. Las abruptas paredes rocosas fueron estrechándose a ambos lados hasta que apenas hubo sitio para caminar entre el acantilado y la orilla del arroyo que pasaba susurrando a sus pies.

Detrás de ellos apareció un fulgor en el cielo brumoso, allí donde la cima de los acantilados parecía morder el firmamento. El fulgor se volvió más intenso y se convirtió en una opalescencia nacarada. Luego las paredes del valle se ensancharon hacia ambos lados, y los dos hombres se encontraron pisando una zona cubierta de hierba que se extendía a lo lejos. El arroyuelo se torció hacia la derecha y se perdió borboteando entre las orillas cubiertas de helechos.

Al salir del valle, asomó la luna creciente sobre los picos de los acantilados que quedaban a sus espaldas. A través de la tenue neblina, daba la impresión de que estuvieran contemplando el paisaje desde debajo del agua. Los débiles e ilusorios rayos lunares alumbraban una pequeña colina de contornos redondeados que se encontraba directamente frente a ellos, más allá del césped. Más atrás, se alzaban unos montes escarpados y cubiertos de bosques como un oscuro telón de fondo bajo la luz de la luna.

Al contemplar la luna que parecía arrojar polvos de plata sobre la montaña, Conan olvidó sus presentimientos, puesto que allí se alzaba el monolito del que había hablado Feng. Se trataba de una columna de piedra negra, con una superficie suave y lisa, de un brillo pálido, que se encontraba en la cima de la colina y traspasaba la capa de niebla que cubría la tierra. La parte superior del monolito aparecía como una mancha borrosa.

Allí, pues, se encontraba la tumba del rey Hsia, muerto hacía mucho tiempo, según lo que había contado Feng. El tesoro seguramente estaría enterrado debajo del monolito, o bien a un lado. Enseguida lo sabrían con certeza.

Con la pala y la barra de hierro que le había dado Feng

apoyadas sobre su hombro, Conan se abrió paso entre unos matorrales de rododendros y comenzó a subir por la ladera de la montaña. Se detuvo un momento para ayudar a su diminuto compañero. Después de un breve ascenso, llegaron a la cumbre. Delante de ellos se hallaba la columna, que surgía del centro de la superficie convexa de la cima. Conan pensó que aquella colina probablemente fuera artificial: un túmulo como el que se construía para enterrar los restos de los grandes jefes en su país. Si el tesoro se hallaba debajo de aquel terraplén, tardarían más de una noche en desenterrarlo…

De repente Conan sintió un sobresalto y lanzó un juramento, al tiempo que aferraba la pala y la barra de hierro. Una fuerza invisible atraía las herramientas hacia la columna. Se inclinó en dirección contraria al monolito, con los poderosos músculos hinchados por el esfuerzo. Pero palmo a palmo, sin embargo, la extraña fuerza fue arrastrándolo hacia ella. Cuando el cimmerio vio que sería empujado en contra de su voluntad hacia el monumento, soltó las herramientas y estas volaron hacia la columna, golpearon con un estrepitoso ruido metálico en el monolito y quedaron pegadas a él.

Pero el hecho de haber soltado las herramientas no liberó a Conan de la poderosa fuerza de atracción, ya que esta seguía actuando sobre la cota de malla que llevaba puesta el bárbaro. Tambaleándose y maldiciendo, Conan fue a dar contra el monolito con una fuerza aplastante. Su espada quedó adherida a la columna, al igual que la parte de sus brazos cubierta por la malla de metal. Lo mismo pasaba con su cabeza protegida por el casco turanio, y con la espada envainada que llevaba colgada de la cintura.

Conan luchó para liberarse, pero se dio cuenta de que le resultaba completamente imposible. Era como si unas cadenas invisibles lo mantuvieran atado a la columna de piedra negra.

—¿Qué endiablada treta es esta, perro traidor? —preguntó por fin el bárbaro.

Con una sonrisa imperturbable, Feng se acercó a Conan, que seguía pegado a la columna. La misteriosa fuerza no parecía afectarle a él. El khitanio cogió un pañuelo de seda de una de las amplias mangas de su túnica y cuando Conan abrió la boca para gritar pidiendo ayuda, le introdujo hábilmente la tela. Mientras

Conan mordía el pañuelo de seda, el hombrecillo cogió los extremos sueltos de este y los ató por detrás de la nuca del bárbaro. Finalmente el cimmerio se quedó quieto, jadeando en silencio y mirando con odio al pequeño duque de sonrisa cortés.

—Perdona la artimaña, ¡oh, noble salvaje! —murmuró Feng—. Era necesario que urdiese alguna historia que estimulara tu primitiva e insaciable sed de oro, a fin de poder atraerte hasta aquí solo.

Los ojos de Conan brillaron con furia volcánica mientras ponía en juego toda la fuerza de su hercúleo cuerpo para librarse de los lazos invisibles que lo mantenían pegado al monolito. Todo fue inútil; se sentía totalmente impotente. El sudor resbalaba por su frente y empapaba la camisa de algodón que llevaba debajo de la cota de malla. Trató de gritar, pero solo emitió unos gruñidos y algunos sonidos ininteligibles.

—Querido capitán —siguió diciendo Feng—, puesto que vuestra vida se acerca a su predestinado fin, sería descortés por mi parte que no explicara mis acciones, a fin de que tu mezquino espíritu pueda viajar a cualquier clase de infierno que los dioses de los bárbaros le tengan preparado, con pleno conocimiento de las causas de tu caída. Has de saber que la corte de Su Amable pero Necia Majestad, el rey Kusán, está dividida en dos bandos. Uno de ellos, el del Pavo Real Blanco, está de acuerdo en que haya un mayor contacto con los bárbaros de Occidente. El otro, el del Pavo Real Dorado, abomina de todo tipo de relación con semejantes salvajes, y yo, por supuesto, soy uno de los magnánimos patriotas del Pavo Real Dorado. Con gusto daría mi vida por destruir lo que llaman esta embajada que diriges, puesto que un mayor contacto con vuestros bárbaros amos contaminaría nuestra civilización pura y trastornaría por completo nuestro sistema social, establecido por la divinidad. Afortunadamente, parece innecesario tomar ese tipo de medidas extremas, porque ahora te tengo a ti, el jefe de esta misión compuesta por una banda de demonios extranjeros, y alrededor de tu cuello cuelga el tratado que el Hijo del Cielo ha firmado con tu vulgar rey pagano.

El pequeño duque sacó el tubo de marfil que contenía los documentos de debajo de la cota de malla de Conan. Abrió la cadena de la que colgaba el tubo en torno al cuello del cimmerio y

lo introdujo en una de sus amplias mangas, agregando después con una sonrisa maliciosa:

—No voy a intentar explicarte la sutil naturaleza de la fuerza que te retiene prisionero porque tienes una mentalidad infantil y no lo entenderías. Bastará que te diga que el material con el que está construido el monolito tiene la extraña propiedad de atraer el hierro y el acero con una fuerza irresistible. De modo que no temas; no es un poder mágico infernal el que te tiene prisionero.

Conan no se sintió animado por estas palabras. Una vez había visto a un prestidigitador de Aghrapur recogiendo clavos del suelo con un trozo de piedra rojiza, y suponía que la fuerza que lo retenía en este momento era de índole similar. Pero dado que nunca había oído hablar de magnetismo, en el fondo a él todo aquello le parecía producto de la magia.

—No alientes vanas esperanzas de que tus hombres te rescaten —siguió diciendo Feng—. También he pensado en ello. En estas montañas viven los jagas, una tribu salvaje de cazadores de cabezas. Atraídos por la hoguera del campamento, se reunirán en los dos extremos del valle y atacarán a los soldados al amanecer. Ese ha sido su invariable proceder en anteriores ocasiones.

»Para entonces yo espero encontrarme muy lejos de aquí. Si llegaran a capturarme… bueno, sería estúpido ignorar que el hombre debe morir tarde o temprano, y confío en que sabré enfrentarme a la muerte con la dignidad y el decoro que corresponden a mi rango y cultura. Estoy seguro de que mi cabeza constituirá un adorno encantador en la choza de algún jaga.

»Así pues, mi buen bárbaro, me despido de ti. Te ruego que perdones a este humilde caballero el hecho de que te vuelva la espalda en los últimos momentos de tu vida. No puedo negar que tu muerte constituye una pena en cierto sentido, y no me complacería presenciarla. De haber tenido las ventajas de una educación khitania, hubieras sido un magnífico servidor, es decir, un buen guardaespaldas para mí. Pero las cosas son como son, y el hombre no puede torcer los designios del destino.

Después de una cínica reverencia de despedida, el khitanio inició el descenso por la ladera de la montaña. Conan se preguntó si el plan del duque consistía en dejarlo sujeto al monolito para que se muriera de hambre y de sed. Si sus hombres notaban su ausencia

antes del alba, tal vez salieran a buscarlo.

Pero puesto que él se había marchado furtivamente del campamento, sin decírselo a nadie, no sabrían si debían alarmarse por su ausencia. Si de algún modo pudiera comunicarse con los soldados, seguramente darían una batida por los alrededores hasta encontrarlo y entonces daría buena cuenta de este traidor. Pero ¿cómo poner sobre aviso a su gente?

Una vez más puso en juego su enorme fuerza en contra de la que lo retenía pegado a la columna, pero nuevamente sus esfuerzos resultaron estériles. Podía mover las piernas y brazos, e incluso estaba capacitado para realizar algún movimiento con la cabeza, pero su cuerpo estaba firmemente sujeto por la cota de malla de hierro que llevaba.

En ese momento el cielo se despejó y la luna brilló con más fuerza. Conan observó que a sus pies y por toda la base del monolito se veían los restos macabros de otras víctimas esparcidos por el suelo. Los huesos y los dientes se amontonaban allí como viejos escombros; seguramente los pisó cuando la misteriosa fuerza lo empujó hacia la columna.

La luna brilló con más intensidad. Conan advirtió con inquietud que los huesos estaban muy descoloridos. Al observarlos mejor, se dio cuenta de que parecían desintegrados o comidos en algunos lugares, como si un líquido corrosivo hubiese disuelto la lisa superficie ósea para dejar al descubierto la estructura esponjosa que había debajo.

Conan volvió la cabeza a un lado y a otro, buscando algún medio de escapar. Las suaves palabras del khitanio parecían ser ciertas, pero ahora podía ver claramente los trozos de hierro pegados por la fuerza invisible a las piedras manchadas y descoloridas de la columna. Hacia su izquierda se veía la pala, la barra de hierro y un casco herrumbrado, mientras que a su derecha había una daga desgastada por el tiempo pegada a la piedra. Una vez más, hizo un esfuerzo titánico por librarse de la invisible fuerza de atracción.

En ese instante oyó un ruido misterioso que venía de abajo, un sonido burlón y demencial a la vez. Aguzando su mirada para ver lo más lejos posible a la tenue luz de la luna, Conan comprobó que Feng no se había marchado aún. Por el contrario, el duque estaba

sentado sobre la hierba de la ladera de la montaña, cerca de la base de la colina. Había extraído una flauta de su amplia túnica y estaba tocando una extraña melodía.

Con el sonido agudo y estridente del instrumento de viento, llegó hasta los oídos de Conan un rumor débil que parecía venir de la parte superior de la columna. Los músculos del cuello de toro de Conan se hincharon cuando volvió la cabeza para mirar hacia arriba, y la punta de su casco turanio rascó la superficie de la piedra. Entonces, la sangre se le heló en las venas. La niebla que impedía ver la parte superior del monumento había desaparecido. Los rayos de la luna iluminaban una cosa amorfa que se encontraba en lo alto de la columna y tenía un aspecto repugnante. Era como un enorme bulto de jalea semitransparente que se movía… Estaba dotado de vida, de una vida que palpitaba en su seno y se contraía. La luz de la luna brillaba con un fulgor húmedo sobre esa cosa que palpitaba como un enorme corazón viviente.

Mientras Conan la miraba paralizado por el horror, la cosa del monolito lanzó un chorrito de gelatina que bajó resbalando por la columna en dirección a él. El resbaladizo seudópodo se deslizó sobre la lisa superficie de piedra. Entonces Conan empezó a comprender el origen de las manchas que decoraban el frente del monolito.

El viento había cambiado de dirección y una ráfaga de aire le hizo llegar un olor nauseabundo. Ahora entendía por qué los huesos esparcidos en la base de la columna tenían un aspecto tan extraño, como si estuvieran desintegrados. Con un temor que lo colocaba casi al borde del desfallecimiento, comprendió que la cosa gelatinosa segregaba un líquido digestivo por medio del cual consumía a su presa. Conan se preguntó cuántos hombres, en el pasado, habrían quedado pegados a aquella piedra en el lugar en el que él se encontraba; cuántos hombres esperarían indefensos la caricia abrasadora de la sustancia abominable que ahora descendía lentamente hacia él.

Quizá el extraño sonido de la flauta de Feng había despertado al monstruo, o tal vez fue el olor de carne humana lo que lo incitó al festín. Sea cual fuere la causa, lo cierto es que aquel extraño monstruo había iniciado su lento descenso por un lado del monolito, acercándose a su cara. La húmeda jalea producía un

chapoteo y dejaba a su paso un rastro baboso a medida que se deslizaba hacia él.

La desesperación infundió nuevas fuerzas a sus cansados y paralizados músculos. Conan tiraba hacia un lado y hacia el otro intentando, con la poca energía que le quedaba, romper la misteriosa fuerza que lo atenazaba. Ante su sorpresa, el cimmerio se dio cuenta de que estaba en condiciones de moverse hacia un lado, alrededor de la columna.

¡Entonces la fuerza que lo sujetaba no le impedía realizar algunos movimientos! Esto lo animó, aunque se dio perfecta cuenta de que no podría eludir indefinidamente al monstruo de gelatina viviente.

Conan sintió una presión contra las mallas que cubrían su costado. Al mirar hacia abajo vio que se trataba de la daga herrumbrosa que había visto antes. Sus movimientos laterales lo habían acercado al arma, hasta que sintió la empuñadura contra sus costillas.

El bárbaro tenía la parte superior del brazo sujeta a la piedra por la manga de su malla, pero su antebrazo y la mano estaban libres. Se preguntó si podría alargar el brazo lo suficiente como para alcanzar el mango de la daga.

Hizo un enorme esfuerzo, estirando la mano a lo largo de la columna. La malla metálica de su brazo se movía con una gran lentitud arañando la superficie de piedra, mientras unas gotas de sudor resbalaban hasta sus ojos. Poco a poco la mano de Conan se fue acercando a la empuñadura del arma. El obsesionante sonido de la flauta de Feng resonaba de un modo enloquecedor en sus oídos, al tiempo que el olor repugnante procedente de la cosa viscosa parecía llenar por completo sus fosas nasales.

Su mano tocó la daga y en un segundo su mano aferró la empuñadura. Pero en el momento en que Conan quiso separar el arma de la columna, la hoja, comida por el óxido, se rompió con un sonido metálico seco. Volvió la cabeza y pudo ver que dos tercios de la hoja se habían quebrado y estaban adheridos a la superficie del monolito. El tercio restante todavía estaba unido a la empuñadura. Puesto que ahora había menos cantidad de hierro en la daga para ser atraído por la fuerza magnética del monolito, Conan logró, finalmente, despegar la daga de la columna haciendo

un enorme esfuerzo muscular.

Una mirada le demostró que si bien se había perdido la mayor parte de la hoja del arma, en el trozo que quedaba había dos bordes afilados. Con los músculos temblando a causa de la energía que ponía en juego para mantener el arma alejada de la piedra, consiguió acercar uno de los bordes a la correa de cuero que unía la parte anterior a la parte posterior de la cota de malla. Entonces comenzó a cortar cuidadosamente la resistente tira de cuero con el oxidado filo de la daga.

Cada movimiento que hacía era una verdadera agonía. El tormento de la incertidumbre le resultaba insoportable. Su mano, retorcida en una posición inverosímil, le dolía intensamente. El filo de la vieja daga estaba mellado, desgastado y quebradizo; cualquier movimiento brusco podía romperla, con lo cual quedaría nuevamente indefenso. Con movimientos muy suaves y con un cuidado tremendo, fue aserrando lentamente el cuero. El hedor del monstruo iba en aumento y los chasquidos que hacía al avanzar se oían más nítidamente.

Entonces Conan sintió que la tira de cuero cedía. Después luchó denodadamente contra la fuerza magnética que lo aprisionaba. La correa se soltó por los ojales de la cota de malla, hasta que todo el costado de esta quedó abierto. Un hombro y una parte del brazo asomaban por la abertura.

En ese momento Conan sintió un leve golpe en la cabeza. El repugnante hedor se había vuelto insoportable y su invisible atacante, que llegaba desde arriba, ya estaba tocando el casco del cimmerio. Este notó que una de las prolongaciones gelatinosas había alcanzado su yelmo y se deslizaba por su superficie en busca de carne humana. En una fracción de segundo, la corrosiva materia podría caer sobre su rostro…

Con un esfuerzo sobrehumano, Conan sacó el brazo de la manga por el costado de la cota de malla que todavía estaba atado. Con la mano libre se soltó el cinto de la espada y la correa que aseguraba el casco. Entonces hizo un último esfuerzo y se liberó de la opresión mortal de la cota de malla, dejando su espada y su armadura pegadas a la piedra.

Se apartó de la columna con pasos vacilantes y por un momento sintió que sus piernas desfallecían. El mundo a su alrededor,

iluminado por la luna, parecía dar vueltas y más vueltas.

Se recuperó enseguida y echó una mirada hacia atrás; entonces pudo comprobar que el monstruo gelatinoso había cubierto completamente su casco. Desconcertado en su búsqueda de carne, ahora enviaba más seudópodos hacia abajo, que oscilaban en el aire tenuemente iluminados por la acuosa luz lunar.

Colina abajo se seguía oyendo el demoníaco sonido de la flauta. Feng estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la hierba de la colina y tocaba su flauta como si estuviera absorto en un éxtasis de inspiración inhumana.

Mientras tanto, Conan desgarró su mordaza y arrojó el trapo al suelo. Luego saltó como un leopardo en busca de su presa. Se acercó al pequeño duque con las manos extendidas y ambos rodaron por la ladera en un revoltijo de sedas, brazos y piernas. Un golpe en un costado de la cabeza de Feng acabó con su resistencia. Conan buscó en las ropas del khitanio y extrajo de sus amplias mangas el tubo de marfil que contenía los documentos.

Luego el cimmerio volvió a subir la cuesta tambaleándose y arrastrando al duque. Cuando llegó a la altura de la base del monolito, levantó a Feng en el aire. Presintiendo lo que le iba a ocurrir, el pequeño aristócrata lanzó un chillido agudo y prolongado.

Conan lo arrojó contra la columna y el khitanio se estrelló contra ella con un ruido sordo, cayendo sin conocimiento al pie del monolito.

El golpe fue providencial para el duque, puesto que este nunca llegó a sentir el contacto viscoso del monstruo cuando los pegajosos tentáculos cubrieron su rostro. Conan se quedó mirando un momento con expresión lúgubre. Las facciones de Feng se fueron borrando a medida que la corrosiva jalea resbalaba sobre él. Luego la carne desapareció y surgió la blanca calavera con una sonrisa macabra. La cosa abominable se iba tiñendo de color rosado a medida que se alimentaba de su víctima.

Conan regresó al campamento dando grandes zancadas, pues sus piernas todavía estaban rígidas. A su espalda se recortaba el monolito contra el cielo como una antorcha gigantesca envuelta en llamas de color escarlata y en un humo muy denso.

Le había resultado fácil prender fuego a la hierba reseca que

rodeaba el monolito, pues llevaba consigo yesca y pedernal. Había contemplado con siniestra satisfacción cómo la masa oleosa de aquel monstruo viscoso se encendía, ardía chisporroteando y se retorcía en una muda agonía.

«¡Qué se quemen los dos —se dijo Conan—; el cadáver a medio digerir de ese perro traidor y su repugnante y odiosa mascota!».

Al acercarse al campamento, Conan vio que algunos de sus soldados todavía no se habían retirado a descansar. Miraban con curiosidad el fuego que brillaba a lo lejos. Al aparecer el cimmerio, se volvieron hacia él y le preguntaron casi gritando:

—¿Dónde has estado, capitán? ¿Qué significa ese fuego? ¿Dónde está el duque?

—¡Ea, cerrad la boca, ceporros! —rugió el cimmerio, mientras se acercaba a la fogata—. ¡Despertad a los demás muchachos y ensillad los caballos porque vamos a partir inmediatamente! Los cazadores de cabezas de la tribu jaga nos alcanzaron y estarán aquí enseguida. Se apoderaron del duque, pero yo pude librarme de ellos. ¡Khusro! ¡Mulia! ¡Daos prisa, si no queréis que vuestras cabezas adornen las chozas de esos demonios salvajes! ¡Y por Crom que espero por vuestro propio bien que me hayáis dejado un poco de ese buen vino…!

El dios manchado de sangre

Robert E. Howard & L. Sprague de Camp, 1955

Conan sigue al servicio del rey de Turan durante aproximadamente dos años, en los cuales viaja casi sin descanso y aprende los rudimentos de la guerra organizada. Como de costumbre, los contratiempos son sus compañeros inseparables. Después de haber protagonizado una de sus más pintorescas aventuras, se dijo que estuvo metido en un lío junto con la amante del comandante de la división de caballería en la que servía, Conan decide desertar del ejército turanio. Unos rumores acerca de la existencia de un tesoro lo llevan a probar fortuna en los montes de Kezankia, situados en la frontera oriental de Zamora.

Reinaba una oscuridad total en la hedionda callejuela por la que avanzaba Conan de Cimmeria en una misión tan oscura e incierta como las tinieblas que lo rodeaban. De haber habido un testigo, habría visto a un hombre muy alto y de constitución hercúlea vestido con una amplia túnica zuagir cubierta con una fina cota de malla de acero, y encima de esta un grueso manto de piel de camello. Su negra cabellera y su ancho rostro sombrío y juvenil, bronceado por el sol del desierto, se ocultaba bajo una kefia, especie de pañuelo zuagir, que llevaba envuelta alrededor de la cabeza.

En ese momento llegó a sus oídos un agudo grito de dolor.

Semejantes lamentos no eran raros en las tortuosas callejuelas de Arenjun, la Ciudad de los Ladrones, y ningún hombre cauto o tímido hubiera osado intervenir en un asunto que no le concernía.

Pero Conan no era ni cauto ni tímido. Su impenitente curiosidad no le permitía pasar por alto un grito de auxilio; además iba en busca de unos hombres, y aquella situación podría darle una pista.

Obedeciendo a sus rápidos instintos de bárbaro, se volvió hacia un haz de luz que traspasaba la oscuridad muy cerca de allí. Después miró a través de una rendija que había en las persianas herméticamente cerradas de una ventana que se abría en un grueso muro de piedra.

Pudo ser una amplia habitación de cuyas paredes colgaban tapices de terciopelo y cuyo suelo estaba cubierto de costosas alfombras y de lechos. Alrededor de uno de estos lechos se agrupaban varios hombres; se trataba de seis musculosos bravucones zamorios y dos individuos a quienes resultaba difícil identificar. En aquel lecho había un hombre tendido; era un nativo de Kezankia, desnudo de cintura para arriba. Aunque era fuerte, un rufián tan musculoso como él lo tenía sujeto por las muñecas y tobillos. Entre cuatro personas lo mantenían tendido sobre el lecho impidiéndole cualquier movimiento, pero sus músculos se contraían formando grandes nudos en sus extremidades y hombros. Los ojos del hombre acostado centelleaban con un fulgor rojo y su amplio pecho brillaba a causa del sudor que lo cubría. Conan vio que un hombre delgado y ágil, cubierto con un turbante de seda roja, levantaba un carbón ardiente de un brasero con un par de tenazas y lo colocaba sobre el pecho tembloroso del prisionero, en el que se podían apreciar otras marcas de torturas similares.

Otro de los presentes, más alto que el del turbante rojo, preguntó bruscamente algo que Conan no pudo comprender. El kezankiano que estaba tendido en el lecho movió frenéticamente la cabeza negando y luego escupió con violencia hacia el que lo había interrogado. El carbón al rojo vivo se apoyó de lleno sobre su pecho peludo, lo que hizo lanzar un aullido inhumano a la víctima. En ese instante Conan se lanzó con todas sus fuerzas contra las persianas.

La acción del cimmerio no era tan impulsiva como podía parecer a simple vista. Para sus objetivos del momento necesitaba un amigo entre los nativos de los montes de Kezankia, un pueblo conocido por su hostilidad hacia los extranjeros. Y allí se le presentaba la oportunidad de dar con la persona que buscaba. Las persianas saltaron en astillas con un crujido estrepitoso, y el bárbaro cayó de

pie sobre el suelo de la habitación, con la cimitarra en una mano y una daga zuagir en la otra. Los torturadores se volvieron en redondo y lanzaron un grito de asombro.

Vieron a un hombre alto y corpulento, vestido con ropas de zuagir y con un pliegue de su kefia envolviéndole el rostro. En su cara centelleaban unos ojos de un azul volcánico. Por un instante la escena se congeló, y luego se fundió en una acción llena de violencia.

El hombre del turbante rojo lanzó una orden imperiosa, y un gigante peludo se adelantó para enfrentarse al intruso. El zamorio empuñaba una espada de casi un metro de largo y lanzó un mandoble hacia arriba con intención de traspasar a su contrincante. Pero la cimitarra encontró en su camino un brazo que se levantaba para detenerlo. La mano del zamorio, así como el sable que aferraba, volaron por los aires en medio de una lluvia de sangre, y luego la estrecha y larga hoja de la cimitarra de Conan atravesó la garganta de su enemigo, que ahogó un grito de agonía.

El cimmerio saltó por encima del cuerpo caído, en dirección al individuo del turbante rojo y a su compañero de elevada estatura. Turbante Rojo sacó un puñal y el hombre alto desenvainó su espada.

—¡Córtalo en dos, Jillad! —gritó Turbante Rojo al tiempo que se retiraba ante el impetuoso ataque del cimmerio—. ¡Zal, ayúdanos!

El hombre llamado Jillad paró el mandoble de Conan y respondió con rapidez. Conan eludió el golpe con un salto de pantera hambrienta, pero ese movimiento lo puso al alcance del puñal de Turbante Rojo. El arma salió disparada y la punta le dio a Conan en un costado, pero no consiguió perforar la negra cota de malla. Turbante Rojo saltó a su vez hacia atrás, escapando por tan poco a la afilada espada de Conan que esta le hizo un corte en el chaleco de seda y le dejó una marca en la piel. El hombre tropezó con una silla y luego cayó de bruces sobre el suelo, pero antes de que Conan pudiera acabar con él, Jillad lanzó una lluvia de sablazos sobre el cimmerio.

Mientras peleaba con Jillad, Conan advirtió que el hombre llamado Zal avanzaba empuñando una pesada alabarda, al tiempo que Turbante Rojo volvía a ponerse en pie.

El cimmerio no esperó a que lo rodeasen. Un golpe de su

cimitarra hizo retroceder a Jillad. Luego, cuando Zal levantaba la alabarda, Conan le lanzó un sablazo que lo hizo caer revolcándose entre su propia sangre y sus entrañas. Conan saltó enseguida hacia los esbirros que aún retenían al prisionero. Estos liberaron al hombre al tiempo que lanzaban gritos y desenvainaban sus espadas corvas. Uno lanzó un mandoble contra el hombre de Kezankia, que lo eludió rodando sobre el lecho de madera. Entonces Conan se colocó entre los hombres y su víctima. Mientras se retiraba ante el ataque de aquellos, gritó al prisionero kezankiano:

—¡Sal de aquí! ¡Delante de mí! ¡Rápido!

—¡Perros! —gritó el hombre del turbante rojo—. ¡No los dejéis escapar!

—¡Ven a probar el sabor de la muerte, perro! —exclamó Conan riendo salvajemente, hablando en lengua zamoria con acento bárbaro.

El kezankiano, debilitado por la tortura, corrió un cerrojo y abrió una puerta que daba a un patio pequeño. Atravesó tambaleando el patio, mientras Conan luchaba con sus torturadores en el vano de la puerta, donde el reducido espacio disminuía la ventaja de aquellos. El cimmerio se reía a carcajadas y maldecía a su enemigos mientras paraba sus golpes y les lanzaba estocadas. Turbante Rojo bailaba de ira detrás de los combatientes maldiciendo a gritos. La cimitarra de Conan parecía la lengua de una cobra. Un zamorio lanzó un grito y cayó de rodillas, apretándose el vientre. Jillad atacó enseguida, pero tropezó con el caído y cayó a su vez. Antes de que los furiosos individuos que atestaban la puerta pudieran organizarse, Conan se volvió y corrió a través del patio en dirección a un muro por encima del cual había desaparecido el kezankiano.

Tras envainar sus armas, Conan dio un salto y se aferró al borde de la pared; después de un breve balanceo, tomó impulso y se subió a la parte superior de aquella. Desde allí echó un vistazo a la oscura y sinuosa callejuela que bordeaba el muro. En ese momento algo le golpeó la cabeza y el cimmerio se cayó del muro y se estrelló contra la sombría calle que había debajo.

El débil fulgor de una vela en su rostro despertó a Conan. Este se

incorporó parpadeando y maldiciendo, al tiempo que tanteaba a su alrededor en busca de su espada. Luego la luz se apagó y una voz le habló en la oscuridad.

—Tranquilízate, Conan de Cimmeria. Soy tu amigo.

—¡Por Crom! ¿Quién diablos eres? —preguntó Conan.

Había encontrado su cimitarra en el suelo, al lado suyo, y rápidamente cerró sus piernas dispuesto a saltar. Estaba en la calle, al pie del muro desde el cual había caído, y el otro hombre no era más que un borroso bulto que se cernía sobre él a la tenue luz de las estrellas.

—Soy tu amigo —repitió el otro, con suave acento iranistano—. Puedes llamarme Sassan.

Conan se puso en pie, con la cimitarra en la mano. El iranistano le acercó algo. Conan percibió el fulgor metálico del acero, pero cuando iba a atacar, advirtió que se trataba de su propia daga, que el otro le alcanzaba cogiéndola por la hoja y presentándole la empuñadura.

—Eres más desconfiado que un lobo hambriento, Conan —dijo Sassan riendo—. Será mejor que guardes las fuerzas para tus enemigos.

—¿Dónde están? —preguntó Conan cogiendo la daga.

—Se han ido a las montañas, tras el rastro del dios manchado de sangre.

Conan sintió un sobresalto. Cogió la túnica de Sassan con mano férrea y miró intensamente a los ojos oscuros del hombre, que lo observaba con una mirada burlona y misteriosa a la luz de las estrellas.

—Maldito seas, ¿qué sabes tú del dios manchado de sangre? —inquirió Conan apoyando la punta de la daga debajo de las costillas del iranistano.

—Sé lo siguiente —repuso Sassan—: Has venido a Arenjun siguiendo a unos ladrones que te robaron el mapa de un tesoro más grande que el del rey Yildiz. Yo también venía buscando algo. Estaba escondido cerca, observando a través de un agujero que había en la pared, cuando irrumpiste tú en la habitación en la que estaban torturando al kezankiano. ¿Cómo sabías que eran ellos quienes te habían robado el mapa?

—No lo sabía —musitó Conan—. Oí el grito de un hombre y

pensé que sería buena idea intervenir. De haber sabido que eran los hombres que buscaba… Dime, ¿qué más sabes?

—Sé que en las montañas cercanas hay un antiguo templo oculto, en el que tienen miedo de entrar los hombres de la montaña. Se dice que es un edificio construido en la Edad Precataclísmica, si bien no hay acuerdo entre los entendidos acerca de su origen: algunos piensan que es grondario y otros que fue construido por un pueblo antiquísimo y desconocido que dominó a los hirkanios después del Cataclismo.

»Los kezankianos prohíben el acceso de los forasteros a la zona, pero un nemedio llamado Ostorio encontró el templo. Penetró en su interior y descubrió un ídolo de oro incrustado de rubíes, al que llamó “el dios manchado de sangre”. No pudo llevárselo consigo, pues era más grande que un hombre, pero dibujó un mapa con la intención de volver. Aunque Ostorio logró salir ileso de la aventura, poco después murió apuñalado por unos rufianes de Shadizar. Antes de morir te entregó el mapa a ti, Conan.

—¿Y bien? —preguntó Conan hoscamente, echando una mirada a la casa oscura y silenciosa que había detrás.

—Te robaron el mapa —dijo Sassan—. Y tú sabes quién fue.

—No lo sabía entonces —repuso Conan con brusquedad—. Después supe que los ladrones eran Zyras, un corinthio, y Arshak, un príncipe turanio desheredado. Uno de sus criados espió a Ostorio cuando agonizaba y se lo dijo a su amo. Aunque no los conocía, seguí su rastro hasta aquí. Esta noche me enteré que se ocultaban en una casa de este callejón. Yo iba preocupado en busca de una pista cuando me vi envuelto en aquella gresca.

—¡De modo que luchaste contra ellos sin saber quiénes eran! —dijo Sassan asombrado—. El nativo de Kezankia era Rustum, un espía de Keraspa, el jefecillo kezankiano. Lo atrajeron hacia la casa y lo estaban torturando para hacerle revelar los caminos que conducen a través de la montaña. Ya conoces el resto de la historia.

—La conozco, con excepción de lo que sucedió cuando me encontraba encima del muro.

—Alguien te arrojó una silla que te golpeó en la cabeza. Cuando te caíste del muro no te prestaron más atención, tal vez porque creían que estabas muerto, o quizá porque no te habían reconocido bajo la kefia que envolvía tu cabeza. Persiguieron al kezankiano,

pero no sé si lo capturaron. Luego volvieron, ensillaron sus caballos y galoparon como locos hacia el oeste, dejando a los muertos donde habían caído. Yo me acerqué para ver quién eras, y te reconocí.

—De modo que el hombre del turbante rojo era Arshak —murmuró Conan—. Pero ¿dónde estaba Zyras?

—Iba disfrazado de turanio; era el hombre al que llamaban Jillad.

—Ah. ¿Y entonces…?

—Al igual que tú, yo deseaba apoderarme del dios rojo, a pesar de que de todos los hombres que lo han buscado a lo largo de los siglos, solo Ostorio escapó con vida. Se dice que una misteriosa maldición recae sobre quienes pretenden robar el ídolo…

—¿Qué más sabes tú acerca de ello? —preguntó Conan bruscamente.

—No sé mucho más —contestó Sassan encogiéndose de hombros —. Las gentes de Kezankia hablan de un sortilegio mortal con que el dios castiga a todos aquellos que alzan sus codiciosas manos sobre él. Pero yo no soy un necio supersticioso. Y tú no tienes miedo, ¿verdad?

—¡Claro que no! —respondió rápidamente el cimmerio.

Lo cierto es que Conan si temía. Si bien no le tenía miedo a ningún hombre o animal viviente, lo sobrenatural llenaba su mente bárbara de terrores atávicos, aunque se negaba a reconocerlo.

—¿En qué piensas? —preguntó Conan.

—Pues creo que ninguno de los dos puede luchar solo contra la banda de Zyras. Unidos, podremos seguirlos y arrebatarles el ídolo. ¿Qué dices a esto?

—Estoy de acuerdo. ¡Pero te mataré como a un perro si intentas alguna treta!

Sassan rio y dijo:

—Sé muy bien que lo harías, de modo que puedes confiar en mí. Ven, tengo los caballos esperando.

El iranistano guio a Conan a través de las sinuosas y malolientes callejuelas en las que resaltaban las rejas de los balcones, hasta que se detuvieron ante un portal iluminado por un farol. Sassan golpeó en la puerta y enseguida apareció un rostro cubierto de barba en el portillo. Después de intercambiar algunas palabras en voz baja, se abrió el portal. Sassan entró y Conan lo siguió con recelo. Pero los

caballos estaban allí y, ante una orden del hombre de la barba, unos somnolientos criados ensillaron los animales y llenaron las alforjas de alimentos.

Poco después, Conan y Sassan cabalgaban juntos y cruzaban la puerta occidental de la ciudad, donde un centinela somnoliento los detuvo un momento por simple rutina. Sassan era un hombre gordo pero musculoso, con una cara redonda y astuta en la que destacaban unos ojos oscuros y vivaces. Llevaba una lanza de caballería sobre el hombro y manejaba sus armas con la pericia que da la práctica. Conan no dudó de que si se presentaba la ocasión, Sassan sería capaz de luchar con destreza y valor. Tampoco dudaba de que podía confiar en Sassan mientras aquella alianza le resultara beneficiosa, pero pensaba que sería capaz de asesinarlo en cuanto le conviniese, con el fin de quedarse con todo el tesoro para él solo.

El alba los sorprendió cabalgando a través de los abruptos desfiladeros que cruzaban las inhóspitas montañas rocosas de Kezankia, que separaban las zonas limítrofes del este de Koth y Zamora, de las estepas turanias. Aunque tanto Koth como Zamora reclamaban esta región para sí, ninguna de las dos había logrado conquistarla, y la ciudad de Arenjun, situada en la cima de una colina de escarpadas laderas, había resistido con éxito dos asedios de las hordas turanias procedentes del este. El camino se bifurcó y se hizo cada vez más confuso, hasta que Sassan confesó que se había perdido y que no sabía dónde estaban.

—Yo todavía puedo seguir el rastro dejado por ellos —dijo Conan con un gruñido—. Aunque tú no seas capaz de verlo, yo sí puedo.

Varias horas después divisaron con claridad unas señales que indicaban el paso reciente de caballos por aquel lugar. Entonces Conan dijo:

—Nos estamos acercando a ellos, pero todavía nos superan en número. Quedémonos fuera de su alcance hasta que tengan el ídolo; entonces les tenderemos una emboscada y se lo arrebataremos.

—¡Muy bien! —exclamó Sassan con ojos brillantes—. Pero tengamos cuidado; estas son las tierras de Keraspa, que roba a todo el que pasa por aquí.

Al promediar la tarde, los dos hombres todavía seguían el rastro por el antiguo y olvidado camino. Cuando avanzaban hacia un

estrecho desfiladero, Sassan dijo:

—Si aquel kezankiano al que torturaban ha conseguido regresar junto a Keraspa, este y sus compatriotas se pondrán sobre aviso respecto a la llegada de forasteros…

Ambos tiraron de las riendas cuando un kezankiano delgado y de rostro de halcón salió a caballo del desfiladero con una mano en alto.

—¡Alto! —gritó—. ¿Con qué permiso cabalgáis por las tierras de Keraspa?

—Cuidado —murmuró Conan—. Puede haber otros hombres rodeándonos.

—Keraspa exige el pago de peaje a todos los viajeros —dijo Sassan en voz muy baja—. Quizá eso sea lo único que quiere ese individuo.

Echando una mano a su cinto, Sassan le dijo al kezankiano:

—No somos más que unos pobres viajeros, pero pagaremos con gusto el peaje que impone tu valiente jefe. Estamos solos, como puedes ver.

—Entonces, ¿quién es ese que viene detrás de vosotros? —preguntó el kezankiano señalando con la cabeza hacia el lugar por el que habían venido.

Sassan volvió la cabeza a medias y en ese instante el kezankiano le arrojó una daga que había extraído de su cinto.

Aunque el otro fue rápido, Conan lo fue mucho más. Cuando el puñal iba a atravesar la garganta de Sassan, la cimitarra de Conan brilló como un relámpago y emitió un sonido metálico. La daga saltó hacia un lado y, al tiempo que lanzaba un gruñido, el kezankiano echó mano de su espada. Pero antes de que pudiera desenvainarla, Conan lo volvió a atacar, cortándole el turbante y partiéndole el cráneo. El caballo del kezankiano relinchó y retrocedió, arrojando al suelo el cadáver del hombre. Conan hizo girar en redondo a su propio corcel y gritó:

—¡Corre hacia el desfiladero! ¡Es una emboscada!

En cuanto el kezankiano hubo caído al suelo, se oyó el seco chasquido de los arcos y el silbido de las flechas. El caballo de Sassan dio un salto al recibir una flecha que se le clavó en el cuello, y luego corrió sin control hacia la boca del desfiladero. Conan sintió que otra flecha le agujereaba la manga cuando apretó las espuelas y

corrió detrás de Sassan, que no podía dominar a su animal.

Mientras avanzaban hacia la entrada del desfiladero, tres jinetes salieron de este blandiendo unas cimitarras de hoja ancha. Sassan cejó en su intento de dominar a su caballo enloquecido y apuntó su lanza contra el más próximo de sus enemigos. La punta traspasó al hombre y lo hizo caer de la silla.

Un segundo después, Conan se libraba de otro enemigo, que ya levantaba su pesada cimitarra. El cimmerio alzó el sable y las dos hojas se encontraron con un estrépito metálico, mientras los pechos de los dos caballos chocaban con fuerza. Apoyándose sobre los estribos, Conan empujó hacia abajo con todas sus fuerzas, hasta que hizo caer el arma del enemigo y le partió el cráneo en dos. Enseguida corrió al galope hacia el desfiladero, entre una lluvia de flechas que silbaban a su alrededor. El caballo herido de Sassan tropezó y cayó pesadamente al suelo. Al ver que el animal se desplomaba, el iranistano se bajó de un salto.

Conan se le acercó y le dijo a gritos:

—¡Sube detrás de mí!

Lanza en mano, Sassan montó detrás del bárbaro. Después de sentir las espuelas, el sobrecargado animal avanzó por la garganta del desfiladero, mientras unos gritos que llegaban de atrás indicaban que los nativos se dispersaban para montar en sus caballos, que habían ocultado detrás de las rocas. Un recodo del desfiladero amortiguaba sus voces.

—El espía kezankiano sin duda logró regresar junto a Keraspa —dijo Sassan jadeando—. Lo que quieren es sangre, y no oro. ¿Crees que habrán eliminado a Zyras?

—Es posible que haya pasado antes de que tendieran la emboscada, o quizá lo estaban siguiendo cuando aparecimos nosotros. Creo que todavía nos lleva bastante ventaja.

Una media legua más adelante oyeron un débil rumor que parecía indicar que los estaban siguiendo. Entonces llegaron a un amplio valle rodeado de escarpados peñascos. En el centro de ese valle había una ladera que conducía hacia una estrecha garganta situada en el extremo opuesto. Cuando se aproximaron a este paso, Conan vio que estaba obstruido por un pequeño parapeto hecho de piedras. Sassan lanzó un grito al tiempo que saltó del caballo cuando vio que caía sobre ellos una lluvia de flechas. Uno de los

dardos le dio al caballo en el pecho.

El animal se tambaleó y cayó estrepitosamente al suelo; Conan saltó del caballo y se acercó rodando hacia un montículo de piedras detrás del cual ya se había puesto a cubierto Sassan. Cayeron más flechas, cuyas puntas se rompían contra las rocas o se clavaban en la tierra cimbreando en el aire. Los dos hombres se miraron con gesto irónico.

—¡Hemos encontrado a Zyras, por fin! —exclamó Sassan.

—Dentro de un momento —dijo Conan riéndose— se echarán sobre nosotros, y luego vendrá Keraspa por detrás para cerrar la trampa definitivamente.

En ese instante se oyó una voz provocativa.

—¡Salid de ahí de una vez, canallas! ¡Eh, Sassan!, ¿quién es el zuagiro que está contigo? ¡Creí que le había roto la cabeza anoche!

—¡Me llamo Conan! —respondió el cimmerio gritando.

Después de un momento de silencio, Zyras exclamó:

—¡Debí de haberlo imaginado! ¡Bueno, ahora os tenemos acorralados!

—¡Vosotros estáis en la misma trampa! —vociferó Conan—. ¿No escuchasteis ruido de pelea allí abajo, en la entrada del desfiladero?

—Sí, lo hemos oído cuando nos detuvimos a dar de beber a los caballos. ¿Quién os persigue?

—¡Keraspa y unos cien kezankianos! Cuando estemos muertos, ¿tú crees que os dejarán marchar sabiendo que torturasteis a uno de sus hombres?

—¡Será mejor que dejes que nos unamos a vosotros! —agregó Sassan.

—¿Es verdad eso? —preguntó Zyras, que asomó su cabeza con el turbante por encima del montículo de piedras.

—¿Acaso estás sordo? —repuso Conan.

El desfiladero retumbó bajo el estrépito de los gritos y el galope de caballos.

—¡Venid aquí, rápido! —gritó Zyras—. Habrá suficiente tiempo para repartirnos el dinero del ídolo, si salimos vivos de aquí.

Conan y Sassan dieron un salto y corrieron cuesta arriba, hasta el parapeto, donde unos brazos peludos los ayudaron a saltar al otro lado. Conan observó a sus nuevos aliados: Zyras, hombre de gesto hosco y mirada dura, que vestía al uso turanio; Arshak, que todavía

venía atildado y pulcro después de un larguísimo viaje a caballo, y tres zamorios morenos que los saludaron con una amplia sonrisa. Tanto Zyras como Arshak llevaban puesta una cota de malla similar a las de Conan y Sassan.

Los kezankianos, que eran unos veinte aproximadamente, tiraron de las riendas de sus caballos cuando fueron recibidos con una lluvia de flechas por parte de Arshak y de los zamorios. Algunos kezankianos atacaron a su vez con flechas y otros giraron en redondo y retrocedieron hasta encontrarse fuera del alcance de los dardos, y una vez allí desmontaron, pues se habían dado cuenta de que el parapeto era demasiado alto como para que pudiera ser destruido por un caballo. Por un lado se veía una montura vacía, y por otro un corcel herido que retrocedía hacia el desfiladero con su jinete.

—Deben de habernos seguido —dijo Zyras furioso—. ¡Conan, nos has mentido! ¡No son cien hombres, como nos has dicho!

—Son suficientes como para cortarnos el pescuezo —dijo Conan palpando su espada—. Además, Keraspa puede enviar refuerzos cuando lo crea conveniente.

—Podemos ocultarnos detrás de ese muro —dijo Zyras con un gruñido—. Creo que ha sido construido por gentes de la misma raza que erigió el templo del dios rojo. ¡Ahorrad flechas para la huida!

Cubiertos por una continua descarga de flechas que lanzaban cuatro kezankianos desde los lados, sus compañeros ascendieron por la pendiente. Los que iban delante llevaban unos escudos ligeros. Conan vio detrás de ellos la rojiza barba de Keraspa, que exhortaba a sus hombres que avanzaran.

—¡Disparad! —gritó Zyras.

Las flechas cortaron el aire y cayeron sobre el compacto grupo de hombres; tres de ellos quedaron retorciéndose en la ladera, pero los demás siguieron avanzando, con los ojos centelleantes y las espadas brillando en sus peludos puños.

Los defensores lanzaron las últimas flechas contra sus enemigos y luego se levantaron detrás del parapeto empuñando sus espadas. Los hombres de Kezankia corrieron hacia la pared de piedra. Algunos trataron de empujar a sus compañeros por encima del parapeto, mientras que otros arrimaban pedruscos contra el muro para formar escalones. A lo largo de la barrera se oyó el ruido de

huesos rotos, el rechinar del acero y los juramentos entrecortados de los moribundos. Conan cortó la cabeza de un kezankiano y vio que a su lado Sassan arrojaba su lanza a la boca abierta de otro atacante que gritaba, traspasándolo y haciéndole salir la punta por la nuca. Uno de los hombres de Kezankia de aspecto salvaje abrió de un corte el vientre de un zamorio. Por el sitio que dejó el hombre al caer, se lanzó aullando el feroz kezankiano, antes de que Conan pudiera detenerlo. El cimmerio recibió un tajo en el brazo izquierdo, pero de un mandoble le cortó un hombro al atacante.

Después de saltar por encima del cuerpo caído, el bárbaro se abalanzó sobre los hombres que saltaban sobre el muro, sin tiempo para ver cómo se iba desarrollando la lucha para cada bando. Zyras lanzaba juramentos en lengua corinthia y Arshak en hirkanio. Alguien exhaló un grito de agonía. Un kezankiano aferró a Conan por el grueso cuello con sus manos de gorila, pero el cimmerio puso en tensión todos sus músculos y asestó una serie de puñaladas a su contrincante, hasta que el montañés lanzó un quejido y lo soltó, desplomándose luego desde lo alto del parapeto.

Conan miró a su alrededor jadeando y se dio cuenta de que la intensidad del ataque había disminuido. Los pocos kezankianos que quedaban en pie se alejaban trastabillando pendiente abajo; todos sangraban profusamente. Los cadáveres estaban apilados al pie del muro de piedra. Los tres zamorios estaban muertos o moribundos, y Conan vio a Arshak sentado con la espalda contra el parapeto, apretándose una herida con las manos empapadas de sangre. Los labios del príncipe estaban azules, pero a pesar de ello Arshak logró esbozar una sonrisa triste.

—¡Nacer en un palacio —musitó— para venir a morir detrás de un montón de piedras…! No importa…, es el destino. Es la maldición que pesa sobre el tesoro…, todos los hombres que siguieron el rastro del dios manchado de sangre han muerto…

Y después de pronunciar estas palabras, murió.

Zyras, Conan y Sassan se miraron en silencio; eran tres figuras lúgubres, harapientas y cubiertas de sangre. Los tres tenían cortes poco profundos en las extremidades, pero sus cotas de malla los habían salvado de la muerte que arrebató a sus compañeros.

—¡Vi que Keraspa salía corriendo! —exclamó Zyras con un gruñido—. Seguramente volverá a su aldea y pondrá en pie de

guerra a toda su tribu, para perseguirnos. Debemos hacer de esto una carrera contra el tiempo; tenemos que apoderarnos del ídolo y salir de estas montañas antes de que regresen con todos sus efectivos. El tesoro será suficiente para los tres.

—Es verdad —dijo Conan con gesto hosco—, pero devuélveme mi mapa antes de que nos pongamos en marcha.

Zyras abrió la boca para decir algo, pero vio que Sassan recogía el arco de uno de los zamorios y colocaba una flecha en él.

—Haz lo que te dice Conan —ordenó el iranistano con tono amenazador.

Zyras se encogió de hombros y le entregó un trozo de pergamino arrugado.

—Malditos seáis —dijo—. ¡De todos modos me corresponde un tercio del tesoro!

Conan echó un vistazo al mapa, lo colocó en la bolsa que colgaba de su cinto y dijo:

—Está bien; no voy a ser rencoroso. Eres un cerdo, pero si juegas limpio, nosotros actuaremos de la misma forma, ¿eh, Sassan?

El aludido asintió con la cabeza y recogió un puñado de flechas del suelo.

Los caballos de los hombres de Zyras estaban atados en el paso que se hallaba detrás del parapeto. Los tres guerreros montaron los mejores corceles y se llevaron los otros tres, ascendiendo por el desfiladero situado detrás del paso. Había caído la noche, pero la certeza de que Keraspa iba a volver tras ellos les impedía descansar.

Conan observó a sus compañeros con mirada de halcón. Se dijo que el momento más peligroso llegaría cuando se hubiesen apoderado de la estatua de oro y ya no necesitaran ayudarse unos a otros. Entonces Zyras y Sassan podrían conspirar para asesinarlo, o quizá uno de ellos le propusiera a Conan un plan para matar al tercero. Por duro e implacable que fuera el cimmerio, su código de honor bárbaro le impedía ser el primero en traicionar.

También se preguntó lo que habría querido decirle el hombre que dibujó el mapa, poco antes de morir. La muerte se llevó a Ostorio cuando estaba describiendo el templo, entre vómitos de sangre. El nemedio estaba a punto de advertirle que tuviera cuidado con algo, según parecía. Pero… ¿de qué?

El alba los sorprendió cuando salían de la estrecha garganta y

entraban en un valle de paredes escarpadas. El desfiladero por el que habían pasado era el único camino de entrada hacia aquel lugar. Se vieron en una plataforma rocosa de unos treinta pasos de ancho, con un talud que se alzaba a gran altura, por un lado, y otro que se precipitaba hacia un profundo abismo, por el lado opuesto. No parecía que hubiese un camino de descenso hacia el fondo del valle, que se encontraba velado por la neblina. Los hombres echaron un vistazo a su alrededor; lo que vieron delante de ellos les quitó el ansia de llegar a destino.

Divisaron el templo, que se encontraba hacia un lado de la plataforma rocosa y relucía bajo la luz del sol naciente. Estaba tallado en la misma roca que el talud, y su enorme pórtico se hallaba frente a ellos. En su fachada destacaba una puerta de bronce muy grande, que el tiempo había teñido de color verde.

Conan ni siquiera se preocupó por saber a qué raza o cultura representaba aquel notable monumento. Desplegó el mapa y analizó las notas que aparecían al margen, tratando de descubrir si en estas se indicaba algún método de abrir la puerta.

Pero Sassan bajó de su caballo y corrió hacia allí, enloquecido por la codicia.

—¡Necio! —dijo Zyras con un gruñido y bajando a su vez del caballo—. Ostorio dejó una nota de advertencia en el margen del mapa; era algo relacionado con lo que se cobra el dios de los imprudentes.

Sassan pasaba la mano por todos los adornos y relieves que había en el portal. Le oyeron lanzar un grito de triunfo cuando algo se movió bajo sus manos. Pero su exclamación se convirtió en un grito de horror cuando la enorme puerta de bronce macizo giró hacia fuera y cayó aplastando al iranistano como si fuera un insecto. Su cuerpo quedó completamente oculto por la gran plancha metálica, por debajo de la cual asomaban unas manchas de color carmesí.

Zyras se encogió de hombros y comentó:

—Ya dije que era un necio. Ostorio debió de haber encontrado algún método para abrir la puerta sin que se desprendiese de sus goznes.

Conan pensó que así tendría un cuchillo menos que vigilar a sus espaldas.

—Esas bisagras son falsas —dijo el cimmerio en voz alta mientras las examinaba de cerca—. ¡Oh! ¡La puerta se está levantando de nuevo!

Como bien decía Conan, los goznes eran falsos. La puerta estaba montada en el borde inferior sobre dos cabezas giratorias, de modo que caía hacia fuera como un puente levadizo. Desde cada una de las esquinas superiores subía una cadena en diagonal que se introducía por un orificio cercano al ángulo superior de la puerta. Se oyó un chirrido distante, al tiempo que las cadenas se tensaban y comenzaban a levantar la pesada puerta para volverla a su posición anterior.

Conan cogió la lanza que Sassan había dejado caer. Mientras apoyaba un extremo en un agujero de los relieves tallados de la cara interior de la puerta, calzó la punta en un ángulo del marco de la puerta. El chirrido cesó y la puerta dejó de moverse, quedando casi abierta.

—Buen trabajo, Conan —dijo Zyras—. Puesto que el dios ya se ha cobrado su víctima, el camino ha de estar libre.

A continuación saltó hasta la superficie interior de la puerta y entró en el templo. Ambos se detuvieron en el umbral y echaron una mirada hacia el oscuro interior con la misma desconfianza con que habrían observado la guarida de una serpiente. El silencio era absoluto en aquel antiguo templo, y solo se rompió con el rumor de sus botas sobre las losas de piedra.

Entraron con mucha cautela, parpadeando en la penumbra. Hacia el fondo, donde estaba más oscuro, un fulgor carmesí como el resplandor de una puesta de sol, hirió sus ojos. Vieron al dios, un ídolo de oro incrustado de rubíes incandescentes.

La estatua, un poco más grande que un ser humano, tenía la forma de una especie de enano monstruoso erguido, con unos pies enormes apoyados en un bloque de basalto. El ídolo estaba de cara a la puerta de entrada, encima de un bloque de basalto y a cada lado se veía un enorme trono de ébano tallado con incrustaciones de piedras preciosas y madreperlas, en un estilo completamente diferente al empleado por cualquier artesano de aquellos tiempos.

A la izquierda de la estatua, y a unos pocos metros del pedestal, el suelo del templo tenía una grieta de pared a pared de unos cinco metros de ancho. En alguna época remota, probablemente antes de

que el templo hubiera sido construido, un terremoto debió de fragmentar la roca. Parecía indudable que en aquel negro abismo habían sido arrojadas hace mucho tiempo las aterradas víctimas como ofrenda de los terribles sacerdotes a su dios. Las paredes eran muy altas y estaban fantásticamente trabajadas; el techo era oscuro y sombrío.

Pero la atención de los dos hombres se había fijado exclusivamente en el ídolo. Aunque era la representación de un monstruo repelente, debía de valer tanto que Conan sintió vértigo.

—¡Por Crom y por Ymir! —dijo el cimmerio casi sin respiración—. ¡Es posible comprar todo un reino con semejantes rubíes!

—Demasiada riqueza para compartirla con un bárbaro —dijo Zyras.

Estas palabras, dichas casi inconscientemente por el corinthio entre dientes, pusieron sobre aviso a Conan, que se echó a un lado justamente cuando la espada de Zyras silbaba por el aire en dirección a su cuello. La hoja le cortó un trozo del gorro. Al tiempo que maldecía su descuido, Conan retrocedió y desenvainó su cimitarra.

Zyras atacó con ímpetu y Conan se enfrentó con él. Lucharon y forcejearon de un lado a otro delante del ídolo, arrastrando los pies por toda la habitación, mientras las hojas chocaban con un chirriante sonido metálico. Conan era más alto que el corinthio, pero este era fuerte, ágil y experto, y conocía muchas estratagemas. Una y otra vez Conan eludió la muerte por un pelo.

En determinado momento el cimmerio resbaló por el pulido suelo y su espada vaciló. Zyras reunió todas sus fuerzas para asestar un golpe que habría acabado con Conan, pero este no había perdido del todo el equilibrio. Con agilidad de pantera hizo girar su poderoso cuerpo echándose a un lado, de modo que la hoja de su enemigo solo le atravesó las ropas a la altura del hombro derecho. Por un momento, la hoja del corinthio quedó enganchada en la tela y entonces Zyras lanzó un mandoble con la daga que empuñaba en su mano izquierda. Esta vez el acero se hundió en el brazo derecho de Conan, pero al mismo tiempo el puñal que aferraba el cimmerio con la izquierda atravesó la cota de malla de Zyras y se introdujo entre las costillas del corinthio. Este lanzó un grito, emitió un borboteo, retrocedió unos pasos y se desplomó sobre el suelo.

Conan dejó caer sus armas, se arrodilló y rasgó su túnica, improvisando así una venda, que añadiría a las que ya llevaba. Cubrió la herida y la vendó, atando los nudos como pudo con una mano y ayudándose con los dientes. Luego echó un vistazo al ídolo manchado de sangre, que lo miraba con expresión burlona. Su rostro de gárgola parecía sonreír. Conan sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal, provocado por el temor supersticioso que había heredado de sus antepasados bárbaros.

El cimmerio consiguió serenarse. El dios rojo era suyo, pero el problema estaba en llevárselo de allí. Si era una estatua maciza, sería demasiado pesada para moverla. No obstante, algunos golpes que dio con la daga le indicaron que era hueca. El cimmerio comenzó a dar vueltas alrededor del ídolo, con la cabeza llena de proyectos. Pensó en hacer una especie de rústico trineo con uno de los tronos de madera; entonces, una vez desmontada la estatua de su peana, la sacaría del templo con la ayuda de los caballos y de las cadenas que movían la puerta levadiza delantera. De repente oyó una voz que lo hizo girar en redondo.

—¡Quédate dónde estás!

Era un grito de triunfo expresado en el dialecto kezankiano de Zamora.

Conan vio a dos hombres en la puerta, que le apuntaban con sus pesados arcos de tipo hirkanio. Uno de los hombres era alto, delgado y de barba rojiza.

—¡Keraspa! —exclamó Conan inclinándose hacia la espada y la daga que había dejado caer.

—¡Quieto! —dijo el jefe kezankiano—. Creíste que había huido a mi aldea, ¿verdad? Pues no; te he seguido toda la noche con el único de mis guerreros que no estaba herido.

Keraspa echó una mirada al ídolo y dijo:

—De haber sabido que el templo contenía semejante tesoro, hace tiempo que lo habría saqueado, a pesar de las supersticiones de mi pueblo. Rustum, recoge esa espada y la daga.

El hombre obedeció, y cuando las tuvo en su mano miró detenidamente la empuñadura en forma de cabeza de halcón de la cimitarra de Conan.

—¡Espera! —gritó el kezankiano—. ¡Conozco esta arma! ¡Este es el hombre que me salvó la vida cuando me torturaban en Arenjun!

—¡Calla! —le ordenó Keraspa—. ¡Ese ladrón debe morir!

—¡No! ¡Me ha salvado la vida! ¿Qué he obtenido de ti salvo duras empresas y escasa paga? ¡Renuncio ahora mismo a la obediencia a la que estoy sometido, perro!

Rustum dio un paso hacia adelante levantando la espada de Conan, pero Keraspa se volvió hacia él y disparó la flecha. Esta se clavó en el cuerpo del kezankiano, que lanzó un grito y retrocedió tambaleando por el efecto del poderoso impacto hasta que llegó sin darse cuenta al borde de la grieta y se precipitó por ella hacia el abismo. Sus alaridos llegaban a la superficie cada vez más débiles a medida que caía, hasta que dejaron de oírse.

Rápido como una serpiente, y antes de que el inerme Conan pudiera saltar sobre él, Keraspa colocó otra flecha en el arco. El Cimmerio había dado un paso con gesto felino para abalanzarse sobre Keraspa cuando, sin la menor advertencia, el ídolo incrustado de rubíes descendió de su pedestal con un fuerte estrépito metálico y dio un paso hacia Keraspa.

Al tiempo que lanzaba un grito de horror, el jefe kezankiano disparó la flecha contra la animada estatua. El dardo fue a dar en el hombro del ídolo y rebotó hacia arriba, describiendo una parábola. Los largos brazos del dios se extendieron hacia Keraspa y lo aferraron por una pierna y por un brazo.

Los labios del kezankiano llenos de espuma lanzaron un grito tras otro mientras el dios se acercaba con pasos pesados a la enorme brecha. La escena había paralizado a Conan de horror, y ahora el ídolo le estaba bloqueando la salida. Tanto hacia la derecha como hacia la izquierda, su camino quedaba al alcance de aquellos brazos largos como los de un mono. Y el dios, a pesar de su gran tamaño, se movía tan rápidamente como un hombre.

El dios rojo se acercó a la grieta y levantó a Keraspa en el aire, dispuesto a arrojarlo a la insondable profundidad. Conan miró al kezankiano antes de que desapareciera; tenía la boca abierta y la barba manchada de espuma y gritaba como un loco. Después de que Keraspa fuera eliminado, no cabía duda de que la estatua se ocuparía de él. Los sacerdotes de la antigüedad no habían tenido que tomarse el trabajo de lanzar a las víctimas al abismo; aparentemente el ídolo mismo se ocupaba de ese detalle.

Mientras el dios se balanceaba sobre sus dorados talones para

arrojar al kezankiano, Conan tanteó detrás de él y sintió en su mano la madera de uno de los tronos. Estos sin duda habían sido ocupados por los sumos sacerdotes del culto en el pasado. Él cimmerio se volvió, cogió el pesado sitial por el respaldo y lo levantó. Con los músculos crujiendo a causa del esfuerzo, Conan arrojó el trono sobre el ídolo, al que le dio en la espalda dorada en el preciso instante en que el cuerpo de Keraspa, que todavía seguía gritando y dando alaridos de horror, desaparecía en el fondo del abismo.

La madera del trono se hizo pedazos bajo el impacto contra la masa de oro. El golpe le dio al dios en el momento en que se inclinaba hacia adelante por el impulso que tomó para lanzar a Keraspa, y por ello se hallaba en un equilibrio precario. Durante una fracción de segundo, el monstruo se tambaleó sobre el borde del precipicio, con los largos brazos dorados azotando el aire, y luego cayó también en el abismo.

Conan tiró los restos del trono y miró por el borde del abismo. Los gritos de Keraspa habían cesado. Conan creyó haber oído un sonido distante similar al que podía haber producido el ídolo al golpear en una de las paredes del abismo y rebotar luego pero no estaba seguro. No hubo un ruido ni un golpe estrepitoso final, sino un silencio absoluto.

Conan se secó el sudor de la frente con el musculoso antebrazo y sonrió con gesto hosco. La maldición del dios manchado de sangre se había acabado y el dios desaparecía con ella. A pesar de la enorme fortuna que se había ido por la grieta, junto con el ídolo, el cimmerio no lo lamentaba, pues había comprado su vida a semejante precio. Además, en el mundo debían de quedar aún otros tesoros.

El cimmerio recogió su espada y el arco de Rustum y salió al exterior, donde brillaba el sol de la mañana. Después eligió un caballo y emprendió el regreso.

La hija del gigante helado

Robert E. Howard, 1932

Hastiado ya de la civilización y de su magia, Conan vuelve a su Cimmeria natal. Después de uno o dos meses de juerga, entre mozas y bebidas, se siente impaciente por reunirse con sus antiguos amigos, los aesires, en una incursión contra Vanaheim.

El fragor metálico de las espadas y las hachas de guerra se había extinguido; los gritos de las matanzas fueron silenciados, y ahora reinaba el silencio sobre la nieve teñida de rojo. El pálido sol que brillaba con una luz cegadora sobre los campos helados y las llanuras cubiertas de nieve arrancaba destellos de plata de las corazas hendidas y de las armas quebradas diseminadas por el campo de batalla en el que yacían los muertos. Las manos sin vida aún aferraban las rotas empuñaduras de las espadas; las cabezas cubiertas con cascos y echadas hacia atrás en el último estertor, alzaban lúgubremente contra el cielo las barbas rojas y doradas, como en una última invocación a Ymir, el gigante helado, dios de una raza guerrera.

Alrededor de los ensangrentados despojos y de los cuerpos enfundados en cotas de malla, dos hombres se miraban fijamente. Eran los únicos seres vivos en aquel paisaje desolado. Los cubría el cielo helado y estaban rodeados por la blanca planicie sin límites, con decenas de cadáveres a sus pies. Se fueron aproximando lentamente uno al otro entre los cuerpos sin vida, como fantasmas que se encuentran sobre las ruinas de un mundo muerto. En medio de un silencio casi absoluto, los dos hombres quedaron cara a cara.

Ambos eran altos y fornidos como tigres. Habían perdido los

escudos, y sus corazas estaban abolladas y resquebrajadas. La sangre seca cubría sus cotas de malla y las espadas estaban manchadas de rojo. En sus cascos de cuernos se veían las marcas de golpes violentos. Uno de ellos carecía de barba y tenía una brillante melena negra; el cabello y la barba del otro eran tan rojos como la sangre que había sobre la nieve iluminada por el sol.

—Oye —dijo este último—, dime tu nombre para que mis hermanos de Vanaheim sepan quién fue el último hombre de la banda de Wulfhere que cayó ante la espada de Heimdul.

—¡No será en Vanaheim —dijo con un gruñido el guerrero de negra cabellera—, sino en Valhalla, donde les dirás a tus hermanos que encontraste a Conan de Cimmeria!

Heimdul saltó lanzando un rugido mientras su espada describía un arco mortal. Cuando la sibilante hoja golpeó su casco haciendo saltar chispas azules, Conan se tambaleó y su vista se llenó de un fuego rojo. Pero después de retroceder, volvió a cobrar fuerzas y lanzó un poderoso mandoble con todas sus fuerzas. La afilada hoja atravesó las escamas de metal, los huesos y el corazón del enemigo, y el guerrero de rojos cabellos murió a los pies del cimmerio.

Conan se quedó inmóvil, con la espada suspendida, y se sintió repentinamente invadido por un profundo cansancio. El resplandor del sol sobre la nieve cortaba sus ojos como un cuchillo, mientras que el cielo parecía encogerse extrañamente. Se alejó de aquella planicie en la que los guerreros de barba rubia yacían entrelazados con los asesinos de rojas barbas en un abrazo de muerte. Había dado unos pocos pasos cuando el resplandor de los campos nevados comenzó a atenuarse. Lo envolvió una oleada de luz cegadora y se desplomó sobre la nieve apoyado en un brazo, tratando de sacudirse la ceguera como un león sacude su melena.

Una risa cantarina rasgó su inconsciencia, y notó que la vista se le aclaraba poco a poco. Conan miró hacia arriba; había algo extraño en el paisaje, algo que no podía precisar ni definir, como un tinte especial y desusado que coloreaba la tierra y el cielo.

Pero no pensó mucho tiempo en ello. Ante él, balanceándose como un árbol joven al viento, había una mujer. Al bárbaro, todavía aturdido, el cuerpo erguido de la muchacha le parecía hecho de marfil; con excepción de un ligero velo de gasa, estaba desnuda como el día. Sus delicados pies eran más blancos que la nieve que

pisaban. Finalmente la joven se echó a reír, mirando fijamente al desconcertado guerrero; su risa era más dulce que el murmullo de las fuentes cantarinas, pero estaba cargada de una ironía cruel.

—¿Quién eres? —le preguntó el cimmerio—. ¿De dónde vienes?

—¿Qué importa? —repuso ella, con una voz más musical que un arpa de cuerdas plateadas, pero cargada de crueldad.

—Puedes llamar a tus hombres —dijo Conan aferrando su espada—. Aunque no me responden del todo las fuerzas, no me cogerán vivo. Veo que eres de Vanir.

—¿Te lo había dicho? —preguntó la joven.

La mirada del cimmerio se posó nuevamente en los rizos rebeldes de la muchacha, que le habían parecido rojos a primera vista. Ahora veía que aquel cabello no era rojizo ni rubio, sino una gloriosa combinación de ambos tonos. Él la miró fascinado. Su cabello era de un color dorado mágico; el sol se reflejaba con tal intensidad en su cabellera que el bárbaro apenas podía mirarla. Los ojos de ella no parecían del todo azules ni absolutamente grises, sino que cambiaban de color con la luz y con el resplandor de las nubes, creando tonalidades que el bárbaro jamás había visto. Sus labios rojos y carnosos sonrieron y, desde los ligeros pies hasta la cegadora corona de su cabello rizado, aquel cuerpo de marfil era tan perfecto como el sueño de un dios. El pulso de Conan martilleó sus sienes.

—No sé si eres de Vanaheim y enemiga mía —dijo él—, o de Asgard y, por tanto, amiga. He recorrido muchas tierras, pero jamás he visto una mujer como tú. Tus rizos me ciegan con su fulgor. Jamás había visto un cabello semejante, ni siquiera entre las mujeres más blancas de Aesir. Por Ymir…

—¿Y tú quién eres, para jurar por Ymir? —le interrumpió ella con tono burlón—. ¿Qué sabes tú de los dioses del hielo y de la nieve, tú que vienes del sur para aventurarte entre gentes extrañas?

—¡Por los oscuros dioses de mi propia raza! —gritó Conan furioso—. ¡Aunque no sea un aesir de cabello dorado, ninguno de ellos ha sido más diestro que yo manejando la espada! Hoy he visto caer muertos a muchísimos hombres, y solo yo he sobrevivido en el campo de batalla en el que los hombres de Wulfhere se enfrentaron con los lobos de Bragi. Dime, mujer, ¿no has visto el brillo de las corazas sobre las llanuras nevadas? ¿No has visto hombres armados

avanzando sobre el hielo?

—He visto brillar la escarcha bajo los rayos del sol —respondió ella—. Y he oído el viento susurrando sobre las nieves eternas.

Conan movió la cabeza y lanzó un suspiro. Luego dijo:

—Niord debía haberse unido a nosotros antes de que comenzara la batalla. Me temo que él y sus guerreros hayan sido objeto de una emboscada. Wulfhere y sus hombres están muertos… Yo creí que no había ninguna aldea en muchas leguas a la redonda, pues la guerra nos llevó muy lejos; pero tú no puedes haber venido de lejos, con tanta nieve y estando desnuda. Condúceme a tu tribu, si eres de Asgard, pues me siento débil y cansado a causa de los golpes que he recibido y del fragor de la batalla.

—Mi aldea se encuentra más allá de lo que tú puedes recorrer andando, Conan de Cimmeria —dijo ella riendo.

Después extendió los brazos y se balanceó delante de él, agitando sensualmente su dorada cabellera y con los ojos centelleantes semiocultos detrás de sus sedosas pestañas.

—¿No soy hermosa, oh, extranjero?

—Como el alba que juega desnuda sobre la nieve —murmuró Conan con los ojos ardientes como los de un lobo.

—Entonces, ¿por qué no te levantas y me sigues? ¿Quién es el valiente guerrero que se queda postrado delante de mí? —dijo ella con voz cantarina y con un sarcasmo enloquecedor—. Quédate acostado sobre la nieve y muere como los demás necios, Conan el de la negra cabellera. Tú no puedes seguirme adonde yo te llevaría.

El cimmerio lanzó un juramento y se puso en pie, al tiempo que sus ojos azules centelleaban y su rostro oscuro, lleno de pequeñas cicatrices, se contraía. La ira embargaba su alma, pero el deseo que le inspiraba el cuerpo tentador que tenía delante le martilleaba las sienes y le hacía hervir la sangre en las venas. Una pasión feroz y agónica invadía todo su ser, hasta el punto de que la tierra y el cielo aparecían bañados en sangre ante su obnubilada mirada. En medio de su locura, se olvidó del enorme cansancio y de la debilidad que sentía.

El cimmerio no dijo una sola palabra mientras envainaba la ensangrentada espada y tendía las manos hacia la muchacha para tocar su carne suave y delicada. La joven lanzó un leve grito, retrocedió entre risas y echó a correr, mirándolo de cuando en

cuando por encima de su blanco hombro. Conan la siguió lanzando gruñidos. Se había olvidado de la lucha, de los guerreros armados que yacían bañados en sangre; se había olvidado de Niord y de sus hombres, que no llegaron a tiempo para la batalla. Solo tenía en mente la esbelta silueta blanca que parecía flotar en el aire, en lugar de correr sobre la tierra delante de él.

La persecución continuó a través de la cegadora llanura blanca. El campo rojo había quedado muy atrás, pero Conan siguió andando con la silenciosa tenacidad de los de su raza. Sus pies, cubiertos con la malla de acero, rompieron la helada corteza y se hundieron hasta los tobillos en la tierra cubierta de nieve, pero siguió adelante sostenido por su indomable energía. La muchacha danzaba sobre la nieve ligera como una pluma flotando en el aire; sus pies desnudos apenas dejaban huellas en la escarcha helada. A pesar del fuego que ardía en las venas del bárbaro, el frío le mordía a través de la cota de malla y del manto forrado de piel, pero la joven del tenue velo de gasa corría tan ligera y alegre como si estuviera bailando entre las palmeras y los jardines de rosas de Poitain.

Ella iba siempre adelante y Conan la seguía. Sus labios resecos lanzaban violentas maldiciones. Tenía hinchadas las venas de las sienes a causa del esfuerzo y sus dientes rechinaban.

—¡No podrás escapar de mí! —rugió el cimmerio—. ¡Si me conduces a una trampa, apilaré las cabezas de tu gente a tus pies! ¡Y si te ocultas, abriré las montañas hasta que te encuentre! ¡Te seguiré hasta el mismísimo infierno!

La espuma fluía de los labios del bárbaro mientras la enloquecedora risa de la muchacha llegaba hasta sus oídos. La joven lo llevó cada vez más lejos hacia el interior de la estepa. A medida que pasaban las horas y el sol se ocultaba detrás de la línea del horizonte, el paisaje cambiaba; la extensa planicie dio paso a unas pequeñas colinas que ascendían hasta convertirse en accidentadas cordilleras. Allá a lo lejos, hacia el norte, Conan divisó una cadena de clavadas montañas, cuyas azules nieves eternas se teñían de rojo bajo el sol de poniente. En el cielo oscuro brillaban resplandecientes los rayos de la aurora boreal. Se tendían como un abanico en el cielo, como heladas hojas de luz gélida que cambiaba de color y cuya intensidad aumentaba por momentos.

El cielo brillaba por encima de la cabeza de Conan con una luz y un resplandor extraños. La nieve tenía un brillo misterioso y sobrenatural; por momentos era de un azul helado, luego de color carmesí o de un frío tono plateado. Conan seguía avanzando con una determinación inquebrantable a través de aquel helado reino deslumbrante y encantado, en un laberinto cristalino en el que la única realidad era el blanco cuerpo que bailaba sobre la nieve lejos de su alcance…, cada vez más lejos de su alcance.

El cimmerio no se asombró ante la extrañeza de todo aquello, ni siquiera cuando dos gigantescas figuras se alzaron para cerrarle el paso. Las escamas de las cotas de malla de los desconocidos estaban llenas de escarcha y sus cascos y hachas de guerra estaban cubiertos de hielo. La nieve salpicaba sus cabelleras y sus barbas estaban blancas de carámbanos y de cristalillos helados. Sus ojos eran tan fríos como la luz que llegaba a raudales del cielo.

—¡Hermanos! —exclamó la muchacha bailando entre ellos—. ¡Mirad quién me sigue! ¡Os he traído un hombre para que lo matéis! ¡Arrancadle el corazón para colocarlo humeante sobre la mesa de nuestro padre!

Los gigantes contestaron con rugidos que parecían el chirriar de los icebergs al rozar contra las heladas piedras de una costa rocosa. Levantaron las hachas, que brillaron bajo la luz de las estrellas, y en ese momento el cimmerio se abalanzó como enloquecido sobre ellos. Una helada hoja brilló ante los ojos de Conan cegándolo con la intensidad de su fulgor. El bárbaro devolvió un terrible mandoble que cercenó la pierna de uno de sus enemigos a la altura de la rodilla.

La víctima cayó exhalando un lamento y en ese mismo instante Conan se desplomó sobre la nieve, con el hombro izquierdo insensible por un certero golpe del otro hombre, del que apenas pudo salvarlo la malla que llevaba puesta. Conan vio que el otro gigante se cernía sobre él como un coloso tallado en hielo, recortándose contra el frío cielo. El hacha se abatió… para hundirse en la nieve hasta penetrar profundamente en la tierra helada, pues Conan se echó a un lado y luego de un salto se puso en pie. El gigante lanzó un rugido e intentó liberar su hacha, pero mientras lo hacía, la espada de Conan se hundió en el pecho del hombre con la rapidez de un rayo. Las rodillas del titán se doblaron y este se

derrumbó lentamente sobre la nieve, que se tiñó de color carmesí por la sangre que manaba del cuello seccionado.

Conan giró rápidamente y vio que la muchacha se encontraba a poca distancia, mirándole con los ojos muy abiertos por el horror; el aire de sorna había desaparecido de su rostro. El cimmerio gritó violentamente y las gotas de sangre caían por su espada mientras su mano temblaba por la intensidad de su pasión.

—¡Llama al resto de tus hermanos! —gritó Conan—. ¡Yo echaré sus corazones a los lobos! No podrás escapar de mí…

Con un grito de horror, la joven se volvió y huyó rápidamente. Ya no se reía ni se burlaba de él cuando lo miraba por encima de su blanco hombro. Ahora corría como si en ello le fuera la vida. Por más que Conan forzaba hasta la última fibra de sus músculos y sentía como si las sienes fueran a estallarle —lo veía todo de color rojo—, la chica seguía alejándose de él bajo los cielos iluminados por los fuegos de hechicería, hasta que quedó convertida en una figura diminuta, luego en una blanca llama que danzaba sobre la nieve y por último en una pequeña mancha perdida a lo lejos. Pero aunque los dientes le rechinaban hasta hacerle brotar sangre de las encías, Conan siguió avanzando hasta que la pequeña mancha volvió a aparecer a los ojos de Conan como una blanca llama que danzaba, luego como una minúscula figurilla y por último la muchacha corría a menos de cien pasos delante del cimmerio. Lentamente, paso a paso, la distancia se iba acortando.

Ahora la joven corría haciendo un visible esfuerzo, con sus rizos dorados flotando al viento. Conan percibió el intenso jadeo de su pecho y vio el miedo reflejado en sus ojos cuando ella lo miró por encima del hombro. La resistencia implacable del bárbaro le proporcionó el fruto apetecido. Las fuerzas parecían abandonar sus blancas piernas; la muchacha corría a menos velocidad aún. En el corazón indomable de Conan se atizó nuevamente el fuego infernal que ella había sabido encender. Lanzando un rugido inhumano, Conan se arrojó sobre la joven en el momento en que esta se volvía y lanzaba un grito de espanto, al tiempo que extendía sus brazos para rechazarlo.

La espada del cimmerio cayó sobre la nieve cuando este estrechó a la joven en sus brazos. El esbelto cuerpo de la muchacha se arqueó hacia atrás mientras luchaba desesperadamente en los

brazos de Conan. Su cabello dorado se agitaba al viento y le caía sobre el rostro, cegando al cimmerio con su resplandor. El contacto de su hermoso cuerpo que se retorcía entre sus brazos le llevó al borde de la locura. Los fuertes dedos de Conan se hundieron con frenesí en la suave y blanda carne…, una carne fría como el hielo. Era como si estuviera abrazando un cuerpo de hielo en lugar del cuerpo de una mujer de carne y hueso. Ella echó a un lado su dorada cabellera, tratando de esquivar los violentos besos del bárbaro, que lastimaban sus labios rojos y carnosos.

—Eres fría como la nieve —dijo él como atontado—. Yo te calentaré con el fuego de mi sangre…

Al tiempo que lanzaba un fuerte grito, la joven se resistió con todas sus fuerzas hasta que logró escapar de los brazos del cimmerio, dejando en ellos su ligero velo de gasa. Ella saltó hacia atrás y se enfrentó a Conan, con sus rizos de oro en completo desorden, su blanco pecho jadeante y sus hermosos ojos centelleando de horror. Por un momento Conan se quedó paralizado, abrumado ante aquella belleza terrible que se alzaba desnuda sobre la nieve.

En ese momento ella alzó los brazos hacia las luces que brillaban en el firmamento y exclamó con una voz que resonaría para siempre en los oídos de Conan:

—¡Ymir! ¡Oh, padre mío, sálvame!

Conan dio un salto hacia adelante con los brazos extendidos para coger a la muchacha cuando, con un estampido como el de una inmensa montaña al desintegrarse, el cielo entero se convirtió en un fuego helado. El cuerpo de marfil de la muchacha se vio envuelto repentinamente en una llama azulada y fría, tan cegadora que el cimmerio tuvo que levantar las manos para protegerse los ojos. Durante un breve instante, los cielos y las montañas nevadas fueron inundadas por crepitantes llamas blancas, azules dardos de una luz helada y fuegos gélidos de color carmesí.

De pronto Conan se tambaleó y lanzó una exclamación. La muchacha había desaparecido. La resplandeciente extensión de nieve estaba ahora completamente desierta; por encima de su cabeza las embrujadas luces jugueteaban en un cielo helado que parecía haber enloquecido. Entre las distantes montañas azuladas que se alzaban a lo lejos se oyó un trueno estremecedor como el de

un gigantesco carro de guerra arrastrado por caballos frenéticos cuyos cascos despedían destellos al chocar contra la nieve, mientras del cielo llegaban ecos lejanos.

Luego la aurora boreal, las montañas cubiertas de nieve y el cielo llameante comenzaron a dar vueltas ante los ojos de Conan como si estuvieran ebrios. Miles de bolas de fuego estallaron lanzando una lluvia de chispas y el mismo cielo se convirtió en una rueda gigantesca que giraba despidiendo estrellas a medida que daba vueltas. Las montañas nevadas se alzaban como las olas del mar. Entonces el cimmerio cayó sobre la nieve y quedó inmóvil.

En un gélido y oscuro universo cuyo sol se había extinguido hacía muchísimos eones, Conan sintió el movimiento de una vida extraña e incierta. Un terremoto hizo temblar la tierra sobre la que yacía, lo sacudió de un lado a otro y aplastó sus manos y sus pies, haciéndole gritar de dolor y de furia. Entonces buscó su espada.

—Está volviendo en sí, Horsa —dijo una voz—. Date prisa, debemos quitarle el hielo de sus brazos y piernas, para que pueda volver a empuñar la espada.

—No puede abrir la mano izquierda —dijo el otro con un gruñido—. Está aferrando algo…

Conan abrió los ojos y miró a los hombres barbudos que se inclinaban sobre él. Estaba rodeado de guerreros altos y rubios, que vestían cotas de malla y pieles.

—¡Conan! —exclamó uno de ellos—. ¡Estás vivo!

—¡Por Crom, Niord! —dijo el cimmerio jadeando—. ¿Estoy vivo o estamos todos muertos en Valhalla?

—Estamos vivos —respondió As masajeando los pies helados de Conan—. Nos tendieron una emboscada; de lo contrario hubiéramos llegado a tiempo para luchar a tu lado. Los cadáveres todavía estaban tibios cuando aparecimos en el campo de batalla. No te encontramos entre los muertos, de modo que seguimos tu rastro. Pero Conan, en nombre de Ymir, ¿por qué te fuiste hasta las estepas del norte? Seguimos tus huellas sobre la nieve durante horas. Si alguna tormenta las hubiera ocultado, jamás te habríamos encontrado, ¡por Ymir!

—No jures tan a menudo por Ymir —murmuró otro guerrero con aire inquieto, observando las lejanas montañas—. Esta es su tierra, y cuentan las leyendas que el dios vive en aquellas montañas.

—He visto a una mujer —repuso Conan confusamente—. Nos habíamos encontrado con los hombres de Bragi en la llanura. No sé durante cuánto tiempo estuvimos peleando. Fui el único sobreviviente, y estaba mareado y exhausto. La tierra parecía un sueño; solo ahora las cosas me parecen naturales y conocidas. La mujer vino hacia mí, provocándome. Era hermosa como una helada llama del infierno. Una extraña locura me invadió cuando la miré, y me olvidé de todo. La seguí. ¿No habéis encontrado sus huellas? ¿Ni habéis visto a los gigantes helados a los que di muerte?

Niord respondió negativamente con un movimiento de la cabeza.

—Solo encontramos tus huellas en la nieve, Conan —le respondió.

—Entonces es probable que esté loco —dijo Conan aturdido—. Y sin embargo, vosotros no me parecéis más reales que aquella muchacha de cabellos dorados que corría desnuda sobre la nieve, delante de mí. No obstante, yo la vi desvanecerse entre mis propias manos, como una llama helada que se extingue súbitamente.

—Está delirando —musitó uno de los guerreros.

—¡No! —exclamó un hombre más viejo, de ojos salvajes y extraños—. ¡Era Atali, la hija de Ymir, el gigante de hielo! ¡Ella sale al campo de batalla y se deja ver por los moribundos! Yo la he visto cuando era un muchacho y estaba medio muerto después de la sangrienta batalla de Wolfraven. La he visto caminar entre los muertos, sobre la nieve; su cuerpo desnudo brillaba como el marfil y su cabellera dorada resplandecía con un fulgor insoportable a la luz de la luna. Yo me acosté en el suelo y aullé como un perro moribundo porque no podía arrastrarme tras ella. Atrae a los sobrevivientes de las batallas y los lleva a los páramos para que sus hermanos, los gigantes de hielo, les den muerte; después les arrancan el corazón y lo depositan en la mesa de Ymir. ¡El cimmerio ha visto a Atali, la hija del gigante helado!

—¡Bah! —gruñó Horsa—. El viejo Grom ha quedado mal de la cabeza por una herida que recibió en su juventud. Conan estaba delirando por los golpes recibidos en el fragor de la batalla; mirad cuántas abolladuras tiene en el casco. Cualquiera de esos golpes pudo afectarle el cerebro. Lo que anduvo siguiendo por las estepas no era más que una alucinación. El cimmerio viene del sur; ¿qué

sabe él acerca de Atali?

—Quizá tengas razón —murmuró Conan—. Todo era tan extraño, tan misterioso y sobrenatural… ¡Por Crom!

Conan se calló y miró algo que todavía aferraba con fuerza en la mano izquierda. Los demás se quedaron boquiabiertos cuando vieron que sostenía un tenue velo de gasa…, un velo de gasa tan ligero y delicado que no pudo haber sido tejido por manos humanas.

La guarida del gusano de hielo

L. Sprague de Camp & Lin Carter, 1969

Perseguido por el recuerdo de la belleza helada de Atali, aburrido de la vida simple de las aldeas cimmerias, Conan se dirige hacia las tierras civilizadas del sur, esperando encontrar una buena ocasión para poner su espada de mercenario al servicio de alguno de los numerosos príncipes hiborios. Conan tiene ahora aproximadamente veintitrés años.

El jinete solitario había avanzado a lo largo del día por los desfiladeros de los montes Eiglofes, que se extendían de oriente a occidente a través del mundo conocido como una gigantesca muralla de nieve y hielo, separando las tierras del norte de Vanaheim, Asgard e Hiperbórea, de los reinos del sur. En la época más cruda del invierno, la mayoría de los puertos de montaña estaban bloqueados. Con la llegada de la primavera, en cambio, volvían a abrirse dejando pasar a las bandas de feroces y rubios bárbaros del norte, que comenzaban entonces sus incursiones contra las cálidas tierras del sur.

Este jinete iba solo. En lo más alto del desfiladero que conducía hacia el sur, hacia el Reino de la Frontera de Nemedia, el solitario viajero tiró de las riendas y se quedó inmóvil un momento, contemplando el fantástico paisaje que se desplegaba ante sus ojos.

El cielo era una cúpula de vapores rojizos y dorados que se iba oscureciendo en el cenit y que en el horizonte oriental alcanzaba un tono violáceo al atardecer. Pero el ígneo resplandor del día que expiraba, todavía teñía las blancas cumbres de las montañas con un engañoso tono rosado cálido y radiante. La luz arrojaba sombras de

color azul oscuro sobre la helada superficie del gigantesco glaciar que recorría como una serpiente de hielo los picos más altos descendiendo por los estrechos valles; entonces trazaba una curva frente al puerto de montaña y se alejaba hacia la izquierda, para serpentear entre las colinas y terminar como un riachuelo de aguas claras. Todo aquel que viajara por el desfiladero debía avanzar con mucho cuidado cuando llegaba al borde del glaciar, a fin de no caer en alguna grieta oculta o de no quedar sepultado por un alud. El sol poniente convertía al glaciar en una deslumbrante extensión de color oro y carmesí. En las laderas rocosas que se alzaban por los flancos del glaciar, se veían de cuando en cuando algunos árboles enanos de troncos nudosos.

«Este debe de ser el glaciar de la Nieve Maldita —se dijo el viajero—, también conocido como el río de la Muerte Helada». Había oído hablar acerca de él, si bien en sus años de vida errante no había tenido ocasión de verlo. Todo lo que había oído decir acerca de aquel desfiladero flanqueado por el glaciar estaba impregnado de un tremendo misterio y de temores inenarrables. Sus propios compañeros cimmerios, que habitaban las desoladas montañas del oeste, hablaban del Demonio de las Nieves con terror, aunque nadie sabía por qué. El viajero había pensado a menudo en las leyendas que circulaban en torno al glaciar, que lo envolvían con un antiguo aura maligno. Caravanas enteras habían desaparecido en aquel lugar —contaba la gente—, sin que jamás se hubiera vuelto a saber de ellos. El joven cimmerio llamado Conan apartó de su mente aquellos rumores. «Sin duda —se dijo— los desaparecidos carecían de experiencia en la montaña y se habían perdido en alguno de los puentes hechos de una delgada capa de nieve que muchas veces enmascaraban grietas». El puente solía ceder y la gente se hundía, muriendo en las profundidades de color azul verdoso del glaciar. Conan sabía que estas cosas ocurrían a menudo; más de un amigo suyo había muerto de esta manera. Pero ese no era motivo suficiente para hablar del Demonio de las Nieves con gesto temeroso y miradas recelosas.

Conan quería descender por el desfiladero y llegar hasta las bajas colinas del Reino de la Frontera, pues había comenzado a encontrar aburrida la vida simple de su aldea cimmeria natal. Su desdichada aventura en compañía de un grupo de rubios aesires que

proyectaban una incursión contra Vanaheim le había dejado muchas magulladuras y pocos beneficios. Además, le dejó el recuerdo persistente de la helada belleza de Atali, la hija del gigante de hielo, que estuvo a punto de atraerlo hacia la helada muerte.

En general, había conseguido todo lo que había querido de las desoladas tierras del norte y ardía de impaciencia por regresar a las cálidas tierras del sur para gozar del contacto con la seda, del sabor del vino dorado, de los delicados manjares y de la tibieza de la suave piel morena de las mujeres. «¡Basta ya —se dijo— de la monótona vida en la aldea y de la austeridad espartana de los campamentos!».

Su caballo llegó hasta el lugar en el que el glaciar avanzaba directamente cruzando el camino en dirección a las tierras más bajas. Conan descendió de su caballo y llevó al animal por las riendas a lo largo de un estrecho sendero limitado por el glaciar a su izquierda y por un abrupto talud a la derecha. El enorme manto de piel de oso que llevaba puesto contribuía a aumentar el tamaño de su ya hercúlea figura. Debajo de la piel llevaba la cota de malla y una espada de hoja ancha colgando de su cintura.

Sus ojos de un azul volcánico miraron en derredor. Su cabeza estaba cubierta por un casco adornado con un par de cuernos, y llevaba un pañuelo arrollado en torno al cuello para protegerse del aire gélido de las montañas. En su mano libre sostenía una fina lanza. Conan avanzó cuidadosamente por el camino que serpenteaba por encima del glaciar. De cuando en cuando hundía la punta de la lanza en aquellos lugares en los que sospechaba que pudiese haber una grieta. De la silla de su caballo colgaba un hacha de guerra de doble hoja.

Se aproximaba al final del estrecho sendero que iba del glaciar al talud, allí donde aquel se apartaba hacia la izquierda y el camino continuaba hacia abajo por la falda de una colina ligeramente cubierta por la nieve primaveral y sembrada de peñascos y montículos. De pronto, el cimmerio oyó un grito de terror que le hizo volver la cabeza rápidamente. A un tiro de flecha hacia su izquierda, en el sitio en el que el glaciar se nivelaba antes de iniciar el descenso final, Conan divisó un grupo de personas andrajosas y de aspecto salvaje que rodeaban a una esbelta joven que vestía pieles blancas. Incluso a esa distancia, Conan pudo notar, gracias al

aire claro de la montaña, que la joven tenía un rostro ovalado de frescas mejillas y una hermosa cabellera castaña que sobresalía por la parte inferior de su gorro blanco. Era una verdadera belleza.

Sin detenerse a pensar, el cimmerio se quitó el manto y, utilizando la lanza como pértiga, dio un salto y se montó en su caballo. Inmediatamente cogió las riendas y clavó las espuelas en los ijares del animal. Mientras la asustada bestia retrocedía unos pasos por el impulso del salto del jinete, Conan abría la boca para lanzar el extraño y terrible grito de guerra de los cimmerios, pero la cerró inmediatamente y se quedó en silencio. Algún tiempo atrás habría lanzado aquel grito para animarse, pero los años de servicio con las tropas turanias lo habían vuelto más profesional. No tenía sentido poner sobre aviso a los atacantes de la desconocida muchacha; era mejor actuar por sorpresa.

No obstante, los hombres le oyeron llegar casi enseguida. Aunque la nieve atenuaba las pisadas del caballo, el leve tintineo de su cota de malla, así como el crujido de los arneses, no tardaron en hacer que uno de ellos se volviera hacia él. Este lanzó un grito y cogió a su compañero más cercano por el brazo, de modo que unos segundos después todos se habían dado la vuelta para ver a Conan y se preparaban para enfrentarse a él. Se trataba de una docena de hombres de montaña armados con rústicas cachiporras de madera, con lanzas con puntas de piedra y con hachas. Eran gentes de brazos y piernas cortos y cuerpo grueso, envueltos en pieles raídas y sucias. Unos ojos pequeños inyectados en sangre miraban fijamente bajo unas cejas espesas y una frente ancha y curvada; los gruesos labios se contraían y dejaban ver unos dientes grandes y amarillos. Eran como vestigios de un estadio anterior de la evolución de la raza humana, acerca de quienes Conan había oído hablar a los filósofos en los patios de los templos nemedios. Pero estaba demasiado ocupado guiando a su caballo y preparando su lanza para dedicarle a estos asuntos más que un pensamiento fugaz. A continuación el bárbaro se abalanzó sobre los atacantes con la rapidez de un rayo.

Conan sabía que la única forma de luchar con ventaja frente a semejante cantidad de enemigos a pie consistía en aprovechar la movilidad del caballo, es decir, en mantenerse continuamente en movimiento con el animal, para impedir que lo rodeasen todos al

mismo tiempo. Pues aunque su malla de acero le protegía el cuerpo, un golpe certero con esas armas rudimentarias podría hacerlo caer del caballo. Por consiguiente, se dirigió al más cercano de esos hombres primitivos conduciendo al caballo un poco hacia la izquierda.

Cuando la lanza de hierro penetró entre la carne velluda y el hueso, el hombre de la montaña lanzó un alarido, dejó caer su arma y trató de aferrar el asta de la lanza de Conan. Pero el impulso que llevaba su caballo lo arrojó al suelo. El arpón del cimmerio se hundió en el cuerpo caído y, antes de continuar su marcha, Conan retiró su lanza del cuerpo moribundo.

Detrás de él, los montañeses lanzaban gritos y chillidos. Se señalaban unos a otros y parecían estar dando una docena de órdenes contradictorias a la vez. Mientras tanto, Conan hizo que su caballo describiera un pequeño círculo y luego galopó a través de la turba. Una lanza se estrelló contra la malla que cubría su hombro y otra produjo una pequeña herida en el flanco del caballo. Pero él, mientras tanto, atravesó con su lanza a otro montañés y salió al galope, dejando detrás un cuerpo tendido que se retorcía sobre la nieve, tiñéndola de rojo.

En el tercer ataque, el hombre al que el cimmerio le clavó la lanza dio varias vueltas antes de caer de bruces, rompiendo el asta de la lanza. En el momento de retirarse, Conan tiró del mango del arma y cogió el hacha que colgaba de su silla de montar. Al volver una vez más al galope hacia el grupo, el cimmerio se inclinó hacia el lado derecho del caballo. El hacha de acero brilló con un extraño fulgor a la luz del atardecer, mientras dibujaba un ocho en el aire con un arco hacia cada lado del caballo. Uno de los montañeses se desplomó hacia la izquierda y otro a la derecha, con el cráneo hundido. Algunas gotas de color carmesí salpicaron la nieve. Un tercer atacante, que no se había movido con suficiente rapidez, fue arrollado por el caballo de Conan.

Al tiempo que lanzaba un grito de horror, el hombre que había sido derribado por el caballo se puso en pie con movimientos vacilantes y huyó cojeando. Un momento después, los demás se unieron a él y huyeron aterrorizados a través del glaciar. Conan tiró de las riendas para contemplar cómo escapaban las velludas siluetas y enseguida tuvo que saltar del caballo, pues el animal se

estremeció y cayó al suelo. Una flecha con cabeza de pedernal había penetrado en el cuerpo de la bestia justamente detrás de la pierna izquierda del cimmerio. Conan echó un vistazo y vio que su caballo estaba muerto.

«¡Crom me maldiga por ser un necio entrometido!», se dijo a sí mismo furioso.

Los caballos eran escasos y, por tanto, costosos en las tierras del norte. Él había venido en aquel corcel desde Zamora. Lo había cobijado, alimentado y mimado durante todo el invierno. Lo dejó en las caballerizas cuando se unió a las incursiones de los aesires, sabiendo que la profundidad de la nieve y el hielo traicionero le restarían la mayor parte de su eficacia. Contaba con el fiel animal para llegar hasta las cálidas tierras del sur, y ahora su caballo yacía muerto porque intervino impulsivamente en una pelea entre gentes de la montaña, que no era de su incumbencia.

Cuando el jadeo de su pecho se hubo aplacado y la rojiza neblina de la batalla desapareció de sus ojos, se volvió hacia la joven por la cual había peleado. Esta se encontraba a unos pasos de distancia, mirándolo con ojos muy abiertos.

—¿Estás bien, muchacha? —le preguntó con un gruñido—. ¿Te han hecho daño esos salvajes? No temas, que no soy tu enemigo. Soy Conan el cimmerio.

La respuesta de la muchacha llegó hasta el guerrero en una lengua que este jamás había oído. Parecía un dialecto hiperbóreo mezclado con palabras en otras lenguas, algunas en nemedio y otras que no entendía.

—Tú luchar… como un dios —dijo ella jadeando—. Yo creer que tú ser Ymir y llegar para salvar a Ilga.

A medida que la joven se fue serenando, el cimmerio consiguió que ella le relatara su historia en un lenguaje titubeante. Se llamaba Ilga y procedía del pueblo virunio, una rama de los hiperbóreos que se habían ido a vivir al Reino de la Frontera. Sus gentes vivían en guerra permanente con los peludos caníbales que habitaban en cuevas en los picos de los montes Eiglofes. La lucha por la supervivencia en aquellas desoladas tierras era desesperada; ella habría sido devorada por sus atacantes, si Conan no la hubiera rescatado.

La muchacha explicó que dos días antes había partido con un

pequeño grupo de virunios que debían atravesar el desfiladero que había encima del glaciar de la Nieve Maldita. Desde allí pensaban realizar un viaje de varios días de duración hasta Sigtona, la fortaleza hiperbórea más cercana. Allí tenían parientes, con los que esperaban traficar durante la feria de la primavera. El tío de Ilga, que la acompañaba, también esperaba encontrar allí un buen marido para ella. Pero habían caído en una emboscada que les tendieron aquellos hombres primitivos y peludos, y solo Ilga sobrevivió a la terrible batalla que se desarrolló en las resbaladizas laderas. Las últimas palabras de su tío, antes de caer con el cráneo abierto por un hacha de pedernal, habían sido para ordenar a Ilga que volviera a su aldea con la rapidez del viento.

Antes de que ella hubiera quedado fuera del alcance de los peludos caníbales, el corcel que montaba resbaló en un charco helado y se rompió una pata. Ella se tiró del caballo y, aunque estaba ligeramente herida, huyó a pie. Los hombres de la montaña la habían visto caer y algunos de ellos corrieron detrás suyo para cogerla. La joven contó que le pareció haber estado corriendo durante horas, pero finalmente la rodearon, como Conan había podido ver.

El cimmerio lanzó un gruñido como muestra de simpatía. Siempre había sentido una profunda aversión hacia los hiperbóreos debido a que estuvo encerrado en una mazmorra de esclavos en Hiperbórea; pero esa antipatía no se hacía extensiva a las mujeres de esa raza. El relato de la joven había sido crudo, pero la vida era difícil en las tierras inhóspitas del norte. Conan había oído historias parecidas anteriormente.

Ahora, sin embargo, ambos se enfrentaban con otro problema. Había caído la noche y ninguno de los dos tenía un caballo. El viento comenzaba a soplar y sus esperanzas de sobrevivir en la superficie del glaciar eran pocas. Tenían que hallar un refugio y hacer una hoguera, o el Demonio de las Nieves se cobraría dos nuevas víctimas.

Ya era noche avanzada cuando Conan se quedó dormido. Habían hallado un hueco debajo de un saliente rocoso, a un lado del glaciar, donde el hielo se había fundido, por lo que pudieron deslizarse con relativa facilidad. Con las espaldas apoyadas sobre la superficie de granito del talud, profundamente estriada y

desgastada por el efecto de la erosión del glaciar, tenían espacio suficiente para extender las piernas. Delante del hueco se alzaba el flanco del glaciar, una masa de hielo claro y traslúcido, lleno de grietas cavernosas y de túneles. Aunque el hielo les congelaba hasta los huesos, estaban mucho mejor que a la intemperie, donde el viento aullaba levantando densas nubes de nieve.

Al principio Ilga se había mostrado reacia a acompañar a Conan, por más que este le aseguró que no le haría daño. Ella intentó zafarse de él, al tiempo que repetía una palabra desconocida para el cimmerio y que sonaba a algo así como *yakhmar*. Finalmente, Conan perdió la paciencia y le dio un golpe suave en un lado de la cabeza para llevarla inconsciente hasta la cueva.

Luego salió en busca de su manto de piel de oso y de las vituallas que llevaba en su silla de montar. Conan había conseguido reunir un montón de ramitas, hojas secas y madera, que llevó hasta la cueva. Allí, frotando el pedernal contra el acero, consiguió encender un pequeño fuego, que proporcionaba más ilusión de calor que calor real, puesto que Conan no se atrevía a hacer una hoguera más grande por temor a que se derritiesen las paredes de hielo de la cueva e inundaran el refugio.

Los destellos anaranjados del fuego iluminaban las fisuras y los túneles que se internaban en la masa del glaciar hasta que sus sinuosidades y ramificaciones se perdían a lo lejos. Un suave borboteo de agua llegó hasta los oídos de Conan, subrayado con los crujidos y chasquidos del hielo que se movía lentamente.

En el exterior el viento soplaba con furia, pero Conan salió de todos modos a cortar algunas gruesas tajadas de carne del ya rígido cuerpo del caballo. Volvió con estas a la cueva y las asó colocándolas en la punta de una ramita. La carne del animal junto con unos trozos de pan moreno que llevaba en la silla de montar, y unos tragos de cerveza amarga de Asgard, que tomaron de una bota de cuero de cabra, constituyeron para los dos jóvenes una comida reparadora.

Ilga parecía retraerse aún más a medida que comía. Al principio, Conan pensó que estaba resentida con él debido al golpe que le había dado. Pero luego se dio cuenta de que a ella no le preocupaba en absoluto aquel incidente. La muchacha, por el contrario, parecía dominada por un terror creciente. No se trataba de un miedo

normal, como el que sintiera ante el ataque de la banda de harapientos salvajes, sino un temor más profundo y supersticioso relacionado de alguna manera con el glaciar. Cuando el cimmerio trató de interrogarla al respecto, ella no hizo otra cosa que susurrar aquella extraña palabra:

—¡Yakhmar! ¡Yakhmar!

Al mismo tiempo, su hermoso rostro se volvía más pálido aún y adquiría una manifiesta expresión de horror. Cuando él intentó que le explicara el significado de aquella palabra, la joven solo hizo unos ademanes confusos, que nada aclararon al cimmerio.

Después de la comida, sintiéndose cansados y con menos frío, se arrebujaron uno contra el otro encima del manto de piel de oso del cimmerio. La proximidad del cuerpo de ella hizo pensar al bárbaro que un fogoso encuentro amoroso tal vez calmaría a la muchacha y la haría dormir. Sus primeras caricias no fueron rechazadas por la joven, que respondió a su ardor juvenil. Además, como bien pronto pudo descubrir el cimmerio, a ella no le resultaba desconocido aquel juego. Al cabo de una hora, la muchacha gemía y gritaba, dejándose llevar por la pasión. Después, considerando que ya se habría calmado, el cimmerio se volvió de espaldas y se durmió como un tronco.

Pero la joven no se había dormido, sino que yacía rígida, mirando en la oscuridad las grietas que formaban mil bocas en el hielo, más allá del tenue fulgor de las brasas en que se había convertido la hoguera. Finalmente, cerca del alba, ocurrió lo que ella temía.

Era un tenue silbido ululante y obsesivo, que se fijó en la mente de la joven hasta dejarla indefensa como un pajarillo en una trampa. El corazón le latía con fuerza. No podía moverse ni hablar; ni siquiera para despertar al joven que dormía a su lado.

Entonces, en la boca del túnel de hielo más cercano, aparecieron dos grandes discos de un frío fuego verde y fosforescente; eran dos esferas que quemaban su joven espíritu y le infundían un hechizo mortal. Detrás de aquellos discos llameantes no había una mente ni un alma; tan solo se apreciaba un hambre devoradora.

Ilga se puso en pie como una sonámbula, dejando la piel de oso a sus pies. Su silueta desnuda y blanca se recortó en la penumbra. Luego avanzó hacia el oscuro interior del túnel y desapareció. El

pitido infernal se atenuó y luego se interrumpió súbitamente; los fríos ojos verdes parpadearon y después se desvanecieron. Y Conan seguía durmiendo.

El cimmerio se despertó bruscamente. Algún misterioso presentimiento, una señal de alarma de sus hipersensibles sentidos de bárbaro, habían enviado una señal a sus fibras nerviosas. Como un cauteloso felino de la selva, Conan pasó rápidamente de un sueño pesado a una plena vigilia. Quedó tendido, sin moverse, alerta ante cualquier indicio que percibieran sus sentidos.

Entonces, al tiempo que lanzaba un profundo gruñido desde lo más hondo de su poderoso pecho, el cimmerio se puso en pie. Se encontraba solo en la cueva. La muchacha había desaparecido. Pero sus prendas de piel, que se había quitado durante la batalla amorosa, estaban allí. Conan frunció el ceño, desconcertado y preocupado. Se palpaba el peligro en el aire, que parecía tocar con dedos sutiles sus terminaciones nerviosas.

El cimmerio se vistió rápidamente y empuñó sus armas. Con el hacha de guerra en la mano, saltó hacia el estrecho espacio que había entre el saliente rocoso y la pared del glaciar. Fuera, en la nieve, el viento había dejado de soplar. Aunque Conan percibía la llegada del alba en el aire, ni un solo resplandor matinal había atenuado aún el fulgor diamantino de los miles de estrellas que titilaban en el cielo. Una luna gibosa se alzaba sobre los picos occidentales, lanzando un débil resplandor de pálidos tonos dorados por encima de los campos de nieve.

La aguda mirada de Conan examinó la nieve. No vio huellas de pasos en el saliente ni señal alguna de lucha. Por otra parte, le parecía increíble que Ilga se hubiese aventurado por aquel laberinto de túneles y grietas, donde era casi imposible caminar, aun calzado con recias botas, y donde un solo paso en falso podía precipitar al caminante en alguna de esas corrientes de hielo derretido que pasaban por la parte inferior de los glaciares.

A Conan se le pusieron los pelos de punta ante la misteriosa desaparición de la joven. Como bárbaro y supersticioso que era, no temía a ninguna fuerza mortal, pero lo llenaban de temor, odio y recelo los poderes desconocidos y los fenómenos sobrenaturales que se agazapaban en los oscuros rincones de su mundo primitivo.

Entonces, mientras seguía buscando en la nieve, se quedó

paralizado. Una cosa extraña surgía de una fisura que había en el hielo, a pocos pasos del saliente rocoso. Se trataba de una cosa enorme, larga, blanca y sinuosa, que se movía sin pies. Su rastro ondulante se hacía claramente visible sobre la nieve, que su vientre había aplastado, como una serpiente monstruosa al desplazarse.

La luna, a punto de ocultarse, brillaba tenuemente, pero los ojos de Conan, acostumbrados a ver en la oscuridad, pronto siguieron el rastro. Este conducía, curvándose entre montículos de nieve y salientes rocosos, hasta la montaña que estaba al lado del glaciar, y luego a las cimas barridas por el viento. El cimmerio dudó de que estuviera solo.

Cuando iba siguiendo el rastro, Conan vio una enorme sombra negra. Era su caballo muerto. Poco quedaba de él, con excepción de algunos huesos. El rastro de la cosa monstruosa podía adivinarse más allá, pero solo borrosamente, pues la nieve lo había cubierto con su manto blanco.

Un poco más lejos, Conan encontró a la muchacha, es decir, lo que había quedado de ella. Su cabeza había desaparecido, así como la mayor parte de la carne de su cuerpo, de modo que sus blancos huesos brillaban como el marfil bajo el tenue fulgor de la luna. Los huesos que sobresalían estaban limpios, como si hubieran sido chupados o raspados por una lengua provista de numerosos dientes.

Conan era un guerrero, el hijo rudo y fuerte de un pueblo duro y recio, y había visto la muerte con sus mil rostros. Pero ahora lo invadió una ira incontenible. Pocas horas antes aquella esbelta y cálida muchacha había estado en sus poderosos brazos, respondiendo con ardor a su pasión. Y ahora nada quedaba de ella, salvo un cuerpo tendido sin cabeza, como el de una muñeca rota arrojada a un rincón.

Conan procuró dominarse y examinó el cuerpo de la joven. Entonces lanzó un gruñido de sorpresa, al advertir que su cuerpo estaba completamente cubierto por una dura capa de hielo.

Los ojos de Conan se entrecerraron cuando pensó en lo ocurrido. Ella no podía haberlo abandonado hacía más de una hora, puesto que el calor de su cuerpo aún persistía en el manto de piel cuando él despertó. En tan poco tiempo, es imposible que un cuerpo caliente se congele.

Conan lanzó un juramento. Ahora comprendía, sin poder

dominar su furia y su odio, lo que le había ocurrido a la muchacha que estuvo durmiendo a su lado. Recordó las leyendas semiolvidadas que se contaban alrededor de la hoguera cuando él era un niño. Una de ellas se refería al temido monstruo de las nieves, la terrible y siniestra Remora, el vampiro de hielo con forma de gusano cuyo solo nombre llenaba de horror a las gentes de Cimmeria.

Los animales superiores, como bien sabía Conan, despedían calor. Por debajo de ellos en la escala animal, venían los reptiles y los peces, cuya temperatura era igual a la del medio ambiente en el que vivían. Pero la Remora, el gusano de las tierras heladas, era una excepción, puesto que irradiaba frío. Al menos, eso era lo que recordaba Conan de las explicaciones que le habían dado. El monstruo emitía una especie de frío amargo que podía cubrir de hielo a un cuerpo en contados minutos. Puesto que ninguno de sus compañeros de tribu jamás había visto una Remora, Conan suponía que se trataba de un ser perteneciente a una especie extinguida hacía mucho tiempo.

Este, entonces, debía de ser el monstruo que Ilga temía y del que ella trató en vano de advertirle repitiéndole el nombre que ellos seguramente le daban: yakhmar.

Conan decidió seguir el rastro de aquel engendro monstruoso hasta su guarida, para darle muerte allí. Las razones que lo impulsaban a obrar de ese modo eran vagas hasta para él mismo. Porque a pesar de su impulsividad y de su carácter salvaje y anárquico, el cimmerio tenía su propio código de honor. Le gustaba mantener su palabra y cumplir toda obligación que hubiera asumido libremente. Si bien no se consideraba un héroe inmaculado y caballeresco, trataba a las mujeres con una especie de ruda amabilidad que contrastaba con la dureza implacable con la que se enfrentaba a los de su propio sexo. Procuraba contener sus apetencias carnales ante las mujeres si estas no se ofrecían voluntariamente, y trataba de protegerlas cuando ellas dependían de él.

Ahora sentía que había fracasado. Al aceptar su rudo amor, la joven liga se colocó implícitamente bajo su protección. Y cuando ella lo había necesitado, él dormía profundamente, sin enterarse de lo que ocurría a su alrededor, como una bestia atontada. Conan no

sabía nada acerca del hipnótico silbido con que la Remora inmovilizaba a sus víctimas, y merced al cual lo había mantenido a él, que tenía el sueño muy ligero, en un profundo letargo. Se maldijo a sí mismo por su estúpido modo de actuar, al no haber prestado atención a las advertencias que le quiso hacer la joven. Apretó los dientes con fuerza y se mordió los labios lleno de ira, resuelto a borrar aquella mancha que empañaba su honor, aunque ello le costara la vida.

Cuando el cielo comenzó a clarear por el este, Conan regresó a la cueva. Hizo un atado con sus pertenencias y luego trazó un plan. Algunos años antes, se hubiera lanzado detrás del rastro del gusano de hielo confiando en su inmensa fuerza hercúlea y en el filo de sus armas. Pero la experiencia, aunque no le había enseñado a dominar todos sus impulsos, le había dotado de cierta prudencia.

Era imposible enfrentarse al gusano de hielo sin una debida protección. El solo contacto con el extraño engendro significaba la muerte por congelación. Hasta su espada y su hacha resultaban de una dudosa eficacia. El terrible frío que emanaba del animal podía volver quebradizo el acero, o el mismo frío, al transmitirse por el metal, podría paralizar la mano que manejaba el arma.

«Pero tal vez —se dijo Conan esbozando una sonrisa hosca y fugaz— pudiera volver el poder del gusano de hielo contra sí mismo».

Hizo sus preparativos en silencio y con gran rapidez. Sin duda el gusano, atiborrado de comida, durmiera profundamente durante las horas del día. Pero Conan no sabía cuánto tiempo podía tardar en llegar hasta la guarida del monstruo, y temió que otra tormenta de nieve pudiese borrar las sinuosas huellas.

Conan tardó poco más de una hora en encontrar la guarida del gusano de hielo. El sol matinal había ascendido un corto trecho por encima de los picos orientales de los montes Eiglofes, haciendo resplandecer los campos nevados como si estuvieran incrustados de diamantes. Finalmente el cimmerio se encontró ante la boca de una caverna de hielo hacia la que conducía el sinuoso rastro en la nieve. Aquella cueva daba a un pequeño glaciar, afluente del Demonio de las Nieves. Desde esta cima Conan podía divisar la pendiente por la que el glaciar menor descendía hasta unirse al principal, como el afluente de un río.

El cimmerio penetró por la abertura. La luz del sol matinal se reflejaba en las translúcidas paredes laterales de hielo, fragmentándose en rayos irisados y en resplandores multicolores. Conan tenía la sensación de caminar gracias a un hechizo mágico por el interior de la sustancia sólida de una gigantesca piedra preciosa.

Después, a medida que iba penetrando en el glaciar, la oscuridad se congeló a su alrededor. Sin embargo, siguió avanzando obstinadamente, paso a paso, aunque con grandes dificultades. Se alzó el cuello del manto de piel de oso para proteger su cara del frío que lo paralizaba y que le causaba dolores en los ojos, obligándolo a respirar en forma entrecortada y superficial, a fin de evitar que se le helasen los pulmones. Sentía como una delicada máscara en el rostro, formada por una serie de cristalillos de hielo, que se rompían a cada movimiento, para volver a formarse inmediatamente. Pero siguió adelante, llevando con todo cuidado lo que ocultaba debajo de su manto.

De repente aparecieron dos grandes ojos fríos y verdes en la oscuridad, que daban la sensación de mirarlo hasta lo más profundo de su alma. Aquellas esferas luminosas parecían despedir un fulgor submarino y helado. Gracias a su débil fosforescencia, pudo ver que la caverna terminaba en un pozo redondo que era el nido del gusano, donde se hallaba este con su enorme y largo cuerpo enrollado. No tenía huesos y estaba recubierto por una sedosa pelusa blanca. Su boca era una simple abertura circular, sin mandíbulas, pero en ese momento estaba cerrada. Por encima de la boca, las dos esferas luminosas iluminaban una cabeza lisa, redondeada, sin forma definida.

Repleto de comida, el gusano de hielo tardó unos segundos en reaccionar ante la presencia de Conan. Durante los miles de eones que el monstruo de las nieves había habitado en aquellos helados silencios del glaciar llamado el Demonio de las Nieves, ningún mísero ser humano había osado internarse hasta las heladas profundidades de su nido. Entonces se oyó nuevamente el misterioso y extraño sonido hipnotizador de tonos abrumadores y adormecedores, que le produjeron a Conan un leve letargo, pero era demasiado tarde. Conan abrió su manto para dejar al descubierto lo que había llevado hasta allí. Se trataba de un pesado casco de acero

con cuernos, como el que se usaba en Asgard, dentro del cual el cimmerio había colocado los resplandecientes rescoldos de la hoguera. También llevaba un hacha, inmovilizada por una vuelta de la cadena del casco. Una rienda del caballo mantenía atados el mango del hacha y la cadena.

Conan cogió el extremo de la rienda con una sola mano y comenzó a hacer girar el casco sobre su cabeza, cada vez más rápidamente, como si fuera una boleadora. El aire avivó los rescoldos de la hoguera, que adquirieron primero una tonalidad rojiza, luego amarillenta y por último blanca. El hedor de la tela quemada que cubría el interior del casco, invadió la cueva.

El gusano de hielo alzó su redondeada cabeza. Su boca circular se abrió lentamente, dejando ver un anillo de pequeños dientes, dirigidos hacia adentro. El silbido se hacía insoportable a medida que el negro círculo de la boca avanzaba hacia Conan; este detuvo el movimiento giratorio del casco y empuñó el hacha, cuyo mango estaba quemado en parte, especialmente en el sitio donde se unía con la brillante hoja. Un rápido movimiento del brazo del cimmerio envió el arma al rojo vivo hacia las fauces del gusano. Sosteniendo el casco por uno de los cuernos, Conan lanzó también los rescoldos incandescentes. Luego giró en redondo y huyó a la carrera.

Conan nunca supo cómo logró llegar a la salida. La estremecedora agonía del monstruo de las nieves hizo temblar el glaciar. El hielo se resquebrajó con un estrépito espantoso alrededor de Conan. La corriente de frío sideral había dejado de fluir del interior del túnel, y en su lugar surgían nubes de vapor caliente, denso y enceguecedor.

Tambaleando y resbalando unas veces y cayendo otras sobre la despareja superficie de hielo, golpeándose contra una pared del túnel y luego contra la de enfrente, Conan consiguió finalmente salir al exterior. El glaciar temblaba bajo sus pies debido a las terribles convulsiones del monstruo moribundo en el interior de la cueva. Cálidas corrientes de vapor salían por una veintena de grietas y cavernas, a ambos lados de Conan. Este descendió resbalando y deslizándose por la nevada pendiente del glaciar. Se apartó hacia un lado un momento, a fin de quitarse de encima el hielo que lo había cubierto durante el descenso, pero antes de que el cimmerio alcanzara el terreno firme de la ladera de la montaña,

con sus peñascos y sus árboles pequeños, el glaciar estalló. El metal al rojo vivo del hacha y los rescoldos habían provocado aquella reacción en el interior del gélido organismo del monstruo.

Con un estrépito aterrador, el hielo se fragmentó en mil pedazos que volaban por el aire y caían en una masa caótica de hielo y agua, que pronto desapareció bajo una nube de vapor. Conan perdió el equilibrio, cayó, rodó, dio vueltas y se deslizó hasta dar con violencia contra un enorme peñasco. La nieve llenaba su boca y cegaba sus ojos. Un gran trozo de hielo cayó desde la parte superior del glaciar y se estrelló contra el peñasco, casi sepultándolo bajo una lluvia de fragmentos de hielo.

Medio aturdido, Conan consiguió salir de debajo de la masa de hielo fragmentado. Aunque al mover sus extremidades con cuidado se dio cuenta que no tenía ningún hueso roto, tenía tantas heridas como si hubiera estado en una batalla. Por encima de él se veía una enorme nube de vapor y de brillantes cristalillos helados que surgían hacia arriba desde el lugar en el que había estado la caverna del gusano de hielo y donde ahora había un cráter oscuro. De todas partes caían trozos de hielo y de nieve derretida. El glaciar se había hundido.

Poco a poco, el paisaje fue volviendo a su normalidad. La brisa cortante de la montaña barrió las nubes de vapor. El agua proveniente de la fusión de hielo comenzó a helarse nuevamente a causa del intenso frío reinante. Todo volvió a su habitual inmovilidad en el glaciar.

Magullado y exhausto, Conan avanzó cojeando hacia el desfiladero. Por incapacitado que estuviera, ahora debía recorrer a pie la distancia que lo separaba de la remota Nemedia o de Ofir, a menos que pudiese comprar, mendigar, pedir prestado o robar otro caballo. Pero su corazón estaba lleno de ánimo cuando volvió su herido rostro hacia el sur, hacia el dorado sur donde se alzaban resplandecientes ciudades bajo los tibios rayos del sol y donde un hombre fuerte y valiente podía conseguir, con un poco de suerte, oro, vino y suaves mujeres de hermosos senos.

La reina de la Costa Negra

Robert E. Howard, 1934

Conan regresa a los reinos hibóreos, donde sirve como jefe de mercenarios en Nemedia, en Ofir y más tarde en Argos. En este último lugar, ciertas desavenencias con los representantes de la ley le obligan a embarcarse en la primera nave que sale hacia el extranjero. En el momento de producirse estos acontecimientos, Conan tiene unos veinticuatro años.

1. Conan se une a los piratas

«Creedme, los verdes brotes despiertan en primavera y el otoño pinta las hojas con un fuego sombrío; creedme, yo aún conservo virgen mi corazón para prodigar mis ardientes deseos a un solo hombre».

(La canción de Belit)

Los cascos del caballo resonaban en la calle que conducía a los muelles. La gente que gritaba y se apartaba a su paso tuvo una visión fugaz de un jinete enfundado en una cota de malla que cabalgaba sobre un negro corcel, mientras su capa de color escarlata ondeaba al viento. Del otro extremo de la calle llegaba el clamor de sus perseguidores, pero el jinete no volvió la cabeza. Irrumpió en el embarcadero y detuvo el caballo al borde del muelle. Los marineros lo miraron boquiabiertos, mientras izaban la vela de franjas en el palo de la galera, una nave ancha y de proa alta. El capitán, un hombre corpulento de barba negra que se hallaba en la proa dirigiendo la maniobra de desatraque lanzó un grito iracundo cuando el jinete saltó desde la silla del caballo y con un ágil brinco aterrizó en el centro de la cubierta.

—¿Quién te ha invitado a subir a bordo? —preguntó a gritos el capitán.

—¡Poneos en marcha! —dijo el intruso con un rugido, subrayando la frase con un gesto violento y feroz que hizo caer gotas de sangre de su espada.

—¡Pero vamos hacia las costas de Kush! —protestó el patrón de la nave.

—¡Entonces yo también voy a Kush!

El capitán lanzó una rápida mirada a la calle por la que venía un

grupo de jinetes a todo galope; más atrás venía un pelotón de arqueros, con sus armas colgadas al hombro.

—¿Puedes pagar el pasaje? —preguntó el patrón del barco.

—¡Te voy a pagar con acero! —gruñó el desconocido de la cota de malla mientras empuñaba una gran espada que lanzaba destellos azulinos bajo el sol—. ¡Por Crom que si no zarpas inmediatamente voy a inundar la galera con la sangre de la tripulación!

El capitán conocía muy bien a los seres humanos. Echó un solo vistazo al rostro oscuro y lleno de pequeñas cicatrices del hombre de la espada, endurecido por la furia, y dio una orden a sus marineros. La galera se separó del muelle y los remos comenzaron a hundirse rítmicamente en el agua cristalina; luego una ráfaga de viento hinchó la vela mayor. La ligera nave escoró levemente al impulso de la brisa y avanzó como un cisne, cortando a su paso las olas y dejando un rastro de espuma.

En el muelle, los jinetes agitaban sus espadas, lanzaban gritos de amenaza y daban órdenes que los del barco desoyeron, acuciando a los arqueros para que se colocaran al borde del embarcadero antes de que la nave quedara fuera del alcance de sus armas.

—Dejad que ladren —dijo sonriendo el hombre de la espada—. Y tú, sigue tu rumbo, capitán.

El patrón del barco descendió del pequeño puente de proa, avanzó entre las filas de remeros y ascendió al puente de popa. El desconocido permaneció allí, con la espada apoyada en el mástil, con la mirada alerta y el sable dispuesto a todo. El capitán le observó atentamente, procurando no acercarse demasiado a la enorme espada. Tenía enfrente a un joven alto, corpulento cubierto con una negra cota de malla llena de escamas, bruñidas grebas y un casco de acero azulino, del que salían un par de cuernos muy finamente pulidos. De sus hombros colgaba una capa de color escarlata que ondeaba al viento. Un ancho cinturón de cuero repujado, con una hebilla dorada, sostenía la vaina de la espada. Por debajo del casco asomaba una melena negra y lisa, que contrastaba con sus ardientes ojos azules.

—Si vamos a viajar juntos —dijo el capitán—, será mejor que nos llevemos bien. Me llamo Tito y soy patrón de barco con licencia del puerto de Argos. Me dirijo hacia Kush para traficar con abalorios, sedas, azúcar y espadas con empuñadura de latón, a

cambio de lo cual espero que los reyes negros me den marfil, copra, mineral de cobre, esclavos y perlas.

El hombre de la espada lanzó una mirada a los muelles, que iban quedando rápidamente atrás, y donde los jinetes todavía agitaban los brazos en vano, pues parecían no encontrar una embarcación lo suficientemente rápida como para seguir a la veloz galera.

—Yo soy Conan el cimmerio —repuso el joven—. He venido a Argos en busca de una plaza en el ejército, pero como no había ninguna guerra, me encontré sin trabajo.

—¿Por qué te persiguen esos guardias? —preguntó Tito—. Sé que no es asunto mío, pero pensé que quizás…

—No tengo nada que ocultar —dijo el cimmerio—. Por Crom, aunque he pasado mucho tiempo entre vosotros, los hombres civilizados, todavía no entiendo vuestra forma de actuar.

»Pues bien, anoche estaba en una taberna y un capitán de la guardia real quiso abusar de la amiga de un soldado joven que, por supuesto, mató al oficial. Pero parece ser que hay una maldita ley que castiga severamente a quienes matan a los guardias del rey y por ello el soldado y la muchacha tuvieron que huir. Se corrió el rumor de que me habían visto con ellos y por eso me llevaron hoy ante el magistrado, que me preguntó hacia dónde habían huido los dos jóvenes. Yo respondí que puesto que él era mi amigo, no podía traicionarlo. El tribunal se indignó y el juez, furioso, habló acerca de mis deberes hacia el Estado, la sociedad y otras cosas que no entendí, y me ordenó que revelara el paradero de mi amigo. Para entonces era yo quien me había enojado, pues ya había explicado claramente mi posición.

»Pero dominé mi ira y conservé la calma. El juez dijo gritando que yo había manifestado un profundo desprecio hacia el tribunal y que debía ser encerrado en una mazmorra para que me pudriera allí, hasta que traicionara a mi amigo. Por consiguiente, y viendo que estaban todos locos, desenvainé mi espada y le partí la cabeza al juez; después me abrí paso entre el público presente y al ver allí cerca el caballo del alguacil, me apoderé de él y cabalgué hasta los muelles, donde esperaba encontrar un barco que partiera hacia el extranjero.

—Bueno —dijo Tito con aire disgustado—, los tribunales me han perjudicado muchas veces en ocasión de litigios con ricos

mercaderes, por lo que no les guardo ningún afecto. Tendré que responder a muchas preguntas si vuelvo a este puerto, pero supongo que podré demostrar que actué bajo amenaza de muerte. Puedes envainar tu espada. Somos pacíficos marinos y no tenemos nada contra ti. Además, no está mal tener a bordo un guerrero como tú. Vamos a popa a beber una jarra de cerveza.

—Me parece bien —repuso rápidamente el cimmerio mientras envainaba su espada.

El *Argus* era un barco pequeño y resistente, como todos los que comerciaban entre los puertos de Zingara y Argos y los de las costas del sur; estas embarcaciones solían mantenerse siempre a la vista de la costa y raras veces se aventuraban en alta mar. El *Argus* tenía una proa alta rematada en una roda curva; era ancho en el centro y se afinaba nuevamente hacia popa, desde donde se la hacía avanzar con un remo muy largo. El principal medio de propulsión lo suministraba la gran vela de seda con franjas de colores, auxiliada por un foque. Los remos se utilizaban para entrar o salir de los puertos y bahías, así como en las calmas, cuando no soplaba el viento. Había diez remos por banda, cinco a proa y cinco a popa de la cubierta central. La carga de mayor valor se colocaba debajo de esta cubierta de proa. Los marineros dormían en cubierta o entre las filas de bancos, protegidos durante el mal tiempo por unos baldaquines. La tripulación estaba compuesta por veinte hombres que manejaban los remos, tres en el timón y el capitán del barco.

Así pues, el *Argus* avanzó resueltamente hacia el sur, ayudado por el buen tiempo reinante. El sol calentaba más intensamente a medida que pasaban los días, por lo que se plegaron los baldaquines de seda con franjas de colores, que hacían juego con las velas y con las brillantes telas doradas de la proa y de las bordas.

Después de unos días de navegación avistaron la costa de Shem, formada por extensas praderas onduladas en las que se divisaban de lejos los blancos remates de las torres de las ciudades, así como algunos jinetes de barba negra y narices aguileñas que, sentados en sus corceles a lo largo de la costa, contemplaban con recelo el paso de la galera. Esta no fondeó allí, pues era escaso el beneficio que se obtenía comerciando con los fieros y astutos hijos de Shem.

Tampoco se decidió el capitán Tito a atracar en la amplia bahía a la que iba a desembocar el caudaloso río Styx y donde se alzaban

los elevados castillos negros de Khemi sobre las aguas azules. Ningún barco entraba sin ser invitado en aquel puerto, donde unos brujos morenos lanzaban terribles hechizos entre el humo oscuro de los sacrificios, que ascendía permanentemente de los altares manchados de sangre. En estos había mujeres desnudas que gritaban desesperadamente y Set, la Antigua Serpiente, el superdemonio de los hiborios, pero dios de los estigios, retorcía los brillantes anillos de su cuerpo entre sus fieles.

El patrón del barco se apartó de aquella costa de ensueño y de aguas transparentes, aun cuando tras un promontorio de tierra apareció una góndola con la proa en forma de serpiente y un grupo de desnudas muchachas morenas con grandes flores rojas en el pelo llamaban a los marineros y se ofrecían descaradamente en poses incitantes.

Luego dejaron de verse las brillantes torres de la costa. Habían dejado atrás la frontera de Estigia y navegaban a lo largo de las costas de Kush. El mar y sus caminos eran una fuente de misterios insondables para Conan, que había nacido y se había criado en las elevadas montañas del norte. Por su parte, el bárbaro también despertaba el interés de los rudos marineros que jamás habían visto a un hombre de su raza.

Eran marineros típicos de Argos, bajos y fornidos. Conan era mucho más alto que ellos, y dos juntos no alcanzaban a tener la fuerza del bárbaro. Aunque ellos eran resistentes y robustos, el cimmerio tenía la fuerza y la vitalidad de un lobo, con los músculos duros y los nervios aguzados por la vida que solía llevar en las zonas más inhóspitas del mundo. El cimmerio siempre tenía una sonrisa a flor de labios, pero era igual de rápido y terrible para la cólera. Conan tenía un apetito prodigioso, y las bebidas fuertes constituían su pasión y su debilidad. Era ingenuo como un niño en muchos aspectos, y no terminaba de acostumbrarse a los artificios de la civilización; tenía una gran inteligencia natural, era muy celoso de sus derechos y podía ser peligroso como un tigre hambriento. Aunque era joven por su edad, los viajes y las guerras lo habían endurecido, y su estancia en muchos países se hacía evidente en su indumentaria. El casco adornado con cuernos era característico de los rubios aesires de Nordheim; su camisa de malla de acero, así como las placas para proteger sus extremidades, se

contaban entre los trabajos más finos de los artesanos de Koth; la fina malla que protegía sus brazos y piernas era de Nemedia; la espada que ceñía al cinto era un enorme sable forjado en Aquilonia y su magnífica capa de color escarlata solo podía ser producto de los telares de Ofir.

Siguieron navegando hacia el sur. Al cabo de un tiempo, el patrón del barco comenzó a buscar con la mirada las aldeas de altas murallas de las gentes de color. Pero al llegar a una bahía solo encontraron ruinas humeantes y entre estas los cadáveres de negros desnudos. Tito lanzó un juramento.

—Yo hice buenos negocios aquí en anteriores ocasiones —manifestó—. Esto es obra de los piratas.

—¿Y si nos enfrentáramos a ellos? —preguntó el cimmerio mientras desenvainaba su enorme espada.

—Este no es un barco de guerra —repuso el capitán—. Nosotros escapamos, no luchamos. Sin embargo, algunas veces hemos vencido a la tripulación de un barco pirata, aunque nunca nos hemos enfrentado al *Tigresa,* de Belit.

—¿Quién es Belit?

—La más salvaje y demoníaca de las mujeres. A menos que haya visto mal, fueron sus carniceros quienes arrasaron esa aldea de la bahía. ¡Ojalá pueda verla algún día colgando de un peñol! La llaman la reina de la Costa Negra. Es una mujer de raza shemita que manda sobre un grupo de hombres negros. Constituyen una amenaza para la navegación y ya han enviado a muchos buenos comerciantes al fondo del mar.

Tito trajo del puente de popa unas chaquetas acolchadas, así como cascos de acero, arcos y flechas.

—De poco servirá enfrentarnos a ellos si nos atacan —dijo con un gruñido—. Pero duele en el alma dar la vida sin presentar un poco de resistencia.

Era justo el alba cuando el vigía lanzó una voz de alarma. En torno al extenso cabo de una isla situada a estribor se deslizó la forma amenazante y esbelta de una larga galera con una cubierta que iba de proa a popa a más altura de lo normal. Cuarenta remos a cada lado la impulsaban velozmente por el agua, y las bordas estaban atestadas de negros desnudos que entonaban cánticos y golpeaban sus lanzas contra unos escudos ovalados. En lo alto del

mástil ondeaba un largo pendón de color carmesí.

—¡Belit! —exclamó Tito palideciendo—. ¡Atención! ¡Poned la nave a cubierto! ¡Vamos hacia aquella caleta! ¡Si conseguimos llegar a la costa antes de que nos aborden, tendremos posibilidades de escapar con vida!

Inmediatamente el *Argus* viró y se dirigió hacia los rompientes que se encontraban a lo largo de la playa sembrada de palmeras. Tito iba de un lado a otro, exhortando a los jadeantes remeros que multiplicaran sus esfuerzos. Al capitán se le pusieron los pelos de punta y sus ojos lanzaban destellos.

—Dadme un arco —dijo Conan—. No lo considero un arma de hombres, pero he aprendido a manejarlo con los hirkanios, y me resultará fácil abatir a unos cuantos enemigos en la cubierta de aquel barco.

De pie sobre el puente de popa, el cimmerio observó la galera en forma de serpiente que avanzaba ligeramente sobre las olas, y aunque era hombre de tierra, le resultaba evidente que el *Argus* jamás podría ganar aquella carrera. Las flechas que lanzaban desde la cubierta de la nave pirata caían con un silbido en el agua, a menos de veinte pasos de la popa.

—Será mejor que nos enfrentemos a ellos —dijo el cimmerio bruscamente—. De lo contrario moriremos todos con una flecha clavada en la espalda y sin haber devuelto un solo golpe.

—¡Remad fuerte, perros! —rugió Tito, haciendo un violento ademán con el musculoso puño.

Los barbudos remeros gruñeron al inclinarse aún más sobre los remos; los músculos se marcaban en sus brazos y su piel estaba completamente bañada en sudor. La madera de la pequeña y ancha galera crujía violentamente mientras el casco hendía las aguas. El viento había dejado de soplar y la vela colgaba floja en el mástil. La nave enemiga se acercaba inexorablemente y se encontraba todavía a una milla de los rompientes cuando uno de los hombres que manejaba el timón cayó sobre el palo con una larga flecha clavada en el cuello. Tito saltó para ocupar su lugar, y Conan, de pie y con las piernas abiertas sobre la cubierta de popa, levantó su arco. Ahora alcanzaba a ver algunos detalles del barco pirata. Los remeros estaban protegidos por unas planchas metálicas ligeras dispuestas a los lados de la nave, pero los guerreros que danzaban

sobre la alta y estrecha cubierta se hallaban totalmente al descubierto. Estaban casi todos desnudos y tenían el cuerpo pintado, llevaban plumas y empuñaban lanzas y escudos.

En la elevada plataforma de proa se erguía una delgada figura cuya piel blanca constituía un deslumbrante contraste con el brillo de ébano de los hombres que se encontraban a su alrededor. Era Belit, sin duda alguna. Conan cogió una flecha con plumas, y entonces una especie de escrúpulo o vacilación desvió su mano y lanzó el dardo que atravesó el cuerpo de un alto arquero emplumado que estaba al lado de ella.

El barco pirata iba ganando distancia al barco más pequeño. Las flechas llovían sobre la cubierta del *Argus* y alguno de sus tripulantes lanzaban un grito de vez en cuando. Todos los timoneles habían caído bajo la lluvia de flechas y Tito manejaba solo el pesado timón, mientras lanzaba maldiciones y hacía esfuerzos inauditos con los brazos y piernas. Pero en ese momento se derrumbó con un estertor porque una flecha que tenía clavada en la espalda le había atravesado el corazón. El *Argus* quedó a la deriva, a merced de la marejada. Los tripulantes comenzaron a gritar aumentando la confusión y entonces Conan decidió tomar el mando, como era habitual.

—¡Arriba el ánimo, muchachos! —rugió mientras disparaba una flecha—. ¡Empuñad vuestras armas y devolved a esos perros algunos golpes antes de que os corten el pescuezo! ¡Ya de nada vale que os esforcéis sobre los remos! ¡Los tendremos a bordo antes de cincuenta remadas!

Los remeros abandonaron a la desesperada los bancos y cogieron sus armas. Era una actitud valiente, pero inútil. Tenían tiempo para arrojar algunas flechas antes de que los piratas estuvieran encima de ellos. Sin nadie que manejase el timón, el *Argus* se balanceaba con fuerza y un momento después el espolón acerado de la proa de los atacantes chocó contra el barco mercante por el centro de la nave. Los rezones crujieron. Desde la elevada cubierta, los piratas negros lanzaron una lluvia de flechas que atravesaron las chaquetillas acolchadas de los desventurados marineros y luego saltaron con una lanza en la mano para completar la matanza. En la cubierta del barco pirata yacían una docena de cadáveres, fruto de la destreza de Conan con el arco.

La lucha en el *Argus* fue breve y sangrienta. Los rechonchos marineros no pudieron oponer resistencia a los bárbaros de elevada estatura, y fueron cayendo de uno en uno. En otro lugar de la nave, la lucha había tomado un cariz especial. Conan, de pie sobre la elevada popa, se hallaba al mismo nivel que la cubierta del barco pirata. Cuando la proa de acero se hundió en el costado del *Argus*, el cimmerio consiguió guardar el equilibrio a pesar del encontronazo, desechando luego el arco. Un corsario de gran estatura saltó sobre la borda y fue recibido en el aire por el enorme sable de Conan, que le cortó en dos por la cintura, de modo que el tronco cayó hacia un lado y las piernas hacia el otro. A continuación, y con un estallido de furia que dejó un montón de cadáveres sobre la cubierta, Conan dio un gran salto por la borda y cayó de pie sobre el *Tigresa*. En un instante, Conan se convirtió en el centro de un huracán de violencia; a su alrededor zumbaban las flechas y las lanzas, pero él se movía con una velocidad enceguecedora. Las flechas rebotaban en su armadura o azotaban el aire, al tiempo que su espada cortaba el aire con su son de muerte. La locura combativa de su raza se había apoderado de él, y con los ojos velados por una roja neblina irracional, hundía cráneos, aplastaba pechos, cercenaba miembros y desgarraba entrañas, dejando la cubierta llena de sangre y de despojos humanos. El espectáculo era espantoso.

Invulnerable con su cota de malla y con la espalda apoyada contra el mástil, el cimmerio seguía amontonando cadáveres destrozados a sus pies, hasta que sus enemigos comenzaron a retroceder jadeando de miedo y de furia. Entonces, cuando los piratas lanzaron a un tiempo las lanzas con la intención de atacar y Conan se puso en tensión dispuesto a saltar y a morir, un grito agudo detuvo los brazos en alto. Los gigantes negros se quedaron inmóviles como estatuas de ébano, al igual que Conan, que se quedó rígido, con la espada chorreando sangre.

Belit saltó delante de sus negros guerreros y les obligó a bajar las lanzas. Luego se volvió hacia Conan, con el pecho jadeante y los ojos centelleantes. Unos dedos fieros y ardientes estrujaron el corazón del cimmerio, que se colmó de una fogosa admiración. La mujer era delgada, pero tenía formas de diosa, esbeltas y voluptuosas a un tiempo. Su único atuendo consistía en un ancho cinto de seda. Las blancas extremidades y las esferas marfileñas de

sus senos hicieron latir el pulso de Conan con loca pasión, aun en medio del furor de la batalla pendiente. Sus cabellos eran oscuros como una noche de Estigia y le caían en suave cascada sobre su delicada espalda. Sus ojos negros ardían cuando miraba al cimmerio.

La joven era indómita como el viento del desierto, ágil y peligrosa como una pantera. Se acercó a Conan sin prestar atención a la enorme espada manchada con la sangre de sus hombres. El suave muslo de la mujer rozó la pierna de él. Sus labios rojos se entreabrieron cuando miró los sombríos y amenazantes ojos azules del cimmerio.

—¿Quién eres? —preguntó—. Por Ishtar, que jamás he visto a nadie como tú, a pesar de haber recorrido estos mares desde las costas de Zíngara hasta las últimas hogueras del sur. ¿De dónde vienes?

—De Argos —respondió él escuetamente, temiendo algún movimiento traicionero.

Si la mano de la mujer se acercaba a la enjoyada daga que llevaba en el cinto, de un solo manotón la dejaría sin sentido sobre la cubierta. Sin embargo, el cimmerio, en lo más profundo de su ser, no temía; había estrechado a demasiadas mujeres, civilizadas o bárbaras, en sus brazos de hierro, como para no reconocer el brillo que ardía en los ojos de aquella.

—¡Tú no eres un blando hiborio! —exclamó ella—. Eres valiente y duro como un lobo gris. Esos ojos nunca se han visto encandilados por las luces de la ciudad. Esos músculos no se han ablandado por la vida fácil entre paredes de mármol.

—Soy Conan el cimmerio —contestó él.

Para las gentes de climas tropicales y exóticos, el norte era un intrincado reino mítico poblado de feroces gigantes de ojos azules que de cuando en cuando descendían de sus heladas tierras con una antorcha y una espada. Sus incursiones nunca los habían llevado más al sur de Shem, por lo que aquella joven shemita no distinguía entre aesires, vanires o cimmerios. Con su inequívoco instinto femenino, se había dado cuenta de que había hallado a su amante y de que su raza no significaba nada salvo para proporcionarle el encanto que confieren los países remotos.

—Y yo soy Belit —exclamó ella, como diciendo: «Soy una reina».

A continuación, la muchacha le tendió los brazos abiertos y le dijo:

—¡Mírame, Conan! ¡Soy Belit, la reina de la Costa Negra! Oh, tigre del norte, eres tan frío como las nevadas montañas que te vieron nacer. ¡Tómame y estréchame con tu fiero amor! ¡Ven conmigo a los confines de la tierra y de los mares! ¡Yo soy reina por el fuego, el acero y la muerte…; sé tú mi rey!

Los ojos de Conan escrutaron las filas de guerreros manchados de sangre, en busca de una expresión de ira o de celos. Pero no vio nada de eso. La furia se había disipado en los rostros de ébano. El bárbaro se dio cuenta de que para aquellos hombres, Belit era algo más que una mujer. Era una diosa cuya voluntad era incuestionable. Conan lanzó una mirada al *Argus*, que se balanceaba sobre un mar teñido de rojo, con las cubiertas ensangrentadas, y retenido por los rezones de abordaje. Luego miró hacia la costa de tonalidades azules, después hacia las verdes brumas del océano y finalmente al vibrante cuerpo que se hallaba delante de él, y su corazón bárbaro se estremeció. Dominar aquellas brillantes tierras azuladas junto a la joven tigresa de piel blanca… Amar, reír, navegar, conquistar botines…

—¡Iré contigo! —dijo él roncamente, sacudiendo las gotas de sangre de su espada.

—¡Eh, N'Yaga! —dijo entonces la muchacha con voz vibrante como la cuerda de un arco—. ¡Trae hierbas curativas y atiende las heridas de tu amo! Los demás, traed el botín a bordo y alejémonos de aquí.

Mientras Conan tomaba asiento con la espalda contra la barandilla de popa, para que el viejo chamán atendiese los cortes que tenía en brazos y piernas, la carga de la infortunada *Argus* fue rápidamente trasladada a bordo del *Tigresa* y almacenada en pequeños compartimentos que había debajo de cubierta. Los cadáveres de los tripulantes del barco mercante y de los piratas que habían muerto durante la batalla fueron arrojados por la borda y sirvieron de alimento a los tiburones que infestaban aquellas aguas. Los piratas heridos quedaron en el centro de la cubierta para ser curados. A continuación se soltaron los rezones de abordaje, y mientras el *Argus* se hundía silenciosamente en las aguas teñidas de sangre, el *Tigresa* se alejaba hacia el sur entre rítmicos golpes de

remo.

Cuando el barco comenzó a navegar por las cristalinas aguas azules, Belit subió a popa. Sus ojos ardían como los de una pantera en la oscuridad cuando se quitó sus adornos, sus sandalias y su cinto de seda y arrojó todo a los pies del cimmerio. Entonces, poniéndose de puntillas, con los brazos extendidos hacia arriba y completamente desnuda, gritó a sus gentes:

—¡Lobos del mar azul, observad la danza del apareamiento de Belit, cuyos padres fueron reyes de Asgalun!

Y bailó como un torbellino en el desierto, como una llama inextinguible, como el impulso de la creación y de la muerte. Sus pies blancos rozaban suavemente la cubierta manchada de sangre, y los moribundos se olvidaron de morir mientras la contemplaban extasiados. Entonces, al tiempo que las blancas estrellas brillaban tenuemente a través del terciopelo azul del atardecer, haciendo de su cuerpo una borrosa llama marfileña, Belit lanzó un grito salvaje y se arrojó a los pies de Conan. El ciego deseo del cimmerio le hizo olvidar el mundo cuando estrujó su jadeante cuerpo contra las negras placas de su pecho acorazado.

2. El loto negro

«En aquella ciudadela de la muerte de piedras destrozadas, sus ojos cayeron en la trampa de aquel fulgor profano y terrible. Una extraña locura me oprimió con fuerza la garganta, como un rival que se interpone entre dos amantes».

(La canción de Belit)

El *Tigresa* surcó los mares, y todas las aldeas negras de la costa se estremecieron. El
tam-tam
resonó en la noche, anunciando que la diablesa del mar había encontrado un compañero, un hombre de hierro cuya violencia superaba la del león herido. Entonces los sobrevivientes de los despojados navíos estigios maldijeron el nombre de Belit y el del blanco guerrero de los ojos azules. Por ello los príncipes estigios recordaron eternamente a este hombre, y su memoria fue un árbol amargo que dio frutos de color carmesí en los años que siguieron.

Pero el *Tigresa* siguió navegando despreocupado como el viento errante, hasta que ancló frente a las costas del sur, en la desembocadura de un caudaloso y turbulento río cuyas orillas eran murallas selváticas llenas de misterio.

—Este es el río Zarkheba, que significa Muerte —dijo Belit—. Sus aguas son venenosas. ¿Ves cuán turbias y cenagosas fluyen? Solo los reptiles ponzoñosos pueden vivir en ese río. Los hombres de piel negra lo evitan siempre. Una vez, una galera estigia que huía de mi barco se internó por este río y desapareció. Yo anclé en este mismo lugar, y algunos días después la galera volvió flotando a la deriva sobre las oscuras aguas; estaba desierta y su cubierta aparecía manchada de sangre. Había un solo hombre a bordo, pero

se había vuelto loco y murió sollozando. El cargamento estaba intacto, pero la tripulación había desaparecido silenciosa y misteriosamente.

»Amado mío, yo creo que a orillas de este río hay una ciudad. He oído relatos acerca de torres gigantescas y de murallas que contemplaron desde lejos los pocos marinos que osaron remontar esta corriente. Nosotros no tememos a nada ni a nadie. ¡Conan, vayamos hacia allí y saqueemos la ciudad!

Conan asintió; como hacía generalmente cuando Belit trazaba un plan. Ella era quien planeaba las incursiones y el cimmerio quien las llevaba a cabo. Poco le importaba a él hacia dónde navegar o contra quién combatiesen, mientras no dejaran de navegar y de combatir. El cimmerio estaba satisfecho con ese tipo de vida.

Las batallas habían mermado la tripulación; solo quedaban unos ochenta lanceros, apenas los suficientes para la larga galera. Pero Belit no quería perder el tiempo navegando hacia el sur, hasta las remotas islas donde reclutaba a sus bucaneros. La fogosa muchacha estaba deseando emprender aquella aventura; por consiguiente, el *Tigresa* se internó por la desembocadura del río. Los remeros tuvieron que esforzarse a fondo para superar el empuje de la caudalosa corriente.

Doblaron el misterioso recodo que impedía la vista desde el mar, y al atardecer ya navegaban entre los bancos de arena en los que se movían extraños y ondulantes reptiles. Pero no vieron ni un solo cocodrilo, ni divisaron animal alguno ni pájaros que acudieran a saciar su sed en aquellas aguas. Continuaron avanzando en la oscuridad que precede a la salida de la luna, entre costas que eran como sólidas empalizadas de una vegetación impenetrable, de donde llegaba de vez en cuando un misterioso rumor de crujidos y de pisadas sigilosas, y se divisaba el fulgor de unos ojos amenazantes. Y una vez que se oyó la voz inhumana y burlona de un mono, Belit dijo que las almas de los hombres malvados estaban presas en aquellos animales parecidos al hombre, como castigo por sus crímenes pasados. Pero Conan tenía sus dudas al respecto, porque en cierta ocasión había visto en una jaula de barrotes dorados de una ciudad hirkania un animal triste de ojos abismales que, según le dijeron, era un mono, y que no tenía nada de la demoníaca malevolencia que vibraba en la risa chillona que les

llegaba desde la oscura selva.

Entonces salió la luna como una mancha sanguinolenta, con un halo negro, y de las orillas surgió una terrible algarabía, como saludándola. Los rugidos, aullidos y gritos hicieron temblar a los guerreros negros, pero aquel bullicio, según pudo notar Conan, procedía del interior de la selva, como si los animales, al igual que los hombres, huyeran de las negras aguas del Zarkheba.

Elevándose por encima de la densa negrura de los árboles y de los cimbreantes bosques frondosos, la luna plateaba la superficie del río, y la estela del barco se convertía en un centelleo de burbujas fosforescentes que se ensanchaba creando una luminiscencia de fulgurantes piedras preciosas. Los remos se hundían en las aguas y salían como empapados de plata helada. Las plumas de los guerreros se balanceaban bajo el viento y las gemas de las empuñaduras y arneses resplandecían con una luz helada.

La fría luz de la luna iluminaba también las joyas que adornaban los negros rizos de Belit cuando extendió su hermoso cuerpo sobre una piel de leopardo colocada sobre la cubierta. Apoyada sobre los codos y con la barbilla entre las manos, la joven observaba el rostro de Conan, que estaba acostado a su lado con la oscura melena agitada bajo la tenue brisa. Los ojos de Belit eran como oscuras gemas que ardían a la luz de la luna.

—El misterio y el terror nos rodean, Conan, y nos deslizamos hacia el reino del horror y de la muerte —dijo Belit—. ¿Tienes miedo?

Por toda respuesta, él se limitó a encoger los hombros, cubiertos con la cota de malla.

—Tampoco yo tengo miedo —repuso ella con aire meditabundo —. Jamás lo tuve. He contemplado demasiadas veces los desnudos colmillos de la muerte. Dime, Conan, ¿temes a los dioses?

—Yo no pisaría sus sombras —contestó el bárbaro prudentemente—. Algunos son malignos y otros son propicios; al menos, eso afirman sus sacerdotes. Mitra, la diosa de los hiborios, debe ser una diosa fuerte, porque su pueblo ha construido ciudades en todo el mundo. Pero hasta los hiborios temen a Set. Y Bel, dios de los ladrones, es un dios bueno. Cuando yo era ladrón, en Zamora, aprendí mucho de él.

—¿Cómo son los dioses de tu pueblo? Nunca te he oído hablar

de ellos.

—El dios principal es Crom, que vive en una gran montaña. Pero de nada vale invocarlo. Le importa muy poco si los hombres viven o mueren. ¡Es mejor callar que reclamar su atención, ya que suele enviar desdichas y no fortuna! Es implacable y sin compasión, pero infunde poder para luchar y matar en el momento de nacer. ¿Qué más puede pedir un ser humano?

—¿Y cómo es vuestro mundo, más allá del río de la muerte? —insistió ella.

—En el culto de mis gentes no hay esperanza aquí ni en el más allá —respondió Conan—. En este mundo los hombres luchan y sufren en vano, y solo encuentran placer en el torbellino enloquecedor de la batalla; una vez muertos, sus almas entran en un reino gris, lleno de nubes y azotado por vientos helados, donde vagan tristes y melancólicas durante toda la eternidad.

Belit se estremeció y dijo:

—Por mala que sea la vida, es mejor que semejante destino. ¿Tú qué crees, Conan?

El cimmerio se encogió de hombros una vez más y dijo:

—He conocido muchos dioses. Quien niegue su existencia está tan ciego como el que confía en ellos con una fe desmesurada. Yo no busco nada después de la muerte. Puede que exista la oscuridad de la que hablan los escépticos nemedios, o el reino helado y nebuloso de Crom, o las llanuras nevadas o los grandes salones de piedra del Valhalla de los habitantes de Nordheim. No lo sé, ni me importa. Que me dejen vivir intensamente mientras viva; quiero saborear el rico jugo de la carne roja y sentir el sabor ácido del vino en mi paladar, gozar del cálido abrazo de una mujer y de la jubilosa locura de la batalla cuando llamean las azules hojas de acero; eso me basta para ser feliz. Que los maestros, los sacerdotes y los filósofos reflexionen acerca de la realidad y la ilusión. Yo solo sé esto: que si la vida es ilusión, yo no soy más que eso, una ilusión, y ella, por consiguiente, es una realidad para mí. Estoy vivo, me consume la pasión, amo y mato; con eso me doy por contento.

—Pero los dioses son reales —dijo ella, siguiendo la línea de sus pensamientos—. Y por encima de todo están los dioses shemitas: Ishtar, Ashtoreth, Derketo y Adonis. Bel también es shemita, pues nació en la antigua Shumir hace muchísimo tiempo y entró en el

mundo riendo, con su barba rizada y sus ojos picaros e inteligentes, a robar las joyas de los reyes de la antigüedad.

»Existe la vida más allá de la muerte; yo lo sé, y también sé esto, Conan de Cimmeria —dijo Belit poniéndose ágilmente de pie y estrechándole con un abrazo de pantera—: ¡Sé que mi amor es más fuerte que la muerte! Me has estrechado en tus brazos, jadeando con la violencia de nuestro amor; me has cogido y estrujado y me has conquistado, atrayéndome el alma a tus labios con la violencia de tus hirientes besos. ¡Mi corazón está soldado al tuyo; mi alma es parte de tu alma! ¡Si yo muero y tú tuvieras que luchar por tu vida, yo volvería del abismo para ayudarte; sí, lo haría tanto si mi espíritu flotara bajo las velas purpúreas del mar cristalino del paraíso, como si se retorciese entre las llamas del infierno! ¡Soy tuya, y ni los dioses ni la eternidad podrán separarnos!

Un grito de espanto llegó desde el puesto de proa. Tras apartar a Belit a un lado, Conan se puso en pie de un salto, con la espada resplandeciente bajo la luz de la luna y los pelos de punta por la escena que estaba viendo. El vigía negro se tambaleaba sobre la cubierta apoyado en algo que parecía el tronco de un árbol oscuro y sinuoso que se balanceaba sobre la barandilla. Entonces Conan se dio cuenta de que se trataba de una gigantesca serpiente que había saltado por encima de la borda y sujetaba al desdichado vigía con sus enormes fauces. Las chorreantes escamas brillaban pálidamente bajo la luz de la luna, a medida que el reptil se retiraba de la cubierta, mientras el guerrero atrapado gritaba y se retorcía como una rata en los colmillos de una serpiente pitón. Conan corrió hacia la proa y alzando su enorme espada casi cortó en dos al gigantesco animal, que era más grueso que el cuerpo de un hombre. La sangre empapó la cubierta mientras el monstruo moribundo se alejaba sin soltar a su víctima, hasta que se hundió en el tenebroso río, anillo tras anillo, dejando tras de sí una sanguinolenta espuma, bajo la cual el hombre y el reptil desaparecieron juntos. A partir de entonces, Conan prosiguió la guardia personalmente, pero ningún otro monstruo llegó reptando desde las cenagosas profundidades del río. Cuando el cielo clareaba en la selva, el cimmerio divisó los negros colmillos de unas torres oscuras que se alzaban entre los árboles. Llamó a Belit, que aún dormía sobre la cubierta, envuelta en su capa de color escarlata, y ella corrió a su lado con los ojos

brillantes por la emoción. La joven ordenó a sus guerreros que prepararan los arcos y las flechas. Entonces sus hermosos ojos se abrieron desorbitados. Lo que vieron cuando doblaron un recodo y quedó ante su vista aquella orilla, era el fantasma de una ciudad. La maleza y los arbustos crecían profusamente entre las piedras rotas y las losas de lo que en un tiempo habían sido calles, plazas y grandes patios. Por todas partes, excepto en la misma orilla del río, crecía la selva, ocultando columnas caídas y túmulos derruidos con su verde veneno. Aquí y allá se veían enormes torres que alzaban su precario equilibrio contra el cielo de la mañana, así como columnas rotas que sobresalían por encima de los muros en ruinas. En el centro de la plaza se levantaba una pirámide de mármol rematada por una fina estatua, hasta que sus ojos agudos percibieron señales de vida.

—Es un enorme pájaro —dijo uno de los guerreros, de pie en la popa.

—No, es un murciélago monstruoso —afirmó otro.

—Es un mono —dijo Belit.

En ese momento, el engendro extendió unas alas muy amplias y desapareció volando hacia la selva.

—Era una especie de mono alado —dijo el viejo N'Yaga, con gesto inquieto—. Será mejor que nos dejemos cortar el cuello antes que desembarcar en ese lugar. Está encantado.

Belit se burló del supersticioso anciano y ordenó que la galera se acercara a la orilla y atracase en los muelles derruidos. Ella fue la primera en saltar a tierra, seguida de cerca por Conan; luego desembarcó la tropa de piratas de piel de ébano con sus blancas plumas ondeando bajo la brisa de la mañana, con las lanzas preparadas y los ojos observando con recelo la selva que los rodeaba.

En aquel lugar reinaba un silencio tan siniestro como el de una serpiente dormida. Belit se irguió entre las ruinas; su vibrante y esbelto cuerpo, lleno de vida, contrastó extrañamente con la desolación y la destrucción que había a su alrededor. El sol se alzaba lentamente sobre la selva, llameante y amenazador, inundando las torres con una tenue luz dorada que hacía resaltar las sombras que se agazapaban entre los muros derruidos. Belit señaló una fina torre redondeada que parecía tambalearse sobre sus inseguros cimientos. Conducía hasta ella un camino de losas

flanqueado por columnas rotas entre las que crecían plantas; delante de la torre había un enorme altar. Belit recorrió con rapidez el antiguo camino de piedra y se detuvo delante del altar.

—Este era el templo de los antiguos —le dijo a Conan—. Mira, esos canalillos que hay a los lados del altar son para la sangre. Las lluvias de diez mil años no han conseguido lavar las oscuras manchas que hay en la piedra. Las paredes se han derrumbado y este bloque de piedra sigue desafiando el tiempo y los elementos.

—Pero ¿quiénes eran esos antiguos? —preguntó Conan.

Ella extendió sus finas manos con un gesto de desamparo para subrayar sus palabras.

—Ni siquiera en las leyendas se menciona a esta ciudad —dijo —. ¡Pero fíjate en los orificios para las manos que hay en ambos extremos del altar! Los sacerdotes solían esconder sus tesoros debajo de sus altares. ¡A ver si entre cuatro de vosotros podéis levantar esa losa!

Belit retrocedió unos pasos para dejar sitio, al tiempo que miraba hacia la torre que se alzaba por encima de ellos. Tres de los guerreros más fuertes ya habían aferrado la losa por los huecos —que curiosamente no estaban hechos para manos humanas—, cuando Belit dio un paso atrás lanzando un grito de horror. Los negros se quedaron paralizados en su sitio y Conan, que se había agachado para ayudarlos, giró en redondo al tiempo que lanzaba una maldición.

—Hay una serpiente entre la hierba —dijo ella retrocediendo—. Ven a matarla, Conan. Vosotros, seguid intentando alzar la losa.

El cimmerio se acercó rápidamente a la joven y otro negro ocupó su lugar. Mientras Conan examinaba la hierba en busca de la serpiente, los gigantescos negros se apoyaron firmemente sobre los pies y entre gruñidos fueron levantando poco a poco la piedra, con los músculos tensos debajo de la piel de ébano. La losa del altar giró repentinamente hacia un lado. Al mismo tiempo se oyó un terrible estruendo y la torre se desplomó sepultando a los cuatro negros bajo los bloques de piedra.

Un grito de horror surgió entre las filas de sus compañeros. Los finos dedos de Belit se clavaron en el brazo de Conan.

—No había ninguna serpiente —susurró ella—. Era una artimaña para alejarte del altar. Sentí miedo, pues sabía que los

antiguos guardaban bien sus tesoros. Ahora despejemos las piedras.

Eso hicieron, y luego levantaron los cuerpos destrozados de los cuatro hombres. Debajo de estos los piratas hallaron una cripta tallada en la roca viva. El altar, que giraba ingeniosamente hacia un lado por medio de rodillos de piedra, había servido de tapadera. A primera vista, parecía que la cripta estaba llena a rebosar de un fuego líquido que reflejaba la temprana luz del sol con un millón de facetas resplandecientes.

Allí, ante los ojos atónitos de los piratas, había una fortuna incalculable: diamantes, rubíes, sanguinarias, zafiros, turquesas, piedras de la luna, ópalos, esmeraldas, amatistas y otras gemas desconocidas, que relucían como los ojos de una mujer maligna. La cripta estaba abarrotada de brillantes piedras preciosas que centelleaban bajo los rayos del sol.

Al tiempo que lanzaba un grito, Belit se dejó caer de rodillas entre los escombros manchados de sangre junto al borde de la cripta y hundió sus blancos brazos hasta el hombro en aquel mar de esplendor. Luego retiró los brazos, aferrando algo que le hizo lanzar otro grito de asombro. ¡Tenía en la mano una larga sarta de rubíes, que parecían coágulos de sangre, unidos por un grueso hilo de oro! Al reflejarse en el collar, la dorada luz del sol se convirtió en un resplandor rojizo.

Los ojos de Belit parecían los de una mujer en trance. El corazón de los shemitas se emborrachaba con las riquezas y con el esplendor material, pero aquel espectáculo hubiera trastornado hasta el corazón del emperador de Shushan.

—¡Recoged estas piedras preciosas, perros! —gritó ella, sin poder dominar su emoción.

—¡Mirad! Un musculoso brazo negro señaló en dirección al *Tigresa* y Belit giró en redondo enseñando los dientes, como si esperara ver a un pirata rival acercándose para despojarla del botín. Pero solo vieron alzarse, por encima de la borda del barco, una oscura sombra que se alejó volando hacia la selva.

—¡El mono maligno ha estado en nuestro barco! —musitaron los negros inquietos.

—¿Y eso qué importa? —exclamó Belit lanzando un juramento, al tiempo que se alisaba un rizo rebelde con gesto impaciente—. Haced una litera con las lanzas y las capas para cargar todas estas

joyas. Eh, Conan, ¿dónde demonios vas?

—Voy a echar un vistazo a la galera —dijo el cimmerio con un gruñido—. Esa especie de murciélago pudo haber hecho un agujero en la base de la galera, sin que nos hayamos dado cuenta.

El bárbaro corrió rápidamente por las destrozadas piedras del embarcadero y saltó hacia la nave. Después de examinar por un momento el barco bajo cubierta, Conan lanzó una maldición y echó una mirada en dirección al lugar por el que había desaparecido el monstruo alado. Volvió rápidamente hacia donde estaba Belit, dirigiendo el saqueo de la cripta. La muchacha se había puesto el collar y los rojos rubíes brillaban esplendorosamente sobre su blanco pecho. Un negro enorme estaba sumergido hasta las caderas en la rebosante cripta y extraía grandes puñados de piedras preciosas, que pasaba a los hombres impacientes que se hallaban arriba. Sartas de heladas iridiscencias colgaban entre los oscuros dedos del negro; eran como gotas de fuego rojo que formaban un increíble arco iris. El negro parecía un gigante a horcajadas sobre los llameantes pozos del infierno, con las manos llenas de estrellas.

—Aquel maldito demonio volador ha agujereado las barricas de agua —dijo Conan—. Si no hubiéramos estado tan deslumbrados por estas piedras preciosas, hubiéramos oído el ruido que hacía el monstruo al acercarse. Fuimos necios al no haber dejado un centinela a bordo. No podemos beber el agua de este río.

»Voy a llevar veinte hombres para buscar agua fresca y potable en la selva.

Ella le miró con expresión confusa, con los ojos velados por la extraña pasión que la embargaba, mientras acariciaba con dedos nerviosos las piedras preciosas que llevaba en el pecho.

—Está bien —repuso ella distraídamente, casi sin prestarle atención—. Voy a hacer que lleven el tesoro a bordo.

La selva se cerró rápidamente detrás del grupo, al tiempo que la luz cambiaba del oro intenso al gris sombrío. De las ramas que formaban arcadas caían enredaderas que parecían serpientes. Los guerreros avanzaban en fila india, como negros fantasmas deslizándose bajo la luz crepuscular.

Dentro de la selva la vegetación era menos densa de lo que Conan había pensado. El suelo estaba blando, pero no húmedo. Al alejarse del río, se inclinaba poco a poco formando pendiente.

Cuanto más se internaban por la verde espesura, menores señales había de proximidad de agua, ya sea de fuentes o de pozos. Conan se detuvo súbitamente; sus guerreros le imitaron y se quedaron inmóviles como estatuas de basalto. En el tenso silencio que siguió, el cimmerio dijo en voz baja a N'Gora, un hombre de confianza:

—Seguid derecho hasta que no podáis verme; entonces deteneos y esperadme. Creo que nos están siguiendo. He oído algo.

Los negros parecían inquietos, pero obedecieron. Mientras ellos seguían su camino, Conan se ocultó rápidamente detrás de un enorme árbol, al tiempo que miraba hacia el lugar por el que habían venido. De aquella espesa vegetación podía surgir cualquier cosa. Pero no ocurrió nada, y los débiles sonidos de la marcha de los lanceros se apagaron a lo lejos. De pronto el cimmerio sintió que el aire estaba impregnado de un aroma exótico. Algo le rozó suavemente la sien. Conan se volvió con rapidez. Desde una mata cuyas hojas tenían formas muy extrañas, unas enormes flores negras se inclinaron hacia él. Una de ellas era la que le había tocado. Parecían llamarle arqueando sus tallos en señal de invitación. Se extendían y susurraban, aunque no soplaba la menor brisa.

Conan retrocedió rápidamente al reconocer el loto negro, cuya savia era mortal y cuyo perfume producía un sopor con sueños terribles. El cimmerio ya comenzaba a sentir un ligero letargo. Trató de desenvainar la espada para cortar los ondulantes tallos que se cernían sobre él, pero sus brazos se quedaron inertes a ambos lados del cuerpo. Abrió la boca para llamar a sus guerreros, pero de ella no salió más que un débil jadeo. Un segundo después, la selva empezó a dar vueltas con asombrosa rapidez y Conan comenzó a ver todo borroso, no oyó los gritos de espanto que se escuchaban un poco más allá, pues se le doblaron las rodillas y cayó al suelo sin sentido. Por encima de su cuerpo postrado, las enormes flores negras se balanceaban en el aire sin que las moviera el viento.

3. Horror en la selva

«¿Fue un sueño lo que trajo el loto negro?
Entonces, maldito sea el sueño que angustió mi vida,
y maldita la rezagada hora que no ve
la cálida sangre goteando del cuchillo de color carmesí».

(La canción de Belit)

Primero fue la oscuridad del vacío más absoluto, en el que soplaban fríos vientos del espacio cósmico. Luego unas formas vagas, monstruosas y etéreas se agitaron en el sórdido escenario de la nada, como si la oscuridad hubiera adoptado una forma material. El viento siguió soplando hasta que se formó un vórtice, una pirámide giratoria de rugiente negrura, del que salió la Forma y la Dimensión. Y de pronto, como si fueran nubes, las tinieblas se desvanecieron y una enorme ciudad de piedra de color verde oscuro se alzó a orillas de un río caudaloso que fluía por una planicie sin límites. Por aquella ciudad se movían unos seres de formas extrañas.

Aunque fundidos en el molde de la humanidad, se veía claramente que no eran hombres. Tenían alas y eran de dimensiones gigantescas. No provenían de una rama del misterioso tronco cuya evolución culminó con el ser humano, sino que se trataba del fruto maduro de un árbol diferente y extraño. Aparte de sus alas, aquellos seres se parecían físicamente al hombre en la misma medida en que este se parece a los grandes monos. En desarrollo espiritual, estético e intelectual eran superiores al hombre de la misma manera que este es superior al gorila. Pero cuando construyeron su gigantesca ciudad, los primitivos antepasados del hombre aún no habían surgido del limo de los océanos primordiales.

Estos seres eran mortales, del mismo modo que lo es todo lo que

está hecho de carne y sangre. Nacían, amaban y morían, si bien vivían muchísimos años.

Entonces, después de incontables millones de años, se inició el Cambio. El paisaje tembló como si fuera una imagen proyectada en una cortina agitada por el viento. Las eras pasaron por la ciudad y el campo al igual que fluyen las olas en el mar, y cada una de ellas produjo grandes cambios. En algún lugar del planeta se estaban alterando los centros magnéticos; los enormes glaciares y los campos de hielo se desplazaron hacia los nuevos polos.

El litoral del gran río también se alteró. Las llanuras se convirtieron en pantanos en los que pululaban asquerosos reptiles. Donde se extendían fértiles praderas, surgieron primero bosques y luego densas selvas. Las transformaciones obraron también sobre los habitantes de la ciudad, si bien estos no emigraron hacia nuevas tierras. Razones incomprensibles para el hombre los retuvieron ligados a su funesto destino.

Y mientras aquella tierra, que antes fuera rica y poderosa, se hundía cada vez más en el negro cieno de la sombría selva, el caos se abatió sobre los habitantes de la ciudad. Terribles convulsiones estremecieron la tierra; las noches eran espeluznantes y los volcanes en erupción se recortaban como rojas columnas de fuego en el oscuro horizonte.

Después de un terremoto que sacudió desde las murallas exteriores hasta las torres más altas de la ciudad, el río adquirió un color negro durante varios días; alguna sustancia letal se había escapado de las profundidades subterráneas; una terrible transformación química se produjo en las aguas que las gentes habían bebido durante milenios. Muchas personas murieron después de beber aquellas aguas, pero quienes sobrevivieron sufrieron un cambio paulatino, tan sutil como aterrador. Al tener que adaptarse a las nuevas condiciones del medio, se hundieron muy por debajo de su nivel original. Pero las aguas letales provocaron en ellos una alteración mucho más terrible, y las nuevas generaciones se volvieron cada vez más bestiales. Los que habían sido dioses alados se convirtieron en demonios sin alas, con todo el vasto conocimiento de sus antepasados, pero distorsionado y pervertido de manera espantosa e infernal. Del mismo modo que habían alcanzado niveles muy superiores a los que la humanidad puede

soñar, se hundieron más bajo de lo que se podía concebir en las peores pesadillas. Morían pronto, víctimas de su propio canibalismo, y en medio de las tinieblas de la medianoche estallaban en la selva tremendas peleas. Por último, entre las ruinas cubiertas por líquenes, entre los escombros de lo que había sido su esplendorosa ciudad, solo quedó un ser, un cuerpo agazapado y deforme, una horrenda perversión de la naturaleza.

Luego aparecieron los primeros seres humanos: hombres de piel oscura y rostro aguileño, que llevaban arneses de cobre y cuero y utilizaban arcos; se trataba de los guerreros de la prehistórica Estigia. Eran tan solo cincuenta hombres agotados, demacrados y hambrientos a causa del prolongado esfuerzo; estaban sucios y cubiertos de arañazos y de vendajes manchados de sangre seca. La suya era una historia de guerras y derrotas, de una huida ante una tribu más fuerte que los llevó cada vez más hacia el sur, hasta que se perdieron en el gran océano de la selva y del mar.

Se tendieron exhaustos entre las ruinas. Unas plantas que había allí y que solo florecían una vez cada siglo agitaron sus rojos pétalos a la luz de la luna. Entonces les invadió el sueño. Mientras dormían, un ser repulsivo de ojos ardientes salió reptando de las sombras y realizó espantosos ritos extraños sobre todos los durmientes. La luna colgaba del cielo sombrío tiñendo la selva de rojo y negro; por encima de los hombres que dormían brillaban tenuemente las flores rojas como manchas de sangre. Luego la luna se ocultó y los ojos del nigromante relucieron como rubíes en la noche oscura como el ébano.

Cuando el alba extendió su blanco velo sobre el río, no había hombres a la vista; solo el espantoso ser alado y peludo que estaba agazapado en medio de un círculo de cincuenta hienas enormes de piel manchada, que apuntaban con sus temblorosos hocicos hacia el cielo mortecino y aullaban como las almas condenadas en el infierno.

A continuación una escena siguió a la otra con vertiginosa rapidez. Hubo un movimiento confuso, un retorcerse y fundirse de luces y sombras contra el fondo de la negra selva, las ruinas de piedras verdes y el cenagoso río. Unos hombres negros llegaron río arriba en barcas que tenían una calavera en la proa; otros se ocultaron sigilosamente entre los árboles, con lanzas en la mano.

Corrían gritando en la oscuridad, huyendo de un par de ojos rojos y de unos colmillos imponentes. El aullido de hombres moribundos estremeció las sombras; unos pies furtivos avanzaron en silencio y unos ojos de vampiro horadaron las tinieblas con su fuego rojo. Hubo festines aterradores a la luz de la luna, ante cuyo disco luminoso una sombra con alas de murciélago aleteaba sin cesar.

Y de repente, en claro contraste con aquellas escenas, por el recodo del río se vio llegar una larga galera atestada de brillantes cuerpos de ébano, en cuya proa se alzaba un gigante de piel blanca cubierto con una malla de acero.

En ese momento, Conan se dio cuenta de que estaba soñando. Hasta aquel instante no había tenido consciencia de su existencia individual. Pero cuando se vio a sí mismo sobre la cubierta del *Tigresa* reconoció la frontera entre la realidad y el sueño, si bien no se despertó.

Mientras esto pasaba por su mente, la escena cambió súbitamente hacia el claro de la selva en el que N’Gora y diecinueve lanceros negros se hallaban en actitud de espera. Cuando Conan empezó a comprender que le esperaban a él, un ser horroroso bajó del cielo, y la impasibilidad de los hombres fue interrumpida por el terror. Presas de pánico, arrojaron sus armas y corrieron como locos a través de la selva, seguidos de cerca por el monstruo que agitaba sus grandes alas por encima de ellos.

El caos y la confusión siguieron a estas visiones, mientras Conan luchaba por despertar con las pocas fuerzas que le quedaban. Se veía vagamente a sí mismo acostado bajo una movediza mata de flores negras, mientras desde los matorrales una figura repulsiva se arrastraba hacia él. Haciendo un esfuerzo titánico, Conan rompió las ligaduras invisibles que le mantenían preso en sus sueños, y se despertó.

El cimmerio lanzó una mirada llena de asombro a su alrededor. Divisó cerca de él el loto negro que se agitaba y se apresuró a alejarse de la maligna planta.

En el mullido suelo, cerca de donde se encontraba, vio un rastro que semejaba el de un animal al acecho antes de salir de su escondrijo, para luego retirarse sin llevar a cabo su propósito. Aquellas huellas parecían las de una hiena increíblemente grande.

Conan gritó para llamar a N'Gora. Un silencio primordial se cernía sobre la selva, en la que sus gritos sonaron frágiles y huecos como una burla. No podía ver el sol, pero su instinto de hombre salvaje conocedor de la naturaleza le indicó que el día llegaba a su fin. Una sensación de pánico le invadió al darse cuenta de que había estado sin sentido durante muchas horas. Rápidamente siguió las huellas de los lanceros, hasta que llegó a un claro. Allí se detuvo en seco y un escalofrío le recorrió el cuerpo al reconocer el claro que había visto en el sueño que tuvo bajo la influencia del loto negro. Había escudos y lanzas desparramadas por todas partes, como si hubieran sido arrojados al emprender una precipitada fuga.

Por las huellas que llevaban fuera del claro de vuelta hacia la espesura de la selva, Conan se dio cuenta de que los lanceros negros habían escapado frenéticamente de algo que les amenazaba. Las pisadas se superponían y se confundían entre los árboles. Con la velocidad del rayo, el cimmerio salió de la selva y llegó hasta una rocosa colina empinada que caía de pronto formando un abrupto precipicio que tenía unos doce metros de altura. En el borde del abismo había algo agazapado.

Al principio, Conan creyó que se trataba de un enorme gorila negro. Luego vio que era un negro gigantesco que estaba sentado en cuclillas, como un mono, con los largos brazos colgando y una baba espumosa cayéndole de los labios. Solo cuando ese ser lanzó un alarido que parecía un sollozo y corrió hacia él levantando las manos, Conan advirtió que se trataba de N'Gora. El negro hizo caso omiso del grito de Conan y atacó con los ojos en blanco y los brillantes dientes al descubierto; su rostro era una máscara inhumana.

Con la piel erizada por el horror que la locura siempre inspira a las personas cuerdas, Conan alzó la espada y traspasó con ella el cuerpo del negro; luego, evitando las garras que se tendían hacia él mientras N'Gora caía, avanzó hacia el borde del precipicio.

Durante un instante el cimmerio se quedó mirando las abruptas rocas que se divisaban abajo y sobre las cuales yacían los lanceros de

N'Gora
con el cuerpo retorcido, los miembros destrozados y los huesos deshechos. Ninguno de ellos se movía. Una nube de enormes moscas negras zumbaba por encima de las piedras manchadas de sangre; las hormigas habían comenzado a roer los cadáveres. En las ramas de los árboles más cercanos aguardaban los buitres y un chacal que, al mirar hacia arriba y ver a un hombre vivo en el risco, huyó furtivamente del lugar.

Conan se quedó inmóvil durante unos segundos. Luego giró en redondo y volvió corriendo por donde había llegado, entre las hierbas, arbustos y enredaderas que le rodeaban y se interponían en su camino como serpientes. Llevaba la espada baja en la mano derecha y tenía una palidez desusada en el oscuro rostro.

El silencio que reinaba en la selva no se veía interrumpido por nada. El sol acababa de ponerse en el horizonte y grandes sombras se alzaban del limo de la oscura tierra. Conan avanzaba rápidamente a través de las gigantescas sombras de la muerte y la desolación, cubierto con la cota de malla. No se escuchaba otro sonido que su propio jadeo cuando salió de las sombras y llegó hasta las márgenes del río rodeadas de una luz crepuscular.

Vio la galera adosada al muelle podrido. Sus restos se tambaleaban en la semioscuridad.

Aquí y allá, divisó manchas de color rojo vivo entre las piedras, como si una mano descuidada hubiera dado unas pinceladas con una brocha empapada de pintura de color carmesí.

Conan adivinó nuevamente la presencia de la muerte y de la destrucción. Frente a él yacían sus hombres, tendidos en el espacio que iba desde el límite de la selva hasta la orilla del río, entre las columnas rotas y a lo largo de los muelles derruidos, mutilados y devorados a medias, como tristes remedos de seres humanos.

Alrededor de los cadáveres y de sus miembros cercenados, se veían numerosas huellas de enormes patas, similares a los rastros que dejan las hienas.

Conan avanzó en silencio por el muelle, y al acercarse a la nave vio que de la cubierta colgaba algo que brillaba con un claro tono marfileño. Sin decir una sola palabra, el cimmerio se detuvo y vio el cuerpo de la reina de la Costa Negra que colgaba del peñol de su propia galera. Entre la cuerda de la que colgaba y su garganta había

una ristra de piedras que parecían coágulos de color carmesí que brillaban como la sangre…, pero era el collar de oro con los enormes y resplandecientes rubíes.

4. Ataque desde el aire

«Estaba rodeado de negras sombras; las fauces chorreantes se abrieron desmesuradamente y cayeron gotas rojas más gruesas que la lluvia; pero mi amor era más fuerte que el negro hechizo de la muerte, y ni siquiera las puertas de hierro del infierno podrían alejarme de su lado».

(La canción de Belit)

La selva era como un gigante negro que sostenía las ruinas de piedra entre sus hercúleos brazos.

Aún no había salido la luna y las estrellas eran fragmentos de ámbar incandescente en un firmamento en el que le esperaba la muerte agazapada. Conan el cimmerio estaba sobre la pirámide situada entre las torres derruidas, sentado como una estatua de hierro con la barbilla apoyada en sus fuertes puños. En las oscuras sombras se oyeron unos pasos quedos y se vio el fulgor de unos ojos rojos. Los muertos yacían en la misma posición en la que habían caído. Pero en la cubierta del *Tigresa*, en una pira hecha con bancos rotos, trozos de lanza y pieles de leopardo, dormía la reina de la Costa Negra su último sueño, con el botín amontonado a su alrededor: sedas, telas de oro, galones de plata, cofres llenos de joyas y de monedas de oro, lingotes de plata y teocalis dorados.

Pero del botín de la ciudad maldita solo podían hablar las turbias aguas del Zarkheba, en las que Conan lo había arrojado al tiempo que lanzaba una maldición pagana. Ahora estaba sentado con gesto hosco en la pirámide, esperando a sus invisibles enemigos. La negra furia que alentaba en su corazón había alejado de él todo vestigio de temor. No sabía qué sombras podían surgir de la oscuridad, ni le importaba demasiado.

Tampoco dudaba acerca de la veracidad de las visiones del loto negro. Comprendió que mientras le esperaban en el claro del bosque, N’Gora y sus compañeros habían sido atacados por el monstruo alado y que al huir, presas del pánico, se habían caído por el precipicio. Todos murieron menos su jefe, que de alguna manera había escapado a la muerte, aunque no a la locura. Mientras tanto, o quizá inmediatamente después, se produjo la aniquilación de los que estaban en la orilla del río. Conan tenía la seguridad de que aquello había sido una matanza más que una batalla. Dominados por el terror supersticioso, los negros murieron probablemente sin devolver un solo golpe en defensa propia cuando se vieron atacados por sus inhumanos enemigos.

El cimmerio no comprendía por qué le perdonaban la vida tanto tiempo, a menos que el ser maligno que dominaba aquel lugar quisiera mantenerlo vivo para torturarlo con la pena y el miedo. Todo apuntaba hacia una inteligencia humana o sobrehumana: la destrucción de las barricas de agua para dividir a los piratas, el hecho de haber atraído a los negros hacia el precipicio y el último y más significativo detalle: la burla atroz del collar de rubíes anudado como el dogal de un ahorcado alrededor del blanco cuello de Belit.

Habiendo dejado, pues, al cimmerio como víctima escogida y tras haberle infligido una refinada tortura mental, era probable que el desconocido enemigo concluyera el drama matándole a él también. Los ojos de Conan se iluminaron con una cruel sonrisa de hierro al pensar en esto.

La luna se alzó arrojando fuego sobre el casco de cuernos del cimmerio. De repente, el aire nocturno entró en tensión y la selva entera contuvo el aliento. Instintivamente, Conan comenzó a desenvainar su enorme espada. La pirámide sobre la que se encontraba tenía cuatro caras; una, la que daba a la selva, tenía unos amplios escalones. El cimmerio sostenía en una mano un arco shemita como el que Belit había enseñado a usar a sus piratas, y a sus pies había un montón de flechas con plumas.

Finalmente, algo se movió en la oscuridad. Recortándose súbitamente contra la luna que se alzaba en el horizonte, Conan vio una cabeza y unos hombros oscuros de aspecto bestial. Y detrás de

aquel engendro llegaban corriendo rápida y silenciosamente… veinte hienas de piel manchada. Sus colmillos lanzaban destellos a la luz de la luna y sus ojos brillaban como nunca habían brillado los ojos de un animal.

Eran veinte. Conan cogió una flecha. Se oyó el chasquido de la cuerda del arco y una sombra de ojos ardientes saltó por los aires y cayó al suelo retorciéndose. El resto de la manada no vaciló. Seguían avanzando y las flechas del cimmerio caían sobre los monstruos como una lluvia de muerte, lanzadas con toda la fuerza y la precisión de sus músculos de acero movidos por un odio infernal.

A pesar de su ciega furia, Conan no erró el blanco. El aire se llenó de flechas cargadas de muerte. Los estragos causados por la embestida de la manada eran aterradores. Más de la mitad de sus enemigos cayeron antes de alcanzar el pie de la pirámide. Otros ascendieron por los amplios escalones. Al mirar sus ojos llameantes, Conan comprendió que aquellos seres no eran animales. No era solo su tamaño sobrehumano lo que establecía la diferencia, sino que de ellos emanaba un aura tangible, como la oscura bruma que se alza de un pantano sembrado de cadáveres. No era capaz de adivinar qué alquimia infernal había dado vida a aquellos seres, pero lo que sí sabía era que se enfrentaba con una diabólica magia más negra que la del pozo de Skelos.

Firmemente apoyado sobre sus pies, Conan tensó el arco y lanzó su última flecha contra el enorme cuerpo peludo que se abalanzaba sobre su garganta.

La flecha salió disparada como un rayo de luna. El monstruo sufrió una convulsión en el aire y se estrelló de cabeza, con el cuerpo atravesado de parte a parte.

Entonces los demás se precipitaron sobre Conan como una pesadilla de ojos centelleantes y colmillos afilados. Su enorme espada dio cuenta del primer atacante, pero el desesperado embate de los demás le hizo caer al suelo. Aplastó un pequeño cráneo con la empuñadura de su sable, sintiendo que los huesos se quebraban y la sangre y los sesos se derramaban sobre su mano. Luego dejó caer la espada, pues de nada le valía ante la proximidad de sus enemigos, y aferró la garganta de dos de los monstruos, que lanzaban zarpazos y dentelladas con una furia silenciosa. Un intenso olor acre inundaba sus fosas nasales y el sudor le cegaba. Solo la

cota de malla le había salvado hasta ese momento de quedar destrozado en un segundo. Su mano derecha asió por el peludo cuello a un adversario, y la izquierda, no pudiendo aferrar otra garganta, apresó una pata de la fiera y se la rompió. Un breve quejido, el único grito aterradoramente semihumano que se oyó en aquella lúgubre batalla, partió de las fauces de la bestia. Ante el espantoso horror que le produjo ese grito infrahumano, Conan aflojó involuntariamente a su presa.

Otro de sus malignos enemigos, con la sangre chorreando de la destrozada yugular, saltó sobre Conan en un último espasmo de violencia y le clavó los colmillos en el cuello, si bien cayó muerto en el mismo instante.

La otra fiera, apoyándose en sus tres patas ilesas, se abalanzó sobre el vientre del cimmerio lanzando dentelladas como un lobo, y le destrozó varios eslabones de su cota de malla. Conan esquivó a la bestia agonizante y la levantó con un esfuerzo que hizo surgir un quejido de sus labios manchados de sangre. Se tambaleó por un momento, sintiendo el aliento fétido y caliente del monstruo sobre su rostro, con las mandíbulas chasqueando al lado de su cuello, y luego le arrojó con violencia; enseguida se oyó el crujido de los huesos rotos al chocar contra los escalones de mármol.

Mientras se tambaleaba tratando de recobrar el equilibrio y el aliento, el cimmerio oyó el espantoso aleteo de un murciélago. Conan se puso nuevamente a la defensiva, sacó rápidamente su espada y la empuñó con fuerza, asestando un mandoble con las dos manos; luego sacudió la sangre que empañaba sus ojos y su rostro para mirar al cielo con intención de ver a su alado enemigo.

Pero en lugar del esperado ataque procedente del aire, Conan notó súbitamente que la pirámide se tambaleaba, y vio que la elevada columna que estaba junto a él oscilaba como un péndulo. Aferrándose a la vida con todas sus fuerzas, Conan saltó lo más lejos que pudo; sus pies dieron en un escalón situado hacia el centro de la pirámide, y el siguiente salto lo impulsó lejos del monumento. En el momento en que sus talones se apoyaban en el suelo, por un instante cataclísmico, del cielo parecieron llover fragmentos de piedra y de mármol. Poco después, la luna iluminaba con su luz blanquecina un montón de escombros.

Conan se quitó de encima los pequeños trozos de piedra que

cubrían parte de su cuerpo, y en ese momento un fuerte golpe le despojó del casco y le dejó momentáneamente aturdido. Encima de sus piernas tenía un enorme fragmento de columna que lo inmovilizaba contra el suelo. No sabía si sus extremidades estaban rotas o no. Sus negros rizos estaban impregnados de sudor, y la sangre le goteaba de las heridas que había recibido en la garganta y en las manos. El cimmerio levantó un brazo para tratar de librarse de los escombros que lo aprisionaban.

Entonces algo descendió de las estrellas y cayó a su lado sobre el césped. Conan se dio media vuelta y vio… ¡al ser alado! Con la velocidad de un rayo, el monstruo se precipitó sobre el cimmerio, que pudo ver fugazmente al ser que le atacaba: era una figura gigantesca, humanoide, de piernas arqueadas, peludos brazos atrofiados, enormes garras negras y una cabeza deforme en cuyo rostro solo se distinguía un par de ojos inyectados en sangre. Esa cosa no era humana, ni animal, ni demoníaca, aunque estaba dotada de características infrahumanas y sobrehumanas a la vez.

Pero Conan no tenía tiempo para reflexiones ni especulaciones. Extendió los brazos hacia la espada que estaba en el suelo, pero sus dedos, arqueados como garfios, no pudieron cogerla. Lleno de desesperación, trató de empujar el trozo de columna que inmovilizaba sus piernas y las venas de las sienes se le hincharon por el esfuerzo. El pesado bloque fue cediendo poco a poco, pero el cimmerio se dio cuenta de que antes de que pudiera liberarse, el monstruo estaría encima de él. Y sabía muy bien que aquellas negras garras significaban la muerte.

El ser alado no había dejado de volar. Se cernió durante unos instantes sobre el postrado cimmerio como una sombra negra, con los brazos extendidos… y de repente un fulgor blanco se interpuso entre Conan y el murciélago.

En un instante enloquecedor, ella estaba allí, con su cuerpo tenso y blanco, vibrante de fiero amor como una pantera. El asombrado cimmerio divisó entre su cuerpo y la muerte que se abalanzaba sobre él, el esbelto cuerpo blanco como el marfil; vio el resplandor de sus ojos oscuros a la luz de la luna, la espesa mata de cabellos sedosos y brillantes, el pecho jadeante y los labios entreabiertos, que lanzaron un grito agudo que resonó como el acero cuando ella se abalanzó sobre el pecho del monstruo alado.

—¡Belit! —exclamó Conan.

Ella dirigió una rápida mirada al cimmerio y sus hermosos ojos oscuros reflejaron toda la fuerza de su amor, un amor natural como el fuego ardiente y como la lava incandescente. Un momento después ella desapareció y el cimmerio solo vio al demonio alado que retrocedía dominado por un miedo insólito, con los brazos levantados como para defenderse de un ataque. Entonces Conan supo que Belit se hallaba realmente en la pira del *Tigresa*. En sus oídos resonó nuevamente la frase apasionada de la muchacha: «Si yo muero y tú tuvieras que luchar por tu vida, yo volvería del abismo para ayudarte…».

Al tiempo que lanzaba un grito terrible, el cimmerio apartó la piedra a un lado. El monstruo alado volvió a *atacar* y Conan saltó para enfrentarse con él, con la sangre inflamada por la furia. Los poderosos músculos de sus antebrazos se pusieron en tensión cuando empuñó la enorme espada y describió un arco mortal apoyándose en los talones. Su mandoble alcanzó al monstruo justamente encima de las caderas y lo dividió en dos; las piernas cayeron a un lado y el tronco hacia el otro.

Conan se quedó inmóvil bajo la silenciosa luz de la luna, con la espada apoyada en el suelo, contemplando los restos de su enemigo. Los incandescentes ojos rojos lo miraron durante unos instantes, luego se pusieron vidriosos y después se cerraron. Las grandes manos se estremecieron con un espasmo hasta que quedaron rígidas. La raza más antigua del mundo se había extinguido.

Conan levantó la *cabeza*, buscando maquinalmente a las bestias que habían sido esclavas y ejecutoras del monstruo alado. Pero no vio a ninguna de ellas. Los cuerpos que ahora vio tendidos sobre la hierba eran de hombres, no de bestias; hombres de rostros aguileños, de piel negra, traspasados por las flechas o destrozados por la espada. Y poco a poco se iban convirtiendo en polvo delante de sus ojos.

¿Por qué el amo alado no había acudido en ayuda de sus esclavos mientras Conan luchaba contra ellos? ¿Acaso temía ponerse al alcance de unos colmillos que podían volverse contra él?. La astucia y la cautela se habían albergado en aquel cráneo deforme, pero al final no le habían servido de nada.

El cimmerio dio media vuelta y se encaminó hacia los muelles

derruidos, llegó hasta la galera y subió a bordo. Hizo unos cuantos cortes en las cuerdas, y la nave quedó a la deriva. Luego se dirigió al puente. El *Tigresa* se balanceó sobre las turbias aguas y se deslizó lentamente hacia el centro del río, hasta que corriente lo arrastró. Conan se inclinó sobre el timón, al tiempo que su sombría mirada se clavaba en el cuerpo que se encontraba en la pira envuelto en su capa y rodeado de riquezas que valían el rescate de una emperatriz.

5. La pira funeraria

«Terminaron para siempre las aventuras; no se alzarán más los remos, ni ondearán las velas;
el pendón escarlata ya no será el terror de las costas oscuras; mares azules del mundo, recibid nuevamente en vuestro seno a la mujer que me habéis entregado».

(La canción de Belit)

El alba tiño nuevamente las aguas del océano de un tono violáceo. Un resplandor más rojo aún iluminó luego la desembocadura del río. Conan el cimmerio se apoyó sobre su espada, y desde la playa de arena blanca contempló al *Tigresa*, que se alejaba en su último viaje. No había luz en aquellos ojos que contemplaban las olas cristalinas. Sobre las ondulantes extensiones azules se alejaba toda su gloria y su alegría. Un estremecimiento le sacudió de pies a cabeza, mientras la verde superficie del mar se convertía en una misteriosa bruma de color púrpura.

Belit había formado parte del mar, al que había conferido esplendor y vitalidad. Sin ella, los océanos habrían sido una vasta extensión desolada y triste. La joven había pertenecido al mar y él la devolvía a su insondable misterio. No podía hacer más. Para Conan, el radiante esplendor azul era más odioso aún que los verdes bosques que susurraban a sus espaldas y a los que debía regresar.

No había nadie conduciendo el timón del *Tigresa*; ningún remo impulsaba la nave sobre las aguas. Pero un viento límpido y fresco henchía la gran vela de seda y, al igual que un cisne salvaje se remonta al cielo para buscar su nido, así avanzó la galera mar adentro mientras las llamas ascendían cada vez más alto desde la cubierta, lamiendo el mástil y envolviendo el cuerpo cubierto con

su capa de color escarlata.

Así desapareció la reina de la Costa Negra. Siempre apoyado en su espada manchada de sangre, Conan permaneció en silencio hasta que el rojo fulgor se hubo desvanecido entre las brumas azules del horizonte y el amanecer tiñó de rosa y oro la superficie del océano.

El valle de las mujeres perdidas

Robert E. Howard, 1967

Durante el tiempo que convivió con Belit, Conan se ganó el apelativo de Amra, el León, que le seguiría durante el resto de su vida. Belit ha sido el primer gran amor de su vida y después de su muerte el cimmerio no volverá al mar hasta pasados algunos años. Mientras tanto, se interna tierra adentro y se une a la primera tribu negra que le ofrece refugio, la de los belicosos bamulas. Al cabo de algunos meses ha luchado e intrigado hasta alcanzar el puesto de jefe de los guerreros de dicha tribu, cuyo poder crece rápidamente bajo la dirección del cimmerio.

El redoble de los tambores y el estruendo del gran cuerno de elefante era ensordecedor, pero en los oídos de Livia el clamor sonaba como un confuso murmullo, monótono y lejano. Estaba tendida sobre un lecho en la gran cabaña, sumida en un estado de delirio que bordeaba con el desvarío. Los ruidos del exterior apenas afectaban sus sentidos. Aunque se encontraba aturdida, su mente caótica estaba obsesionada todavía con el cuerpo desnudo y convulso de su hermano, por cuyos muslos temblorosos corría la sangre. Recortada sobre un oscuro fondo de formas y sombras enlazadas, aquella borrosa silueta blanca aparecía ante sus ojos con una implacable y aterradora nitidez.

El aire quieto parecía latir entre gritos de agonía mezclados con un rumor de risas demoníacas.

La muchacha no tenía consciencia de sus sensaciones como ente individual, separado y diferenciado del resto del cosmos. Se sentía embargada por una enorme tristeza y por un profundo dolor… Ella misma era un dolor cristalizado y hecho carne. Así pues, yacía

tendida al borde de la inconsciencia, sin pensar y sin moverse, mientras en el exterior resonaban los tambores y los cuernos, y las voces bárbaras entonaban cantos odiosos, al tiempo que los pies desnudos marcaban el ritmo golpeando la tierra dura y las manos palmeaban con suaves cadencias.

Pero finalmente la consciencia individual comenzó a manifestarse a través de su helada mente. Primero sintió un leve asombro al pensar que no había sufrido daños físicos. Aceptó esa especie de milagro sin agradecerlo. Actuando casi maquinalmente, se sentó en el lecho y se quedó mirando tristemente a su alrededor. Sus extremidades iniciaron unos movimientos débiles, como respondiendo a los centros nerviosos recién despiertos. Sus pies desnudos golpearon nerviosamente el suelo de tierra. Sus dedos se retorcieron convulsivamente sobre la falda de una ligera túnica corta que constituía su único atuendo. Recordó que una vez, y ello parecía haber ocurrido hace muchísimo tiempo, unas rudas manos le arrancaron el resto de la ropa del cuerpo, y que ella había llorado de miedo y de vergüenza. Le parecía extraño, ahora, que un hecho tan insignificante pudiera haberle causado tanta pena. Después de todo, la magnitud de la ofensa y la indignidad eran relativas, como muchas cosas.

La puerta de la choza se abrió y entró una mujer, una criatura ágil como una pantera, cuyo cuerpo esbelto y flexible brillaba como el ébano pulido, y estaba cubierto tan solo con un pequeño trozo de seda envuelto alrededor de sus estrechas caderas. El blanco de sus ojos reflejaba la luz de la hoguera del exterior, y su mirada era aviesa y maligna.

Llevaba en la mano un plato de bambú lleno de alimentos: carne caliente, batata asada y un trozo de pan rústico, así como una jarra de oro trabajado llena de una especie de cerveza conocida con el nombre de yarati. Depositó todo esto al lado del lecho, pero Livia no le prestó atención y siguió mirando fijamente hacia la pared de enfrente, cubierta de esteras hechas de cañas de bambú entrelazadas. La joven nativa rio, sus ojos lanzaron destellos y sus blancos dientes brillaron en la oscuridad. Y entonces, tras unas sibilantes palabras de desprecio y una caricia burlona que era más insultante que su lenguaje, se volvió y salió de la cabaña expresando mayor insolencia con el movimiento de sus caderas que

la que pudiera manifestar cualquier mujer civilizada con palabras e insultos.

Pero ni las palabras ni las acciones de la moza habían despertado la superficie de la consciencia de Livia. Todas sus sensaciones seguían vueltas hacia su interior, donde lo vivido de sus imágenes mentales hacía que el mundo real pareciera una escena irreal por la que desfilaban sombras y espectros. Comió con gestos maquinales y bebió sin apreciar el sabor de la cerveza.

Siempre con movimientos mecánicos, se levantó al fin, se acercó con paso inseguro a la pared de bambú y se puso a mirar a través de una grieta. Un cambio repentino en el redoble de los tambores y en el resonar de los cuernos hizo reaccionar algún oscuro rincón de su mente, y le hizo pensar casi sin proponérselo.

Al principio no alcanzó a comprender nada de lo que veía; todo resultaba caótico y sombrío. Los cuerpos se movían y se mezclaban, girando y haciendo contorsiones. Eran siluetas negras recortadas sobre un fondo de llamas rojizas cuyo resplandor aumentaba y disminuía. Luego las acciones y los objetos adquirieron sus propias dimensiones y Livia alcanzó a ver unos hombres y unas mujeres que se movían delante de la hoguera. La luz roja lanzaba destellos sobre los adornos de marfil y de plata; las plumas blancas ondeaban bajo el resplandor de la noche, y los cuerpos desnudos danzaban como si estuvieran tallados en la oscuridad de la noche y pintados en llamas de color carmesí.

Sentado sobre un escabel de marfil, flanqueado por gigantes tocados con plumas y cubiertos con pieles de leopardo, había un personaje repulsivo, obeso y achaparrado, con aspecto maligno, que parecía un enorme sapo que apestaba como los pantanos podridos de la selva. El individuo tenía las rechonchas manos colocadas sobre el arco abultado de su vientre; su pescuezo era un rollo de grasa que parecía proyectar su cilíndrica cabeza hacia adelante; sus ojos semejaban brasas ardientes y tenían una asombrosa vitalidad que contrastaba con la del resto de su grueso cuerpo, que daba la sensación de indolencia.

Cuando la mirada de la muchacha se posó en aquella figura, sus miembros se pusieron en tensión y la vida volvió a latir frenéticamente en su cuerpo. Dejó de ser un autómata inconsciente, y se transformó en un ser sensible de carne y hueso; sintió un

escalofrío y luego la sangre ardió en sus venas. El dolor fue sustituido por el odio, un odio tan intenso que a su vez se convirtió en dolor. Se sintió dura y quebradiza al tiempo, como si su cuerpo estuviera hecho de acero. Su aborrecimiento abarcaba todo su campo visual y se volvió tan tangible que pensó que el objeto de su odio caería muerto en su escabel tallado por la intensidad de sus sentimientos.

Pero si Bajujh, rey de Bakalah, sintió alguna molestia a causa de la concentración psíquica de su prisionera, lo cierto es que no lo demostró. Por el contrario, continuó atiborrando su boca de batracio con puñados de golosinas que le tendía en una bandeja una mujer arrodillada, y siguió mirando hacia el amplio camino que formaban sus súbditos al apiñarse en dos densas filas a ambos lados.

Livia comprendió vagamente que por aquel pasillo, flanqueado por una negra y sudorosa masa de hombres, iba a llegar algún personaje importante, a juzgar por el redoble estrepitoso de los tambores y el clamor de los cuernos. Y en ese momento apareció lo que los nativos estaban esperando.

Los guerreros negros avanzaron en una columna de tres en tres hacia el reyezuelo sentado en la silla de marfil; sus plumas y el fulgor de las lanzas destacaban entre la abigarrada turbamulta. A la cabeza de los lanceros de ébano avanzaba a grandes zancadas un hombre que hizo estremecer violentamente a Livia; su corazón pareció detenerse y luego volvió a latir frenéticamente. El recién llegado se distinguía con toda claridad del resto. Al igual que sus seguidores, llevaba un taparrabo de piel de leopardo y un gran adorno de plumas pero, a diferencia de los demás, era un hombre blanco.

No llegó hasta el escabel de marfil con aire de subordinado o de alguien que suplica, y cuando el recién llegado se detuvo delante del hombre achaparrado, se hizo un súbito silencio. Livia percibió la tensión que flotaba en el aire, si bien solo adivinaba vagamente lo que presagiaba. Durante un instante Bajujh permaneció sentado, con la gruesa cabeza vuelta hacia arriba, como un sapo descomunal; luego, como empujado contra su voluntad por la mirada firme y dominante del otro hombre, el reyezuelo se levantó con dificultad de su silla y se quedó de pie, haciendo una grotesca reverencia con la cabeza rapada. Enseguida se alivió la tensión. De las filas de los

habitantes de la aldea surgió un tremendo vocerío y, ante un ademán del desconocido, sus guerreros levantaron las lanzas y corearon a gritos un saludo para el rey Bajujh. Quienquiera que fuese el hombre blanco, Livia se dio cuenta de que debía de ser muy poderoso en aquella tierra, cuando Bajujh, el reyezuelo de Bakalah, se ponía de pie para recibirle. Y poder significaba prestigio militar, pues lo único que respetaban esos salvajes era la violencia.

Desde ese momento, Livia permaneció con los ojos pegados a la grieta de la pared de la choza, observando al forastero. Sus guerreros se mezclaron con los bakalahs y bailaron, comieron y bebieron cerveza con ellos. El hombre blanco, junto con algunos de sus jefes, se sentó con Bajujh y sus lugartenientes, con las piernas cruzadas sobre esterillas, y comieron y bebieron hasta hartarse. La joven vio que el hombre blanco hundía las manos en los cazos de comida, al igual que los demás, y bebía de la misma jarra de cerveza que Bajujh, pero notó que se le concedía el respeto debido a un rey. Puesto que no había otro escabel de marfil, Bajujh renunció al suyo y tomó asiento sobre la esterilla, junto a su invitado.

Cuando traían una nueva jarra de cerveza, el rey de Bakalah apenas la probaba y se la pasaba enseguida al hombre blanco. ¡Poder! ¡Todo aquel ceremonial apuntaba al poder…, la fuerza…, el prestigio! Livia tembló llena de excitación cuando comenzó a forjar un plan en su mente.

Siguió observando al hombre blanco con dolorosa intensidad, hasta que no hubo detalle alguno que pasara inadvertido para ella. Era alto; muy pocos de los gigantes negros que se encontraban a su alrededor le superaban en estatura o en corpulencia. Se movía con la agilidad de un enorme felino. Cuando las llamas se reflejaban en sus ojos, encendían en ellos un fuego azul. Llevaba unas sandalias atadas a sus piernas y de su enorme cinto colgaba una espada metida en una vaina de cuero. El visitante tenía un aspecto extraño y poco corriente. Livia jamás había visto a un hombre semejante, pero no se preocupó por saber a qué raza pertenecía. Le bastaba con que su piel fuera blanca.

Pasaron las horas y poco a poco fue disminuyendo la algarabía, ya que tanto los hombres como las mujeres se iban hundiendo en el sopor de la borrachera. Finalmente, Bajujh se puso en pie tambaleándose y levantó las manos, no para poner fin a la fiesta,

sino para indicar que se rendía en aquella competición de bebida y de comida. Luego, a punto de desplomarse, fue recogido por sus guerreros, que le llevaron hasta su choza. El hombre blanco también se levantó, sin dar aparentemente muestras de hallarse afectado por la enorme cantidad de cerveza que había bebido, y fue escoltado hasta la cabaña de invitados por algunos de los hombres de Bajujh que estaban en condiciones de hacerlo. Desapareció en el interior de la choza, y Livia advirtió que una decena de guerreros que habían llegado con él tomaban posiciones en torno a la cabaña, con sus lanzas preparadas. Era evidente que el extranjero no se fiaba demasiado de la amistad de Bajujh.

La muchacha recorrió la aldea con la mirada; parecía la representación de la noche del Juicio Final debido a la cantidad de cuerpos caídos que yacían en las calles. Ella sabía que numerosos centinelas en plena posesión de sus facultades cuidaban la empalizada exterior, pero los únicos hombres despiertos que vio allí eran los lanceros del hombre blanco… y algunos de estos comenzaban a dar cabezadas y a apoyarse perezosamente en el asta de sus lanzas.

Con el corazón latiendo intensamente, la joven se deslizó por la puerta trasera de su cabaña y pasó delante del centinela de Bajujh, que roncaba sonoramente. Livia atravesó el espacio que mediaba entre su choza y la del forastero como una sombra de marfil. Se arrastró de rodillas y avanzó hacia la parte posterior de la otra cabaña. Allí se hallaba un negro gigantesco en cuclillas, con la emplumada cabeza hundida entre las rodillas. La muchacha extremó sus precauciones cuando pasó delante de él y se acercó a la pared de la choza. Ella ya había estado encerrada en aquella cabaña, y sabía que había una estrecha abertura detrás de una esterilla que colgaba de una pared; esa grieta representaba su débil y patético intento de fuga. Encontró la abertura, se volvió de lado y, con movimientos sinuosos de su cuerpo flexible, se introdujo en la habitación.

El fuego de las hogueras del exterior iluminaba tenuemente el interior de la cabaña. Pero enseguida oyó una velada maldición, al tiempo que un puño de hierro la aferró por la cabellera y la arrastró hacia el centro de la choza.

Desconcertada ante la rapidez del extranjero, la joven se apartó

el cabello de los ojos y miró fijamente al hombre blanco, que la contemplaba asombrado con el rostro lleno de pequeñas cicatrices vuelto hacia ella. Tenía la espada desenvainada en la mano y sus ojos ardían como bolas de fuego, si bien no sabía si era de ira, recelo o sorpresa. El hombre le habló en una lengua que ella no entendió; no era gutural, como la de los negros, pero tampoco tenía un acento civilizado.

—¡Oh, te lo ruego! —suplicó ella—. No hables en voz alta. Nos van a oír…

—¿Quién eres? —preguntó el hombre, hablando en la lengua de Ofir, pero con acento bárbaro—. ¡Por Crom, jamás pensé encontrar una muchacha blanca en estas condenadas tierras!

—Me llamo Livia —repuso la joven—, y soy prisionera de Bajujh. ¡Oh, escucha, por favor, escúchame! No puedo estar aquí mucho tiempo; tengo que volver antes de que noten mi ausencia en la cabaña. Verás, mi hermano… —un sollozo ahogó sus palabras, pero luego continuó— mi hermano Theteles y yo pertenecíamos a la casa de Chelkus, una familia de sabios y de nobles de Ofir. Mediante un permiso especial del rey de Estigia, a mi hermano le permitieron ir a Kheshatta, la ciudad de los magos, a fin de que estudiara sus artes, y yo le acompañé. Theteles era solo un chiquillo, era menor que yo…

La muchacha titubeó y su voz volvió a quebrarse. El forastero no dijo nada, pero siguió mirándola con ojos ardientes, gesto severo y rostro inescrutable. Había algo salvaje e indómito en su expresión que asustaba a la muchacha y la ponía nerviosa.

—Los negros kushitas invadieron Kheshatta y la arrasaron —siguió diciendo Livia, hablando más rápidamente—. Nosotros justamente llegábamos a la ciudad con una caravana de camellos. Los soldados de la escolta huyeron, y los invasores nos capturaron y nos llevaron con ellos. No nos hicieron ningún daño y nos dieron a entender que parlamentarían con los estigios y aceptarían un rescate a cambio de nosotros. Pero uno de los jefes quería quedarse con todo el rescate, por lo que él y sus seguidores nos sacaron furtivamente del campamento una noche y huyeron con nosotros hacia el sureste, hasta llegar a las fronteras de Kush. Allí fueron atacados y aniquilados por una banda de guerreros bakalah. Theteles y yo fuimos arrastrados hasta esta guarida de bestias

salvajes… —la muchacha lloró convulsivamente—, y esta mañana mutilaron y mataron cruelmente a mi hermano delante de mí…

Livia se quedó en silencio; parecía haber perdido el hilo del relato, pero luego añadió:

—Arrojaron su cadáver descuartizado a los chacales. No sé cuánto tiempo estuve sin conocimiento…

Una vez más le faltaron las palabras. Levantó los ojos y vio el rostro ceñudo del extranjero. Entonces una furia incontenible embargó a la muchacha. Alzó los puños y golpeó el poderoso pecho del hombre blanco, que no pareció más afectado que si en su piel se hubiera posado una mosca.

—¿Cómo puedes quedarte ahí como un bruto insensible? —gritó ella tratando de no alzar demasiado la voz—. ¿Eres acaso una bestia salvaje como todos los demás? ¡Oh, Mitra, alguna vez pensé que los hombres sabían lo que era el honor! Ahora veo que todos tienen su precio. Tú…, ¿qué sabes tú del honor, de la compasión o de la decencia? Eres un bárbaro como los otros. Solo tu piel es blanca; pero tu alma es tan negra como la de ellos. ¡Poco te importa que un hombre de tu raza haya sufrido una muerte horrenda a manos de estos perros… y que yo sea su esclava! Muy bien.

La joven se separó de él y agregó:

—Voy a llegar a tu precio —dijo ella llena de ira al tiempo que desgarraba la ligera túnica que llevaba puesta, dejando al descubierto sus senos de marfil—. ¿No soy hermosa? ¿No soy más deseable que esas nativas? ¿No soy una recompensa digna por una muerte sangrienta? ¿No vale una virgen blanca el precio de matar a una persona? Entonces… ¡mata a ese perro negro de Bajujh! ¡Déjame que vea rodar su maldita cabeza por el polvo! ¡Mátalo! ¡Mátalo! —añadió golpeando un puño contra el otro, en frenética agonía—. Luego tómame y haz lo que quieras conmigo. ¡Seré tu esclava!

El hombre blanco continuó en silencio, siempre de pie, como un titán, con la mano sobre la empuñadura de la espada.

—Hablas como si fueras libre para entregarte a placer —dijo—, como si tu cuerpo tuviese el poder de hacer tambalear a un reino. ¿Por qué habría de matar a Bajujh a cambio de tu cuerpo? Las mujeres son tan baratas como las plantas en esta tierra, y tu complacencia me tiene sin cuidado. Te valoras demasiado. Si yo te

deseara, no tendría que tocarle ni un pelo a Bajujh para tomarte. Él te ofrecería a mí como obsequio con solo pedírselo. Livia suspiró. Todo su ímpetu había desaparecido. La cabaña parecía dar vueltas. Se tambaleó y se dejó caer llena de abatimiento sobre el lecho. La amargura la inundaba al comprender el absoluto desamparo en que se hallaba. La mente humana se aferra inconscientemente a ideas y valores conocidos, aun en un medio extraño y en condiciones muy diferentes de aquellas en las que dichos valores tienen vigencia. A pesar de todo lo que había vivido, Livia creyó instintivamente que su ofrecimiento tendría algún valor, y ahora se asombraba al ver que no tenía ninguna trascendencia. No podía mover a los hombres como si fueran peones de un juego; por el contrario, ella misma era uno de esos peones.

—Sí, es absurdo suponer que un hombre en este rincón del mundo actúe según las normas y costumbres existentes en otros países —murmuró Livia débilmente, apenas consciente de lo que estaba diciendo.

Aturdida por este nuevo giro del destino, permaneció inmóvil hasta que el hombre blanco la cogió por los hombros con manos férreas y la hizo poner de pie.

—Has dicho que soy un bárbaro —dijo él con aspereza—, y afortunadamente eso es cierto, gracias a Crom. Si tú hubieras tenido como escolta a gentes de tierras lejanas, en lugar de civilizados enclenques sin agallas, no serías la esclava de un cerdo esta noche. Yo soy Conan, un cimmerio, y vivo de lo que me da al filo de la espada. Pero no soy tan cruel como para dejar a una mujer en manos de un salvaje, y a pesar de que me insultes y me consideres un ladrón, debes saber que jamás he tomado a una mujer sin su consentimiento. Las costumbres difieren de un país a otro, pero si un hombre es lo suficientemente fuerte, podrá hacer respetar sus propias costumbres allí donde vaya. ¡Y nadie me ha llamado jamás cobarde! Aun cuando fueras vieja y fea como los buitres del infierno, te llevaría lejos de aquí y de Bajujh simplemente por tu raza. Pero eres joven y hermosa, y he visto tantas mujerzuelas nativas que estoy harto. Seguiré el juego según tus reglas, simplemente porque tu manera de pensar concuerda en parte con la mía. Regresa a tu choza. Bajujh está demasiado borracho esta noche para ir a buscarte, y procuraré que mañana esté ocupado. Pero

mañana por la noche calentarás mi lecho, y no el de Bajujh.

—¿Cómo lo conseguirás? —preguntó ella temblando a causa de los sentimientos encontrados que la embargaban—. ¿Son esos todos los hombres que tienes?

—Son suficientes —respondió él con un gruñido—. Son bamulas y han mamado la guerra desde que nacieron. Yo he venido aquí a petición de Bajujh. Quiere que nos unamos para atacar a los jihiji. Esta noche han sido las fiestas; mañana celebraremos el consejo. Cuando terminemos, Bajujh estará celebrando consejo en el infierno.

—¿Romperás el pacto?

—En estas tierras, los pactos solo sirven para ser rotos —repuso hoscamente—. Él mismo va a romper su tregua con los jihiji. Y después que hayamos saqueado juntos su aldea, seguramente tratará de eliminarme a la primera oportunidad. Lo que en otro país se considera una negra traición, aquí es una muestra de sabiduría. He alcanzado mi posición de jefe guerrero de los bamulas con esfuerzo después de aprender todas las lecciones que nos enseñan los pueblos negros. ¡Ahora regresa a tu cabaña y duerme tranquila, sabiendo que tu belleza no será para Bajujh, sino para Conan!

Livia siguió mirando a través de las cañas de bambú durante todo el día, temblando y con los nervios en una tensión insoportable. Desde que se despertaron las gentes de la aldea, extenuadas y embrutecidas por el alcohol después de la agotadora noche anterior, no habían hecho otra cosa que prepararse para la fiesta de la noche siguiente. Conan el cimmerio permaneció todo el día en la cabaña de Bajujh, y Livia no pudo saber lo que había ocurrido entre ellos. Procuró ocultar su excitación nerviosa delante de la única persona que entraba en la choza —la hostil nativa que le traía la comida—, pero esta estaba demasiado afectada aún por las libaciones de la noche anterior para apreciar cualquier cambio en el estado de ánimo de la prisionera.

Volvía a caer la noche. Las hogueras iluminaron la aldea y los jefes abandonaron la cabaña del reyezuelo y se sentaron en el espacio abierto que había delante de las chozas, con el fin de celebrar la última reunión, de carácter ceremonial. Esta vez se bebió mucho menos. Livia notó que los bamulas se aproximaban inadvertidamente al círculo de los jefes. Vio a Bajujh y frente a él,

al otro lado de los cazos de comida, divisó a Conan, que reía y hablaba animadamente con el gigantesco Aja, el jefe guerrero de Bajujh.

El cimmerio roía un enorme hueso, y de pronto lanzó una mirada por encima de su hombro. Como si fuera una señal que hubieran estado esperando, los bamulas volvieron la cabeza hacia su jefe. Conan se puso de pie, siempre sonriendo, como si quisiera acercarse a uno de los calderos que estaba algo más alejado. Entonces, con la rapidez de un felino, asestó un terrible golpe a Aja con el enorme hueso. El jefe guerrero de los bakalahs se desplomó con el cráneo roto y un alarido estremecedor rasgó el cielo nocturno cuando los bamulas entraron en acción como panteras sedientas de sangre.

Los calderos volcados escaldaron a las mujeres que estaban sentadas; las paredes de bambú se desplomaron bajo el impactó de los cuerpos que se abalanzaban sobre ellas; lamentos agónicos cortaban el aire como cuchillos, y por encima de todo se oía el grito de guerra aterrador de los enloquecidos bamulas, cuyas lanzas estaban tan rojas como las llamas que las iluminaban.

Bakalah era como un manicomio convertido en una ruina de color escarlata. La acción de los visitantes había paralizado a los infortunados nativos porque nadie esperaba aquel desenlace. En ningún momento habían pensado los anfitriones en un ataque. La mayor parte de las lanzas estaba dentro de las chozas, y muchos guerreros ya estaban borrachos. La caída de Aja fue la señal que dio comienzo a la masacre.

Desde su lugar de observación, Livia se quedó helada, pálida como una estatua, con los dorados cabellos en desorden y los puños oprimiendo sus sienes. Tenía los ojos muy abiertos y su cuerpo estaba completamente rígido. Los lamentos de las víctimas y los gritos de los atacantes torturaban sus nervios como si se tratara de un tormento físico. Los cuerpos acuchillados que se agitaban espasmódicamente se borraron de sus ojos, pero luego adquirieron una espantosa nitidez. Vio las lanzas que se hundían en los negros cuerpos que se retorcían salpicando sangre. Vio las mazas que se abatían con una fuerza brutal sobre los cráneos. Los tizones salían despedidos a puntapiés de las hogueras y esparcían una lluvia de chispas; los techos de las cabañas humearon y luego empezaron a

arder. Unos alaridos estridentes de angustia y de horror comenzaron a resonar cuando las víctimas, aún vivas, eran arrojadas de cabeza contra las chozas llameantes. El olor a carne quemada comenzaba a enrarecer el aire, ya fétido a causa del sudor y de la sangre derramada.

Finalmente, los tensos nervios de Livia cedieron, y fue ella quien comenzó a gritar como una poseída, entre el crepitar de las llamas y el clamor de la batalla. Se golpeó las sienes con los puños cerrados y sus alaridos se convirtieron en una risa histérica; daba la impresión de que había perdido el juicio. La muchacha se repetía en vano que eran sus enemigos los que morían de aquella forma horrible, que estaba ocurriendo lo que ella había deseado y planeado, y que el sacrificio atroz que estaba presenciando era el justo castigo por los males que le habían infligido a ella y a los suyos. Pero a pesar de estas consideraciones, un terror ciego se había apoderado de ella.

Era consciente de que no habría ninguna piedad para las víctimas, que morían a mansalva bajo las lanzas implacables. Su única sensación, en ese momento, era un profundo miedo irracional y enloquecedor. Vio a Conan como una blanca silueta recortada contra los cuerpos de los negros. Vio centellear su espada, y los hombres caían como moscas a su alrededor. A continuación divisó un cuerpo obeso que se arrastraba por el suelo, cerca del fuego. Conan saltó hacia allí, pero quedó oculto tras unos cuerpos negros en movimiento. Se oyó un chillido agudo, y Livia vio fugazmente el grueso cuerpo del reyezuelo que caía al suelo chorreando sangre. Luego los bamulas siguieron luchando con los bakalahs, y el acero cortaba el aire como una flecha en la oscuridad.

Inmediatamente después, la muchacha escuchó un alarido triunfal y primitivo. Conan se abría paso entre la multitud y se dirigía hacia la cabaña en la que se encontraba la muchacha. En la mano traía algo… A la luz de las llamas Livia pudo ver que se trataba de la cabeza del rey Bajujh. Tenía los ojos vidriosos vueltos hacia arriba, mostrando solo el blanco; la mandíbula colgaba suelta como en una mueca trágica, y del cuello cortado caían gruesas gotas de sangre.

Livia retrocedió lanzando un gemido. Conan había cumplido su promesa y ahora venía a reclamar su pago sosteniendo en la mano la prueba de que lo había realizado. Dentro de poco él la tocaría

con sus dedos manchados de sangre y la besaría con aquella boca que aún jadeaba por el esfuerzo de la matanza. Este pensamiento provocó el delirio en ella.

La joven lanzó un grito de espanto, corrió por la choza y se arrojó contra la puerta posterior, que se desplomó bajo el impacto del golpe. Una vez fuera, Livia huyó a través de la aldea como un blanco fantasma en un reino de sombras negras y de llamas rojas.

Algún oscuro instinto la llevó hasta las caballerizas. Un guerrero, que en aquel momento derribaba la valla, lanzó un grito de asombro cuando vio pasar corriendo a su lado a Livia. Su mano aferró el cuello de la túnica de la joven. Con un tirón frenético, esta consiguió liberarse, dejando la prenda en las manos del negro. Los caballos relincharon e iniciaron una rápida estampida; pasaron al lado de ella y arrollaron al desprevenido guerrero. Los animales estaban aterrados por el fuego y por el intenso olor a sangre que había en el lugar.

La muchacha se aferró ciegamente a las crines de un caballo que pasaba; fue levantada en vilo y volvió a caer de pie; luego dio un salto y, con gran esfuerzo, consiguió montar sobre el lomo del negro corcel. Presas de pánico, los animales del tropel cruzaron las llamas y levantaron una lluvia de chispas con los cascos. Las gentes de color vieron asombrados a la muchacha desnuda que cabalgaba a pelo sobre el caballo, con su melena dorada ondeando al viento. El caballo cruzó la empalizada con un salto impresionante y se perdió en el aire cálido de la noche.

Livia no hizo intento alguno de guiar a su caballo. Los gritos y el resplandor del fuego se desvanecían a sus espaldas; el viento agitaba sus cabellos y acariciaba sus miembros desnudos. Solo era consciente de su desesperada necesidad de seguir aferrada a las ondulantes crines del animal y de huir…, huir hasta los confines del mundo, lejos del dolor, de la pena y del horror.

El animal cabalgó sin descanso durante horas, hasta que tropezó con una piedra y se desplomó, arrojando a su jinete al suelo.

La muchacha notó que caía sobre el suave césped, donde permaneció unos instantes aturdida. Luego oyó que el animal se alejaba trotando. Cuando Livia se incorporó, tambaleándose, lo primero que le impresionó fue el silencio que reinaba en aquel lugar. Era algo casi tangible, como un suave y oscuro terciopelo,

que resaltaba aún más después del incesante redoblar de los tambores y del resonar de los cuernos que la enloquecieron durante días. La joven miró al cielo, donde las grandes estrellas blancas se apiñaban en la oscuridad del firmamento. No había luna, pero el fulgor de las estrellas iluminaba tenuemente la tierra. Livia siguió inmóvil en la colina cubierta de césped sobre la que había caído y desde la cual las laderas se alejaban hacia el horizonte. Alcanzó a ver una línea oscura de árboles que señalaban el lugar en el que comenzaba la selva. Allí donde estaba solo reinaba la quietud total en la inmensidad de la noche y una suave brisa mecía la hierba.

La tierra era vasta y parecía adormecida. La caricia del viento hizo que Livia notara su desnudez. Se estremeció y se cubrió el cuerpo con las manos. Se sentía abrumada por la soledad y el silencio. Estaba completamente sola en lo más alto de la tierra y nada se ofrecía a su vista, salvo la noche y el viento.

De pronto se sintió contenta por aquella soledad. Allí no había nadie que la amenazara ni la aferrara con manos rudas y violentas. Miró hacia adelante y vio que la falda de la colina descendía hacia un amplio valle en el que los árboles se cimbreaban y el tenue fulgor de las estrellas se reflejaba sobre lo que parecían ser flores esparcidas por el fondo del valle. Esto le trajo a la memoria un relato de los negros, que hablaban con temor de cierta vaguada en la que habitaba una extraña raza de mujeres jóvenes de piel bronceada que llevaban viviendo en aquel lugar desde antes que llegaran los antepasados de los bakalahs. Allí —decían ellos— las mujeres fueron transformadas en flores blancas por los antiguos dioses, a fin de que pudieran escapar de sus perseguidores. Ningún nativo osaba aventurarse en aquel valle.

Pero Livia se dirigió hacia allí. Descendió por la pendiente cubierta de césped, que era como una alfombra de terciopelo a sus pies. Deseaba vivir entre aquellas flores blancas; allí ningún hombre se atrevería a poner sus rudas manos encima de ella. Conan había dicho que los pactos estaban hechos para ser rotos. Ella rompería su pacto con el cimmerio y se internaría en el valle de las mujeres perdidas… para perderse en medio de la soledad y de la quietud. La muchacha seguía descendiendo por la suave pendiente mientras estos pensamientos oníricos e inconexos afloraban a su mente, hasta que llegó al valle.

Pero la inclinación de la ladera era tan imperceptible que cuando Livia estuvo en el fondo de la hondonada no tuvo la sensación de estar rodeada de abruptas paredes rocosas. A su alrededor flotaban mares de sombras y solo destacaban las grandes flores blancas, que se agitaban y susurraban como saludándola. La joven vagó sin rumbo fijo, apartando las matas con sus delicadas manos y escuchando el susurrar del viento entre las hojas y el borboteo de un arroyuelo que no alcanzaba a ver. Siguió avanzando como en un sueño, como si estuviera dominada por un hechizo irreal. Un pensamiento volvía una y otra vez a su mente: allí estaría a salvo de la brutalidad de los hombres. Entonces lloró, pero sus lágrimas eran de alegría. Después se tendió sobre el césped y se apretó contra la suave hierba como si quisiera retener para siempre en su seno el recién hallado refugio.

Hizo una corona de pétalos blancos con las flores, que colocó sobre sus dorados cabellos. El perfume de las flores estaba a tono con todo lo que había en aquel valle: era maravilloso, sutil, cautivante. Luego continuó su marcha y llegó finalmente a un claro situado en el centro de la hondonada. Allí vio una enorme piedra que parecía tallada por manos humanas y que estaba adornada con helechos y con guirnaldas de flores. Se quedó mirando en esa dirección, y de pronto sintió que algo se movía cerca de allí.

Se volvió y divisó unas siluetas que salían sigilosamente de las densas sombras. Eran unas esbeltas mujeres de piel cobriza, estaban desnudas y llevaban flores en el pelo. Se acercaron a ella sin hablar, como personajes de un sueño. Pero de pronto el terror se apoderó de la muchacha cuando miró a las mujeres a los ojos. Eran ojos luminosos y radiantes, pero no eran humanos. Las formas eran humanas, pero en aquellas almas se había producido un cambio que se reflejaba en sus ojos resplandecientes. El temor hizo presa en Livia. La serpiente alzaba su espantosa cabeza en el recién hallado paraíso.

Pero ya no podía huir. Las esbeltas mujeres de piel bronceada la rodeaban. Una, más hermosa que las demás, se acercó en silencio a la temblorosa muchacha y la envolvió con sus delicados brazos cobrizos.

Su aliento tenía el mismo aroma que las flores blancas que se agitaban bajo la brisa nocturna. Sus labios oprimieron los de Livia

en un beso largo y terrible. La muchacha blanca de Ofir sintió que un frío extraño le helaba la sangre. Sus miembros se volvieron frágiles y quebradizos. Permaneció en los brazos de su captora como una estatua de mármol, incapaz de hablar y de moverse.

Luego, unas manos suaves y ágiles la alzaron y la colocaron encima del altar, sobre un perfumado lecho de flores. Las cobrizas mujeres se cogieron de la mano y bailaron una extraña danza, alrededor del altar. Ni el sol ni la luna habían visto jamás una danza semejante, y las estrellas se volvieron más blancas y más luminosas, como si aquella oscura hechicería tuviese su respuesta en las profundidades del cosmos.

Luego entonaron un cántico que era menos humano que el rumor del lejano arroyo. Era un murmullo de voces muy semejante al de las flores que se mecían bajo las estrellas. Livia estaba consciente, pero era incapaz de moverse. No se le ocurrió dudar de su cordura. No intentó razonar ni pretendió analizar nada de lo que ocurría. Ella existía, al igual que aquellas extrañas criaturas que bailaban a su alrededor, existían. Tenía pleno conocimiento de su ser, y esta convicción se apoderaba de ella mientras yacía impotente mirando hacia el cielo lleno de estrellas. Sabía de alguna manera que algo le iba a suceder, del mismo modo que les había ocurrido hacía mucho tiempo a las desnudas mujeres bronceadas que se hallaban a su alrededor y que las había convertido en los seres sin alma que eran ahora.

Primero, y muy por encima de ella, Livia vio un punto negro entre las estrellas, un punto que se agrandaba y se expandía; luego se acercó a ella y se extendió hasta semejar un murciélago, y siguió creciendo, a pesar de lo cual su forma no cambió apreciablemente. La sombra negra se cernía sobre ella y después se abatió vertiginosamente en dirección a la tierra; unas alas enormes se extendieron por encima de la muchacha, que quedó oculta bajo su sombra. El cántico creció en intensidad y se apreciaba en él una suave alegría pagana, una bienvenida al dios que llegaba para recibir el sacrificio que se le ofrecía, la ofrenda blanca y sonrosada como una flor humedecida por el rocío del alba.

Ahora el extraño ser se encontraba directamente encima de Livia, y el corazón de la muchacha se encogió helado por lo que vio. Las alas eran de murciélago, pero su cuerpo y el rostro que la

contemplaba no se parecían a nada de lo que existe en el mar, en la tierra o en el aire. La joven sabía que estaba frente al horror más absoluto, frente a una cosa negra y asquerosa nacida en los hondos abismos del cosmos, más inconcebible que el más espantoso de los sueños de un loco.

Rompiendo al fin las ligaduras invisibles que mantenían embotada su voluntad, Livia lanzó un grito de horror. Este fue contestado por otro más profundo y amenazador. Oyó cerca de ella el ruido de pasos precipitados y sintió como una especie de torbellino que giraba rápidamente. Las flores blancas se sacudieron violentamente, las mujeres cobrizas desaparecieron. Por encima de ella se cernía la enorme sombra negra, pero vio una alta silueta blanca tocada con ondulantes plumas que avanzaba rápidamente hacia el altar.

—¡Conan! —gritó casi involuntariamente.

Al tiempo que lanzaba un belicoso grito salvaje, el bárbaro saltó por los aires, empuñando su espada, que centelleó a la luz de las estrellas.

Las enormes alas negras se alzaron y se abatieron sobre él. Livia, enmudecida de horror, vio al cimmerio envuelto por la negra sombra. La respiración del hombre se hizo jadeante y sus pies golpearon la tierra, aplastando las blancas flores contra el suelo. En el silencio de la noche se oyó el eco del impacto estremecedor. Conan fue zarandeado como un ratón en la boca de un animal salvaje. Su sangre salpicó el césped y manchó de rojo los pétalos que formaban una alfombra blanca sobre la tierra.

Y entonces la muchacha, que observaba la lucha infernal como en una pesadilla, vio que la cosa de alas negras se tambaleaba en el aire. Se oyó un forcejeo supremo y un chasquido de alas mutiladas, y el monstruo, libre ya, se remontó hacia el firmamento y desapareció entre las estrellas. El vencedor quedó aturdido, con la espada aferrada fuertemente en sus manos y las piernas muy abiertas, asombrado de la victoria que acababa de conseguir, pero alerta y dispuesto a continuar la atroz batalla, si fuera necesario.

Un segundo después, Conan se acercó al altar jadeando, mientras caían al suelo gruesas gotas de sangre a cada paso que daba. Su amplio pecho se ensanchaba y se contraía, brillante por el sudor que lo bañaba. La sangre le chorreaba del cuello y de los

hombros, empañándole los brazos. Cuando el cimmerio tocó a la muchacha, el hechizo que la inmovilizaba desapareció repentinamente. Livia se incorporó y descendió del altar, pero retrocedió ante el contacto de la mano de Conan. Él se inclinó hacia la joven, que se hallaba encogida a sus pies, y le dijo:

—Mis hombres me contaron que te vieron salir a caballo de la aldea. Te seguí en cuanto pude hasta que hallé tu rastro, si bien no fue fácil a la luz de la antorcha. Vi el lugar en el que el caballo te arrojó al suelo, y aunque no vi tus huellas allí, estaba seguro de que habías descendido al valle. Mis hombres no quisieron acompañarme, por lo que he tenido que venir solo. Pero dime ¿qué valle es este? ¿Qué era esa cosa?

—Es un dios —susurró ella—. Los negros me habían hablado de él. Es un dios que llegó de muy lejos, hace muchísimo tiempo.

—Es un demonio del Negro Espacio Exterior —dijo Conan lanzando un gruñido—. Bah, no es nada raro. Abundan como moscas más allá del cinturón de luz que rodea al mundo. He oído a los sabios de Zamora hablar de ellos. Algunos logran llegar a la tierra, pero cuando lo hacen, han de adoptar alguna forma terrenal. Un hombre como yo, con una espada como la mía, puede enfrentarse a cualquier tipo de engendro con garras y colmillos, sea infernal o terrenal. Ven, mis hombres me esperan del otro lado de la colina.

Livia se acurrucó, inmóvil y en silencio. No sabía qué decirle al hombre que la miraba con el ceño fruncido. Finalmente la muchacha dijo:

—He huido de ti. Pensaba engañarte; no tenía intenciones de cumplir mi promesa. Puedes castigarme, si quieres.

El cimmerio se sacudió el sudor y la sangre que le cubrían el rostro, envainó la espada y dijo:

—Levántate. Reconozco que mi trato no era limpio. No siento ningún remordimiento por lo que le hice a aquel perro negro de Bajujh, pero tú no eres una muchacha que se pueda comprar o vender. Las costumbres de los hombres varían de un lugar a otro, pero no hay que comportarse como un cerdo. Después de haber recapacitado, comprendí que obligarte a cumplir tu promesa sería lo mismo que forzarte. Además, no eres lo suficientemente fuerte como para vivir en estas tierras. Eres una mujer de ciudad, de libros

y de costumbres civilizadas; no es culpa tuya, pero seguramente morirías enseguida en este ambiente. Y de nada me serviría una muchacha muerta. Ven, te llevaré hasta la frontera de Estigia. Desde allí podrás regresar a tu hogar, en Ofir.

—¿Mi hogar? ¿Ofir? ¿Mi gente? —repitió la joven mecánicamente—. Ciudades, torres, mi hogar…

Súbitamente las lágrimas inundaron sus ojos y, cayendo de rodillas, Livia se abrazó a las piernas del cimmerio llorando desconsoladamente.

—Por Crom, muchacha —dijo él turbado—. No hagas eso. ¿Crees que te estoy haciendo un favor al llevarte fuera de este país? Pues no; ¿no te he explicado ya que no eres la mujer adecuada para el jefe guerrero de los bamulas…?

El castillo del horror

L. Sprague de Camp & Lin Carter, 1969

Antes de poder llevar a cabo sus proyectos de crear un imperio negro bajo su mando, Conan ve frustrados sus planes por una sucesión de acontecimientos catastróficos y especialmente a causa de las intrigas de los enemigos que tiene entre los bamulas. Muchos de ellos están resentidos por su creciente influencia en la tribu, y más aún tratándose de un extranjero. Obligado a huir, se dirige hacia el norte atravesando la selva ecuatorial y las vastas y fértiles praderas, hasta llegar al reino semicivilizado de Kush.

1. Ojos ardientes

Más allá de los insondables desiertos de Estigia se encuentran las vastas praderas de Kush. Durante cientos de leguas no se ven más que interminables extensiones de tierra cubiertas de espesa hierba. Aquí y allá se alza algún árbol solitario que rompe la suave monotonía de la planicie: acacias espinosas, dragos de hojas afiladas, lobelias de color esmeralda y tártagos venenosos. De vez en cuando un riachuelo se abre paso a través de la pradera, dando lugar a un bosquecillo a lo largo de sus orillas. Manadas de cebras, antílopes, búfalos y otros habitantes de las sabanas cruzan el llano y pastan en sus campos.

Las hierbas susurraban y se mecían al impulso de los vientos que soplaban bajo un cielo insondable de color cobalto oscuro, en el que ardía intensamente un sol tropical. De cuando en cuando las nubes parecían hervir en las alturas; una breve tormenta rugía y tronaba con una furia estremecedora, para desvanecerse en el cielo azul con la misma rapidez con la que había llegado.

Una figura solitaria y silenciosa recorría la planicie sin límites al morir el día. Era un joven gigantesco, cuyos músculos de acero se marcaban bajo su piel bronceada, en la que destacaban algunas cicatrices de viejas heridas. Tenía espaldas anchas y piernas largas, y el pequeño taparrabo que llevaba por toda vestimenta, además de las sandalias, ponía de manifiesto su espléndido físico. El pecho, los hombros y la espalda estaban tan quemados por el sol que parecía un negro habitante de aquellas tierras.

Los rizos de su negra cabellera rebelde enmarcaban un rostro hosco e impasible. Debajo de sus oscuras cejas se movían inquietos unos ardientes ojos azules de fiera mirada, observándolo todo mientras avanzaba por la llanura con paso ágil e incansable. Pronto caería la noche en Kush, y el peligro y la muerte se cernirían sobre

la tierra con sus alas amenazadoras en busca de su presa.

Pero el viajero solitario, llamado Conan el cimmerio, no tenía miedo. Bárbaro entre los bárbaros, criado en las montañas inhóspitas de la remota Cimmeria, tenía una resistencia de hierro y la fiera vitalidad de la naturaleza salvaje, lo que le permitía sobrevivir allí donde los hombres civilizados hubieran muerto miserablemente, a pesar de ser más sabios, corteses y refinados. Aunque hacía ocho días que Conan se había puesto en camino, sin más alimentos que la caza que se procuraba con el arco bamula que llevaba cruzado a la espalda, sus fuerzas estaban muy lejos de llegar al límite.

Conan estaba habituado a la vida dura y espartana de la estepa. Aunque había conocido la comodidad y el lujo en muchas ciudades del mundo civilizado, no los echaba de menos. Siguió avanzando hacia el lejano horizonte, ahora oscurecido por una densa bruma de color púrpura.

Detrás de él quedaban las selvas impenetrables en las que crecían fantásticas orquídeas entre el sombrío follaje y donde las tribus negras llevaban una vida precaria; donde reinaba el silencio solo interrumpido por el rugido del leopardo acorralado, el gruñido del jabalí, el trompetazo metálico del elefante y los chillidos de algún mono furioso. Había vivido allí durante más de un año, como jefe guerrero de la poderosa tribu bamula. Finalmente los astutos brujos negros, envidiosos de su creciente poder y resentidos por el desprecio no disimulado que manifestaba hacia sus dioses y sus ritos crueles y sanguinarios, habían envenenado la mente de los bamulas, a los que indispusieron contra su jefe blanco.

El hecho se había producido de la siguiente manera. Las tribus de la selva estaban pasando por un interminable período de sequía. Al mermar la corriente de los ríos y secarse los pozos, estalló una guerra sangrienta entre las distintas tribus negras, cada una de las cuales deseaba asegurarse las fuentes del precioso líquido. Ardieron aldeas, clanes enteros fueron aniquilados, y a continuación vino la secuela habitual de la sequía, del hambre y de la guerra: las plagas que asolaron la región.

Las lenguas maliciosas de los astutos hechiceros, atribuyeron todas estas calamidades a la presencia de Conan. Aseguraron que había sido él quien había atraído todos estos desastres sobre los

bamula. Los dioses estaban enojados al ver que un extranjero de piel blanca había usurpado el trono a una larga dinastía de jefes bamulas. Dijeron que había que matar a Conan con miles de tormentos sobre los negros altares de los dioses demoníacos de la selva, o de lo contrario no quedaría un solo bamula con vida.

Sin dejarse intimidar por el horrendo destino que proyectaban para él, Conan dio una respuesta rápida y aplastante. Acabó con la vida del sumo sacerdote y hechicero principal de la tribu con su enorme espada afilada. Luego derribó el ídolo manchado de sangre del dios bamula sobre los chamanes y huyó hacia la densa selva. Avanzó con dificultad hacia el norte hasta que, después de andar muchas leguas, llegó a la zona en la que el frondoso bosque comenzaba a ralear, hasta dar paso a vastas praderas. Ahora intentaba cruzar a pie la sabana para llegar hasta el reino de Kush, donde su fuerza titánica y el filo de su espada le podrían proporcionar una plaza al servicio de los oscuros monarcas de esa antigua tierra.

De repente dejó de pensar en el pasado para volver al presente, ante la inminencia del peligro. Su primitivo instinto de supervivencia puso al cimmerio sobre aviso. Se detuvo y miró a su alrededor, hacia las sombras alargadas que arrojaba el sol poniente. Se le pusieron los pelos de punta en presencia de una amenaza invisible. El gigantesco bárbaro aspiró suavemente el aire a través de su sensible nariz y escrutó el entorno con sus ojos agudos y fogosos. Aunque no alcanzó a ver ni oler nada extraño, su instinto de bárbaro le decía que un misterioso peligro se cernía sobre él. Sintió que unos ojos invisibles le miraban de cerca y se volvió a tiempo para ver un par de enormes esferas luminosas que brillaban en la oscuridad.

Pero las relucientes cuencas desaparecieron enseguida. Esta visión fue tan breve que estuvo a punto de considerarla como un producto de su imaginación. Siguió caminando, pero ahora estaba en guardia. Poco después, unos ojos resplandecientes volvieron a espiarlo desde la densa vegetación. Una sombra oscura y sinuosa se deslizó detrás de él con pasos sigilosos. Le seguían los leones de Kush, hambrientos de carne fresca y sedientos de sangre caliente.

2. El circulo de la muerte

Una hora más tarde, la noche había descendido sobre la sabana y solo quedaba una estrecha franja de un resplandor rojizo en el horizonte occidental sobre el que alzaba su retorcido tronco oscuro algún árbol aislado. Conan se hallaba en el límite de sus fuerzas. Por tres veces las leonas se abalanzaron sobre él desde las sombras y tres veces el cimmerio las rechazó con las flechas mortíferas de su arco. Aunque resultaba difícil apuntar en la oscuridad, el poderoso rugido de las fieras le indicó las tres veces dónde se hallaba su blanco, si bien no sabía si había matado o solo herido a los temibles animales.

Pero ahora se le habían terminado las flechas y sabía que era solo una cuestión de tiempo. Los silenciosos felinos lo atacarían inexorablemente. En ese momento seguían su rastro unos ocho o diez leones, y hasta el valiente bárbaro sintió una punzada de desesperación. Pensó que aun cuando su espada diera cuenta de uno o dos de los atacantes, el resto podría despedazarlo antes de que él pudiera defenderse. Conan ya se había enfrentado con leones anteriormente y conocía su fuerza colosal, que les permitía arrastrar una cebra muerta con la misma facilidad con que lo hace un gato con un ratón. Aunque Conan era uno de los hombres más fuertes de su tiempo, una vez que un león clavara las garras y los dientes en su carne, esa fuerza sería tan efectiva como la de un niño.

El cimmerio echó a correr. Mantuvo el ritmo durante casi una hora y recorrió muchas leguas a grandes pasos. Al principio avanzó sin dificultad, pero ahora se hacía sentir la huida a través de la selva, así como los ocho días de marcha. Su mirada se tornaba borrosa y le dolían las piernas. Con cada latido de su corazón parecían desvanecerse las pocas fuerzas que le quedaban.

Suplicó a los dioses bárbaros que hicieran salir la luna detrás de

las nubes tormentosas que cubrían la mayor parte del cielo. Rogó por que un árbol o una colina rompieran la uniformidad de la planicie, o siquiera una roca contra la cual apoyar su espalda, lo que le permitiría resistir el ataque de los leones.

Pero los dioses no le escucharon. En aquella zona no había más que pequeños árboles llenos de espinas de unos dos metros de altura, que extendían sus ramas horizontalmente como si fueran hongos. En caso de que consiguiera trepar esos árboles, a pesar de las espinas, los leones podrían saltar fácilmente sobre él y arrojarle al suelo. Los únicos montículos que se veían allí eran nidos de termitas, algunos de cierta altura, pero muy pequeños para fines defensivos. No le quedaba más remedio que seguir corriendo.

A fin de aligerarse, Conan había desechado el enorme arco de caza en cuanto hubo lanzado la última flecha, si bien sintió gran pesar por tener que deshacerse de un arma tan espléndida. Luego se libró del carcaj y de las correas de cuero. Ahora solo le quedaban el simple taparrabo de piel de leopardo, unas sandalias, la bota de piel de cabra para el agua y la pesada espada que llevaba en la mano. Tener que abandonar esta arma habría significado renunciar a su última esperanza.

Los leones casi le pisaban los talones. Podía percibir el fuerte olor de sus cuerpos y oír su jadeante respiración. En cualquier momento se abalanzarían sobre él, y tendría que iniciar la violenta lucha final en defensa de su vida.

El bárbaro esperaba que los leones siguieran su antigua táctica de ataque. El macho más viejo, es decir, el jefe del grupo, avanzaría directamente detrás de él, y los machos jóvenes lo harían por los flancos. Las leonas más rápidas correrían por delante y a ambos lados, formando una media luna, hasta que estuvieran muy por delante de él; luego cerrarían el círculo y lo atraparían. En ese momento todos los animales se abalanzarían a la vez sobre su presa, impidiéndole cualquier tipo de defensa.

Súbitamente la tierra se inundó de luz. La esfera plateada de la luna apareció por encima de las nubes e iluminó la planicie, bañando el cuerpo del gigantesco bárbaro con su pálido fuego, haciendo resaltar los tensos músculos de los leones que avanzaban velozmente e inundando su sedosa pelambre con un resplandor fantasmagórico.

El ojo avizor de Conan notó la presencia de un león delante de él, a la izquierda, y comprendió que el círculo estaba casi completo. Cuando se disponía a rechazar el ataque, advirtió con asombro que aquella leona se alejaba un poco y se detenía. En dos saltos la dejó atrás. Siguió avanzando y vio que la joven leona de su derecha también se paraba en seco. El animal se quedó inmóvil sobre la hierba, agitando la cola. Un curioso sonido, mitad rugido y mitad lamento, surgió de su boca a través de los afilados colmillos.

Conan aflojó el ritmo de su marcha para mirar hacia atrás y comprobó sorprendido que toda la manada de leones se había detenido, como si una invisible barrera les impidiera el paso. Estaban quietos, en fila, gruñendo y enseñando los colmillos, que parecían cuchillos de plata bajo la luz de la luna.

Conan frunció el ceño con gesto de asombro y entrecerró los ojos pensativo. ¿Qué era lo que había detenido a toda la manada en el preciso momento en que tenía a su presa acorralada? ¿Qué fuerza invisible había anulado su furia? Conan se quedó quieto frente a ellos con la espada en la mano preguntándose si los felinos volverían a la carga. Pero los leones se quedaron donde estaban, gruñendo y rugiendo, con la boca llena de espuma.

Entonces el bárbaro observó algo extraño. El lugar en el que los animales se habían detenido parecía establecer una línea de demarcación en la planicie. A un lado crecía una hierba alta, densa y lujuriosa, pero a partir del invisible límite la hierba se volvía rala, incipiente y raquítica, dejando grandes claros de tierra pelada. Aunque Conan no alcanzaba a percibir los colores a la luz de la luna, tuvo la impresión de que la hierba que había a su lado no presentaba el color verde normal de las plantas. En lugar de ello, las briznas estaban secas y tenían un color grisáceo, como si carecieran de vitalidad.

Pudo ver asimismo que la zona de las hierbas muertas formaba una curva a ambos lados de donde él se encontraba, creando un amplio círculo de muerte.

3. La ciudadela negra

Aunque le dolían todos los músculos del cuerpo por la agotadora carrera, la breve pausa le dio fuerzas a Conan para continuar la marcha. Puesto que no conocía la naturaleza de la línea invisible que había detenido a los leones, no sabía durante cuánto tiempo aquel misterioso influjo seguiría manteniendo a raya a los animales. Por consiguiente, decidió poner la mayor distancia posible entre él y la manada.

No tardó en divisar una oscura mole delante de él. Siguió caminando con más cuidado, con la espada en la mano y la mirada atenta a cualquier detalle de aquella inmensa región. La luna seguía brillando, pero su luz había perdido intensidad debido a la presencia de una bruma que se iba acentuando poco a poco. Por ello al principio no pudo saber qué era esa mole negra e informe que se alzaba hierática entre las hierbas muertas. Parecía el ídolo gigantesco de un culto demoníaco y primitivo tallado en la montaña por manos desconocidas en el origen de los tiempos.

Al acercarse, Conan pudo apreciar que se trataba de un imponente edificio parcialmente destruido, de una ciudadela erigida por seres ignotos con fines inconcebibles. Parecía un castillo o una fortaleza, pero de un estilo arquitectónico que Conan jamás había visto. Era de piedra negra, creando un conjunto muy extraño que chocaba a primera vista. Luego había unas líneas curvas que parecían sutilmente asimétricas e intencionadamente torcidas. La enorme fortaleza daba la impresión de una caótica falta de orden, como si los constructores no hubieran estado en su sano juicio.

Conan apartó la mirada del extravagante edificio, cuya sola visión le producía vértigo. Ahora creía entender por qué los animales del llano habían evitado acercarse a la mole semiderruida: de ella emanaba un aura de amenaza y de horror. Tal vez esa negra

ciudadela estaba en aquella planicie desde hace miles de años y los animales habían llegado a temerla y a evitar sus sombríos recintos, hasta que con el tiempo dichos hábitos se habían convertido en algo instintivo.

Unas densas nubes tormentosas volvieron a velar súbitamente la eterna faz de la luna. Un trueno distante resonó en el cielo. Conan alzó la vista y percibió el zigzagueante fulgor de los relámpagos entre hirvientes masas de nubes. Estaba a punto de estallar una de las breves y tempestuosas tormentas de la sabana.

Conan vaciló. Por un lado, sentía curiosidad y deseos de entrar en la fortaleza derruida para cobijarse de la tormenta. Pero por otro, su mente bárbara albergaba una aversión atávica por lo sobrenatural. Por lo que se refería a los peligros terrenales, era valiente hasta la imprudencia, pero los peligros de otros mundos le producían escalofríos. Y había algo en ese misterioso edificio que apuntaba a lo sobrenatural. Podía percibir la amenaza en las capas más profundas de su consciencia.

El ruido ensordecedor de un trueno terminó por decidirlo. Procurando dominarse, el cimmerio entró en la ciudadela por el oscuro portal, con la espada desenvainada en la mano.

4. Los hombres-serpiente.

Conan cruzó la gran sala de entrada, de elevado techo abovedado, sin hallar el menor rastro de vida. Polvo y hojas muertas cubrían las losas negras.

Montones de escombros se apilaban en los rincones y al pie de las elevadas columnas de piedra. Por muy antiguo que fuese el edificio, era evidente que ningún ser humano había vivido en él desde hacía muchos siglos.

El enorme vestíbulo, que la luna iluminó en otra de sus breves apariciones, era relativamente alto y tenía una balaustrada en el segundo piso. Curioso por conocer las características de aquel castillo enigmático que se hallaba a tantas leguas de distancia del edificio más cercano, Conan recorrió los pasillos, que se curvaban sinuosamente como el rastro de una serpiente y observó las polvorientas habitaciones, de las que no podía ni remotamente adivinar el uso al que habían sido destinadas.

El castillo era imponente incluso para el cimmerio, que había estado en el templo del dios-araña, en la ciudad zamoria de Yezud, y en el palacio del rey Yildiz, en Aghrapur. Algunos muros —un ala entera, en realidad— se habían derrumbado quedando reducidos a un montón de escombros negros. Pero el sector más o menos intacto constituía el edificio más grande que Conan había contemplado en toda su vida. Era imposible adivinar su antigüedad. El ónice negro de que estaba construido no se parecía en nada a las piedras que conocía el cimmerio. El mineral debió de haber sido llevado hasta allí desde algún lugar remoto no se sabía con qué fin.

Algunas de las características sobresalientes de la extraña arquitectura del edificio le recordaron a Conan las antiguas tumbas de la tierra maldita de Zamora. Otros detalles le traían a la memoria los templos prohibidos que había visto en Hirkania en su época de

mercenario al servicio de los turanios. Pero era imposible saber si el castillo había sido erigido para servir como tumba, fortaleza, palacio o templo, o si se trataba de una combinación de todo ello.

Por otro lado, el edificio presentaba una serie de incongruencias que provocaban en Conan una oscura inquietud. Aun cuando la fachada parecía haber sido construida según los cánones de una geometría desconocida, el interior presentaba detalles más extraños aún. Así, por ejemplo, los escalones que conducían al piso de arriba eran mucho más anchos y bajos de lo que parecía necesario para un pie humano. Las puertas eran demasiado altas y angostas, de modo que Conan tuvo que pasar de lado a través de ellas.

Las paredes estaban adornadas con bajorrelieves que formaban sinuosos arabescos geométricos de una complejidad asombrosa e hipnótica. El cimmerio advirtió que tenía que apartar la mirada haciendo un gran esfuerzo de voluntad, para que su mente no quedase atrapada por aquellos enigmáticos símbolos.

En realidad, todo lo que había de extraño y misterioso en aquella fortaleza de piedra le recordaba a Conan a una serpiente: los sinuosos corredores, la tortuosa decoración y hasta cierto olor a ofidio que parecía flotar en el ambiente.

Conan se detuvo y frunció el ceño. ¿No habrían erigido aquel castillo desconcertante los serpentinos moradores de la antigua Valusia? La era en que vivieron aquellos seres anteriores a la aparición del ser humano sobre la tierra estaba enterrada en el pasado más ignoto, en las brumas de los tiempos, y se remontaba a la época en la que los gigantescos reptiles reinaban en la tierra. El pueblo de las serpientes había dominado el mundo antes de que fueran creados los Siete Imperios, antes del Cataclismo y antes de que Atlantis se hundiera en las profundidades del Océano Occidental. Desaparecieron mucho antes de que apareciese el hombre…, pero no del todo.

En torno a las hogueras de los campamentos, en las inhóspitas montañas de Cimmeria y más tarde en los patios de mármol de los templos nemedios, Conan había oído hablar de la leyenda de Kull, el rey de Valusia, una ciudad del reino de Atlantis. El pueblo de las serpientes había sobrevivido en algunas partes gracias a sus artes mágicas, que le permitían aparecer ante los demás como seres humanos corrientes. Pero Kull había descubierto su secreto y se

deshizo de ellas con la ayuda del fuego y de la espada.

Por consiguiente, ¿no sería aquel castillo negro, con su insólita arquitectura, una reliquia de tiempos remotos, cuando los hombres lucharon con aquellos reptiles sobrevivientes de otras eras por el dominio del planeta?

5. Sombras susurrantes.

La primera tormenta no descargó sobre el castillo negro. Solo algunas gruesas gotas golpearon sobre la piedra y entraron por algunos agujeros que había en el techo. Luego disminuyeron los truenos y los relámpagos, y la tempestad se alejó hacia el oeste, dejando que brillara la luna nuevamente y su tenue fulgor penetrara por algunas grietas de las tenue fulgor penetrara por algunas grietas de las paredes.

Conan se acostó en una esquina de la balaustrada que había en el enorme vestíbulo y durmió inquieto, revolviéndose como un animal que percibe vagamente la proximidad del peligro. Cierto instinto de prevención impidió que durmiera en el vestíbulo, cerca de las elevadas puertas abiertas de par en par. Él tampoco confiaba en la misteriosa fuerza invisible que mantenía alejadas a las fieras de la sabana.

Se despertó sobresaltado una docena de veces, aferrando su espada y escrutando las sombras con la mirada, y una docena de veces comprobó que no había nada anormal en la sombría vastedad de la antigua ruina. Pero cada vez que se acomodaba para volver a dormirse, le parecía ver tenues sombras a su alrededor, y creía escuchar misteriosos murmullos.

Al tiempo que lanzaba una maldición contra sus dioses bárbaros y contra los once infiernos de color escarlata de su mitología, volvió a echarse, dispuesto a conciliar el sueño. Finalmente se quedó profundamente dormido y tuvo un sueño muy extraño.

Le pareció que aunque su cuerpo dormía, su espíritu estaba completamente despierto. Para los ojos inmateriales de su ka, como llamaban los estigios al alma, el sombrío balcón estaba iluminado por un tenue fulgor de color sangre, que procedía de alguna fuente invisible. No se trataba de los rayos plateados de la luna que se

filtraban por las grietas de la piedra, ni era el pálido resplandor de los relámpagos lejanos. En aquella roja luminosidad el espíritu de Conan alcanzó a percibir sombras movedizas que revoloteaban como murciélagos entre las negras columnas…, unas sombras con ojos luminosos llenos de un hambre insaciable…, sombras que susurraban una cacofonía inaudible, entre risas burlonas y gritos bestiales.

El espíritu de Conan comprendió de algún modo que aquellas sombras susurrantes eran los espectros de miles de seres sensibles que habían muerto entre las paredes de aquel antiguo edificio. No podía decir cómo lo sabía, pero para su ka era un hecho indiscutible. El pueblo desconocido que había erigido aquel enorme edificio —fueran serpientes de la leyenda valusia o cualquier otra raza olvidada— habían empapado los altares de ónice negro con la sangre de miles de hombres. Los fantasmas de sus víctimas estaban encadenados para siempre a aquel castillo del horror. Tal vez se hallaban sujetos a la tierra por algún poderoso hechizo prehumano, quizás el mismo que mantenía alejados a los animales salvajes que habitaban la sabana.

Pero aquello no era todo. Los fantasmas del castillo negro tenían hambre de sangre humana…, de sangre joven… como la de Conan.

El extenuado cuerpo del cimmerio dormía encadenado por algún poderoso influjo mientras los espectros revoloteaban por encima de él, tocándole con dedos intangibles. Pero un espíritu no puede dañar a un ser humano vivo, a menos que previamente se manifieste en el plano físico y asuma una forma material. Aquellas sombras susurrantes eran débiles. Durante muchísimos años, ningún hombre había desafiado la antigua maldición que, según se decía, recaía sobre el que pusiera los pies sobre el castillo negro. Debilitados por tan prolongado período de hambre, no tenían fuerzas para materializarse convirtiéndose así en una horda de seres macabros y dañinos.

De alguna manera, el espíritu dormido de Conan se dio cuenta de todo esto. Mientras el cuerpo dormía, su ka observaba los movimientos en el plano astral y veía las sombras vampirescas que batían las alas inmateriales por encima de su dormida *cabeza* y amenazaban con garras intangibles su garganta palpitante. Pero a pesar de su mudo frenesí, no podían hacerle daño. Dominado

siempre por el hechizo, Conan siguió durmiendo.

Después de un tiempo indefinido, se produjo un cambio en la rojiza luminiscencia del plano astral. Todos los espectros se apiñaron hasta constituir una masa informe de sombras. Aun cuando fueran seres muertos, desprovistos de inteligencia, el hambre los empujaba a una alianza extraña y misteriosa. Cada uno de los espíritus poseía un vestigio de aquella energía vital que les permitía la materialización corporal. Ahora todos los fantasmas habían mezclado su pequeña dosis de energía con la de las sombras hermanas.

Paulatinamente se fue materializando una terrible figura alimentada por la fuerza vital de diez mil espectros. En la tenue penumbra del negro balcón en el que se encontraba Conan se comenzó a formar el ser, a partir de un remolino de sombrías partículas.

Y Conan seguía durmiendo.

6. El monstruo de cien cabezas.

Los truenos resonaban con un estrépito ensordecedor; los rayos iluminaban con fuegos sulfurosos la planicie en sombras, en la que se había extinguido el fulgor de la luna. Las densas nubes tormentosas se concentraron y empaparon los pastizales con una lluvia torrencial.

Los cazadores de esclavos estigios habían cabalgado toda la noche, avanzando hacia el sur en dirección a las selvas situadas más allá de Kush. Su expedición había resultado infructuosa hasta ese momento. Ni un solo negro de las tribus nómadas de cazadores y pastores había caído en sus manos. Fuese por la guerra o por la peste, lo cierto era que en toda la zona que atravesaron no vieron ni un ser humano. Tal vez los habían puesto sobre aviso respecto a la llegada de los negreros y las presuntas víctimas habían huido.

De todos modos, era evidente que iban a tener mejor suerte en las lujuriosas selvas del sur. Los negros del bosque habitaban en aldeas permanentes que los atacantes podían rodear y tomar por sorpresa. Entonces las gentes de la selva caerían como los peces en una red. Los habitantes demasiado viejos, excesivamente jóvenes o gravemente enfermos que no pudieran soportar el viaje hasta Estigia, serían asesinados en el acto. Después conducirían a los restantes desventurados formando una larga cadena humana hacia el norte.

La caravana estaba formada por cuarenta guerreros estigios que vestían cotas de malla y usaban cascos de acero. Eran hombres de elevada estatura, musculosos, con rostro aguileño y piel cobriza. Veteranos en incursiones, eran astutos, temerarios y crueles, y tenían menos escrúpulos para dar muerte a un extranjero que los que sienten la mayoría de los hombres en matar a un mosquito.

Ahora el primer chaparrón de la tormenta acababa de alcanzar a

la columna. El viento azotaba sus capas de lana y agitaba las crines de los caballos contra sus rostros. El casi incesante brillo de los relámpagos los deslumbraba.

El jefe del grupo divisó el oscuro castillo que sobresalía en la llanura y que iluminaba la luz de los rayos. Dio una orden gutural y hundió las espuelas en los ijares de su enorme yegua negra. Los demás le siguieron y se dirigieron hacia la sombría ciudadela con un clamor de cascos, el crujir del cuero y el tintineo de la malla de acero. A causa de las pésimas condiciones del tiempo, los estigios no vieron el extraño aspecto de la fachada; tan solo deseaban ponerse a cubierto antes de que quedaran completamente empapados.

Entraron en el castillo haciendo ruido, lanzando maldiciones y denuestos contra los elementos y sacudiendo el agua de sus capas. En pocos segundos, el tenebroso silencio del edificio fue interrumpido por el clamor de la tropa de guerreros. Hicieron un montón con las ramas que habían recogido algunos de ellos y con las hojas secas que cubrían el suelo, y después de oírse el chasquido del pedernal contra el acero, comenzó a chisporrotear una hoguera en el centro del gran vestíbulo, iluminando las paredes de piedra tallada con una cálida tonalidad anaranjada.

Los hombres se quitaron las húmedas túnicas y las pusieron a secar junto al fuego. Después hicieron lo mismo con las cotas de malla secándolas con trozos de tela. Luego abrieron las alforjas y clavaron sus blancos dientes en las hogazas de pan duro y rancio.

Afuera la tormenta rugía y los rayos lanzaban destellos. Pequeños chorros de agua que parecían minúsculas cataratas entraban a través de las grietas que había en el edificio. Pero esto preocupaba muy poco a los estigios.

Detrás de la balaustrada que dominaba el gran salón, Conan permanecía despierto y en silencio; intensos temblores y escalofríos recorrían su poderoso cuerpo. Con los estampidos del trueno, el hechizo que se había apoderado de él y lo había mantenido dormido, se desvaneció. Ya despierto, buscó con la mirada el cónclave de espectros que viera tomar forma en sueños mientras dormía. Bajo el resplandor de los relámpagos había creído ver una silueta amorfa al final del salón, pero no se preocupó de investigar más.

Mientras pensaba cómo podría descender del lugar en el que se hallaba sin pasar por donde estaba la cosa, los estigios penetraron en el vestíbulo dando voces y haciendo ruido. Con su presencia, la situación no era mejor que con los espectros. De tener una oportunidad, estarían encantados de capturarlo para venderlo como esclavo. Y a pesar de su fuerza titánica y de su destreza con las armas, Conan sabía que ningún hombre era capaz de luchar contra cuarenta enemigos armados al mismo tiempo. A menos que se abriera camino por sorpresa y consiguiera escapar, lo cogerían inevitablemente. Tenía dos posibilidades: una muerte rápida en una lucha desigual, o una vida amarga como esclavo de los estigios. En ese momento no sabía cuál de los dos males era el peor. Pero si bien los recién llegados atrajeron la atención de Conan apartándola de los espectros, los estigios, a su vez, atrajeron la atención de los espectros desviándola del cimmerio. En su hambre inexorable, los seres de las sombras ignoraron a Conan cuando vieron a los cuarenta negros acampados abajo. Allí había carne y fuerza vital suficiente para dejar satisfecha su fantasmal glotonería. Volaron como hojas de otoño por encima de la balaustrada y descendieron hacia el vestíbulo.

Los estigios estaban acostados en torno a la hoguera y se pasaban botellas de vino unos a otros hablando en su idioma gutural. Aunque Conan solo conocía unas pocas palabras de la lengua estigia, por la entonación y por los gestos de los hombres podía seguir hasta cierto punto el hilo de la conversación El jefe, un gigante de rostro afeitado, tan alto como el cimmerio declaró que no se aventurarían bajo la lluvia con semejante noche. Esperarían hasta el amanecer en aquella ruina. El techo parecía conservarse en buenas condiciones en algunos lugares, y allí estarían mejor que en el exterior.

Después de vaciar algunas botellas más, los estigios, con la ropa seca y el estómago lleno, se dispusieron a descansar. El fuego ya no calentaba mucho, pues las ramas y las hojas secas que habían reunido ardieron durante poco tiempo. El jefe señaló a uno de los hombres y le dijo algo de modo tajante. El otro protestó, pero después de una breve discusión se puso de pie lanzando un gruñido y se colocó la cota de malla. Conan se dio cuenta de que aquel era el elegido para montar la primera guardia.

Finalmente, el centinela se colocó a un lado del gran salón, donde las sombras se hacían más densas, con la espada en la mano y el escudo en la otra. De cuando en cuando recorría lentamente el salón, deteniéndose a veces para observar los sinuosos corredores o las puertas principales. Afuera la tormenta había amainado.

Mientras el centinela se encontraba en la puerta de entrada, con la espalda vuelta hacia sus compañeros, una figura amenazadora se fue formando entre los dormidos estigios. Luego se fue materializando a partir de nubes ondulantes y de sombras insustanciales. El ser que se iba formando paulatinamente estaba compuesto por la fuerza vital de miles de seres muertos. Se convirtió al fin en una forma aterradora, en un cuerpo enorme del que salían innumerables miembros y apéndices deformes. Una docena de patas cortas soportaban su monstruoso peso. De la parte superior surgían decenas y decenas de cabezas, algunas con cierta apariencia humana, provistas de pelo hirsuto y cejas, y otras como meros bultos con ojos, orejas, bocas y narices colocados al azar.

La sola visión de aquel espantoso monstruo de cien cabezas bajo la tenue luz de la hoguera, era suficiente para helar la sangre del hombre más valiente de la tierra. Conan sintió que se le erizaban los pelos de la nuca al ver la escena.

El monstruo se balanceó en el aire apoyando sus patas traseras en el suelo. Luego descendió manteniendo un precario equilibrio y aferró a uno de los estigios con media docena de afiladas garras. El hombre se despertó y lanzó un alarido, pero la cosa ya estaba desgarrando a su víctima, salpicando a sus compañeros con los sangrientos despojos de su cuerpo.

7. Huida de la pesadilla

Un segundo después los estigios se pusieron en pie. A pesar de ser avezados guerreros, el monstruo que tenían delante provocaba gritos de horror en la mayoría de ellos. El centinela se volvió al primer alarido y se enfrentó con el monstruo empuñando la espada en la mano. El jefe dio algunas órdenes, cogió el arma que tenía más cerca y atacó. Entonces los demás, aunque sin armadura, sin escudos y llenos de confusión, cogieron las espadas y las lanzas para defenderse contra el engendro que se balanceaba esparciendo la muerte entre ellos.

Las espadas atravesaban patas deformes; las lanzas se hundían en el vientre hinchado y tambaleante. Pero, dando muestras de no sentir dolor alguno, el monstruo iba inmolando a un hombre tras otro. A algunos estigios les retorció la cabeza con múltiples manos estranguladoras. Otros fueron cogidos por los pies y sus restos sangrientos fueron lanzados contra las columnas.

Desde la balaustrada, el cimmerio veía a decenas de estigios aniquilados de manera espantosa. Las heridas que los hombres infligían al monstruo se cerraban instantáneamente. Las cabezas y los brazos cercenados eran reemplazados enseguida por otros iguales, que brotaban del cuerpo informe.

Viendo que los estigios no tenían posibilidad alguna frente al monstruo, Conan decidió escapar mientras el engendro estaba ocupado con ellos, antes de que lo viera. Considerando poco acertado entrar en el vestíbulo, Conan procuró buscar una salida más directa, y trepó por una ventana. Esta le condujo a un techo formado por tejas rotas, donde un paso en falso podía hacerle caer a través de un agujero al piso inferior.

La tormenta se había convertido en una leve llovizna. La luna estaba casi en el cenit y volvía a iluminar intermitentemente. Conan

miró hacia abajo desde el parapeto que había alrededor del tejado y vio una pared en la que los bajorrelieves proporcionaban un punto de apoyo apropiado para el descenso.

Con la agilidad de un mono, el cimmerio fue descendiendo lentamente por la extraña fachada hasta llegar al suelo.

Ahora la luna brillaba en todo su esplendor, iluminando el patio en el que se encontraban los caballos de los estigios. Los animales se movían y relinchaban inquietos al percibir los ruidos del combate mortal que tenía lugar en el gran salón. Por encima del fragor de la batalla llegaban los gritos de agonía de los negreros a medida que iban siendo eliminados uno a uno implacablemente.

Conan llegó al patio y echó a correr hacia la yegua negra que había pertenecido al jefe de los estigios. Lamentó no haber podido quedarse para saquear los cadáveres, porque necesitaba una armadura y otras provisiones. La cota de malla que había usado cuando vivió con Belit, hacía tiempo que había quedado inservible a causa de los desgarrones y del óxido, y su huida de Bamula había sido demasiado apresurada para poder equiparse adecuadamente. Pero por nada del mundo habría vuelto el cimmerio a aquel vestíbulo en el que el horror de la muerte viviente seguía aniquilando a los hombres que quedaban.

Mientras el joven bárbaro desataba el caballo que había elegido, vio a uno de los negreros que salía gritando por la enorme puerta de entrada y cruzaba tambaleante el patio en dirección a él. Conan advirtió que se trataba del estigio que había montado la primera guardia. El casco y la cota de malla que llevaba puestos lo habían protegido lo suficiente como para sobrevivir a la masacre.

Conan decidió hablar con el hombre. No sentía ningún aprecio por los estigios; no obstante, si aquel era el único sobreviviente del grupo, estaría dispuesto a formar una alianza de bribones, por breve que fuese, hasta que llegaran a algún país civilizado.

Pero Conan no tuvo ocasión de proponérselo, ya que la espantosa experiencia que había vivido, lo había vuelto loco. Sus ojos centelleaban con un brillo demencial a la luz de la luna, y de sus labios caía espuma. El hombre se abalanzó sobre Conan agitando una cimitarra en el aire, al tiempo que gritaba:

—¡Vuelve al infierno, maldito demonio!

El primitivo instinto de conservación del cimmerio le hizo entrar

en acción sin pensarlo. Cuando el hombre estuvo cerca, Conan desenvainó la espada. El acero chocó contra el acero una y otra vez, haciendo saltar chispas. Cuando el estigio se dispuso a asestarle otro golpe más, Conan le atravesó la garganta con la punta de la espada. El hombre enloquecido emitió un gorgoteo, se tambaleó y cayó al suelo.

Conan se apoyó sobre la montura de la yegua jadeando. El duelo había sido breve pero feroz, porque el estigio vio duplicadas sus fuerzas por la enajenación que le dominaba.

Ya no se oía ningún grito de horror desde el interior de la fortaleza. Solo reinaba un silencio inquietante. Entonces Conan oyó unas pisadas lentas, pesadas, como de pies que se arrastraban por el suelo. ¿Acaso el monstruo había matado ya a todos los estigios? ¿Estaría avanzando hacia la puerta para salir al patio?

Conan no esperó para averiguarlo. Con dedos temblorosos desató la cota de malla del hombre muerto y se la quitó. También cogió el casco y el escudo del estigio, este último confeccionado con la piel de uno de los enormes animales de la sabana. Ató apresuradamente estos trofeos a la silla de montar, saltó sobre el corcel y, tras empuñar las riendas, hundió las espuelas en las costillas de la yegua. Salió al galope del derruido patio de la ciudadela y se encontró en la zona de las hierbas ralas y resecas. Cada paso del caballo le alejaba del antiguo castillo maldito.

En algún lugar, más allá del círculo de vegetación muerta, quizá seguirían merodeando los leones. Pero a Conan no le importaba demasiado. Después del horror de la ciudadela negra, no le impresionaba una simple manada de leones.

Un hocico en la oscuridad

Robert E. Howard & Lin Carter & L. Sprague de Camp, 1969

Prosiguiendo su viaje hacia el norte, ahora mucho más rápidamente gracias al caballo, Conan llega finalmente al reino semicivilizado de Kush. Este es el territorio que se designa propiamente con el nombre de Kush, si bien Conan, al igual que muchas otras gentes del norte, suele usar el término para designar cualquier país de negros situado al sur de los desiertos de Estigia. En esta región no tarda en presentársele una oportunidad de realizar sus habituales proezas con las armas.

1. La cosa de la oscuridad

Amboola de Kush se despertó con los sentidos todavía embotados por el vino que había bebido durante el festín de la noche anterior. Al principio no podía recordar dónde se encontraba. La luz de la luna atravesaba la pequeña ventana de barrotes situada en lo alto de la pared, alumbrando un lugar que no reconocía. Luego recordó que se hallaba en una celda de la parte superior de la prisión en la que lo había hecho encerrar la reina Tananda.

Supuso que le habían puesto algún narcótico en la bebida. Mientras se hallaba indefenso, apenas consciente, dos negros gigantescos pertenecientes a la guardia de la reina le habían cogido a él y al príncipe Aahmes, el primo de la reina, y los arrojaron a las celdas. Lo último que recordaba eran las escuetas palabras de la reina, cortantes como un latigazo: «De modo que vosotros, viles traidores, habíais conspirado para destronarme, ¿verdad? ¡Ya veréis lo que les ocurre a los villanos!».

Al intentar hacer un movimiento, el corpulento negro llamado Amboola se dio cuenta, por el sonido metálico, que tenía grilletes en las muñecas y en los tobillos, y que estos estaban sujetos por cadenas a unas recias argollas que había en la pared. Aguzó los ojos para tratar de ver algo en la fétida oscuridad que le rodeaba. Al menos —pensó— se hallaba con vida. Y es que hasta la reina Tananda tenía que pensarlo dos veces antes de dar muerte al comandante de los Lanceros Negros —la columna vertebral del ejército de Kush—, pues era el héroe de las clases populares del reino.

Lo que más le había extrañado a Amboola era la acusación de haber conspirado junto con Aahmes. A decir verdad, él y el príncipe eran buenos amigos. Habían cazado, bebido y jugado a las cartas juntos, y en tales ocasiones Aahmes se había quejado ante Amboola

de la reina, cuya crueldad y astucia eran tan evidentes como deseable su hermoso y bronceado cuerpo. Pero en ningún momento llegaron a conspirar. Aahmes no era en modo alguno la persona indicada para llevar a cabo una conjura, pues se trataba de un joven simpático y agradable, a quien no le interesaba en absoluto la política ni el poder. Seguramente algún confidente los había acusado en falso ante la reina con objeto de progresar a costa de los demás.

Amboola examinó sus grilletes. A pesar de que tenía mucha fuerza, se daba cuenta de que sería incapaz de romper los grilletes, así como las cadenas que los sujetaban. Tampoco podría arrancar las argollas de la pared. Lo sabía porque él mismo había supervisado su instalación.

Sabía cuál iba a ser el siguiente paso. La reina ordenaría que él y Aahmes fueran torturados a fin de que revelaran los detalles de la conspiración y los nombres de sus cómplices. A pesar de su valor, Amboola se estremeció ante aquella perspectiva. Tal vez su única esperanza consistiera en acusar a todos los nobles de Kush de complicidad. Tananda no podría castigarlos a todos. Si lo intentaba, la conspiración imaginaria que tanto temía quizá se volviera realidad.

De repente, a Amboola se le heló la sangre en las venas. Un intenso escalofrío le recorrió la espina dorsal. Algo, una presencia viva y palpitante pareció introducirse en la celda.

Lanzó un grito ahogado y miró a su alrededor aguzando la vista para tratar de ver qué era lo que se cernía sobre él en la oscuridad como las sombrías alas de la muerte. Bajo el tenue fulgor que entraba por la pequeña ventana protegida por barrotes, Amboola alcanzó a ver una sombra terrible y amenazadora. Sintió que una mano helada le estrujaba el corazón, un corazón que jamás había conocido el miedo, a pesar de las numerosas batallas en las que había participado.

Una especie de bruma grisácea e informe se cernía sobre él en la penumbra de la celda. Las tenues volutas de humo giraban como serpientes mientras el fantasma iba tomando forma. El terror contraía los labios de Amboola y brillaba en sus ojos centelleantes al ver que la cosa se iba condensando lentamente a partir del aire.

Al principio el prisionero solo vio una especie de hocico de

jabalí cubierto de unos pelos hirsutos que se recortaban contra el débil haz de luz que entraba por la ventana. Luego el cuerpo se fue materializando hasta constituir una enorme figura contrahecha y bestial, que sin embargo se mantenía erguida. Después de la cabeza, vio con claridad unos robustos brazos peludos provistos de manos rudimentarias, similares a las de los monos.

Al tiempo que lanzaba un grito agudo, Amboola se puso en pie de un salto hasta donde le permitían las cadenas, y entonces la cosa avanzó con la estremecedora velocidad de un monstruo en una pesadilla. El guerrero negro vio fugazmente sus babeantes mandíbulas, sus grandes colmillos afilados y sus diminutos ojos de cerdo, que centelleaban con una roja furia en la oscuridad. Luego las garras se hundieron en su carne, los colmillos le cortaron y le desgarraron…

Los rayos de la luna iluminaban una figura oscura tendida en el suelo en medio de un charco de sangre que se iba agrandando. La cosa grisácea y tambaleante que acababa de matar al guerrero negro había desaparecido, disolviéndose en la bruma intangible a partir de la cual se había originado.

2. El horror invisible

—¡Tuthmes!

La voz sonó imperativa como el puño que golpeaba contra la puerta de la casa del noble más ambicioso de Kush.

—¡Tuthmes, mi señor! ¡Déjame entrar! ¡El demonio anda suelto de nuevo!

La puerta se abrió y Tuthmes apareció en el umbral. Era un personaje alto, delgado, de porte aristocrático, con rostro enjuto y la piel oscura de los hombres de su raza. Iba ataviado con ropas de seda blanca, como si estuviera preparado para acostarse, y sostenía una pequeña lámpara de bronce en la mano.

—¿Qué ocurre, Afari? —inquirió.

El recién llegado, con los ojos lanzando destellos por la excitación, irrumpió en la habitación. Estaba jadeando a causa de la larga carrera. Se trataba de un hombre delgado, nervioso y de piel oscura, vestido de blanco; era más bajo que Tuthmes y con características raciales negroides más pronunciadas que las de este. A pesar de su prisa, tuvo cuidado de cerrar la puerta antes de hablar.

—¡Amboola acaba de morir en la Torre Roja! —dijo.

—¿Cómo? —exclamó Tuthmes—. ¿La reina Tananda ha osado ejecutar al comandante de los Lanceros Negros?

—¡No, no! No es tan necia como para hacer eso. No lo han ejecutado, sino que murió asesinado. Algo o alguien entró en su celda, solo Set sabe cómo, le desgarró la garganta, le rompió las costillas y le aplastó el cráneo. Por los serpentinos bucles de Derketo, he visto muchos hombres muertos en mi vida, pero jamás uno con aspecto más aterrador que Amboola. ¡Tuthmes, esto ha sido obra del demonio! ¡El horror invisible anda suelto otra vez por la tierra de Meroe! —Afari aferró con mano nerviosa la imagen de su

dios protector, que le colgaba del cuello, y agregó—. Amboola tenía la garganta desgarrada a dentelladas, y las marcas de los dientes no se parecían en nada a las de un león u otro animal salvaje, sino que parecían hechas con la hoja de una navaja de afeitar.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hacia medianoche. Los centinelas de la parte inferior de la torre, que estaban de guardia junto a las escaleras que llevan hasta el calabozo, le oyeron gritar. Subieron corriendo, entraron en la celda y lo encontraron como ya te he dicho. Yo dormía en el piso inferior, como tú me ordenaste. Cuando vi aquello vine directamente hacia aquí, pidiendo a los guardias que no le dijesen nada a nadie.

Tuthmes esbozó una sonrisa muy poco agradable y luego murmuró con gesto frío e impasible:

—Ya conoces los raptos de ira de la reina Tananda. Una vez que hubo encerrado a Amboola y a su primo Aahmes en la prisión, bien pudo mandar que aquel fuese asesinado y que maltrataran su cadáver para que pareciese la obra de un monstruo que amenaza estas tierras desde hace tiempo. ¿No crees? —El ministro pareció comprender. Tuthmes cogió a Afari por un brazo y agregó—: Ahora vete y actúa antes de que la reina se entere. En primer lugar, lleva un destacamento de lanceros a la Torre Roja y mata a los guardias que estaban allí cuando murió Amboola; alega que se descuidaron durante su guardia y que los encontraste dormidos. Asegúrate de que se enteren de que lo haces por orden mía. Eso les hará pensar a los negros que yo he vengado a su comandante y de ese modo quitamos un arma poderosa de las manos de Tananda. Mata a esos guardias antes de que lo haga ella.

»Luego extiende el rumor entre los demás jefes. Si Tananda trata de esa manera a los poderosos de su reino, todos debemos estar alerta.

»Por último, vete a la Ciudad Exterior y busca al viejo Ageera, el hechicero. No le digas directamente que fue Tananda quien ordenó hacer esto; sugiérelo, tan solo.

Afari se estremeció y repuso:

—¿Cómo puede un hombre corriente mentir a ese demonio? Sus ojos son como brasas ardientes y parecen mirar desde profundidades insondables. En varias ocasiones he visto cómo hacía

andar a los cadáveres y cómo hacía chirriar las mandíbulas huesudas de una calavera.

—No necesitas mentirle —dijo Tuthmes—. Insinúale tan solo tus sospechas. Al fin y al cabo, si fue realmente un demonio quien asesinó a Amboola, tuvo que ser invocado por algún ser humano. Tal vez la reina Tananda se encuentre detrás de todo esto. ¡Ahora vete! ¡No pierdas más tiempo!

Cuando Afari hubo partido después de mascullar algo incomprensible acerca de las órdenes de su amo, Tuthmes permaneció un momento en el centro de la estancia, cuyas paredes estaban cubiertas con tapices de increíble magnificencia. Un humo azul escapaba de un incensario de latón perforado que se encontraba en un rincón.

—¡Muru! —llamó Tuthmes finalmente.

Se oyó un rumor de pies desnudos. Alguien apartó un tapiz de color escarlata que cubría una puerta y un hombre muy alto y delgado entró en la habitación, bajando la cabeza para no chocar con el dintel.

—Aquí estoy, señor —dijo el recién llegado.

El hombre, que aventajaba en estatura a Tuthmes, vestía una especie de toga de color escarlata que colgaba de su hombro. A pesar de que su piel era negra como el azabache, sus facciones eran enjutas y aquilinas, como las de los hombres de la casta dominante de Meroe. Llevaba el pelo cortado en forma desusada, como una fantástica cresta.

—¿Ya está de nuevo en su celda? —inquirió Tuthmes.

—Así es.

—¿Está todo en orden?

—Sí, mi señor.

Tuthmes frunció el ceño y dijo:

—¿Cómo puedes estar seguro de que obedecerá siempre tus órdenes y de que volverá luego a ti? ¿Cómo sabes si algún día, cuando le dejes en libertad, no te matará para huir luego hacia cualquier dimensión infernal que considere su hogar?

Muru extendió las manos y declaró:

—El hechizo para dominar al demonio que aprendí de mi antiguo maestro, el brujo estigio exilado, jamás me ha fallado.

Tuthmes observó al hechicero con una mirada escrutadora y

dijo:

—Me parece que vosotros, los brujos, estáis la mayor parte de vuestras vidas en el exilio. ¿Y si un enemigo te soborna para que liberes al monstruoso demonio?

—¡Oh, señor, no debes pensar eso! Sin tu protección, ¿qué sería de mí? Los kushitas me desprecian, pues no soy de tu raza, y por las razones que ya conoces, no puedo regresar a Kordogan.

—Bueno. Cuida bien a tu demonio, pues es posible que pronto volvamos a necesitarlo. A ese necio y charlatán de Afari no hay nada que le guste más que aparecer como un hombre listo y enterado ante los demás. Seguramente divulgará el episodio del asesinato de Amboola adornado con las insinuaciones acerca del papel que ha podido desempeñar la reina en él. La brecha que separa a Tananda de sus cortesanos aumentará como consecuencia de ello, y yo cosecharé los beneficios.

Tuthmes se rio en voz baja, con un buen humor raro en él, y luego echó vino en dos copas de plata y entregó una al lúgubre hechicero, que la aceptó con una silenciosa inclinación de la cabeza.

—Por supuesto que no mencionará el hecho de que fue él mismo quien comenzó todo este asunto con sus falsas acusaciones contra Amboola y Aahmes —agregó Tuthmes—. Él no sabe que, gracias a tu habilidad nigromántica, amigo Muru, yo estoy al corriente de ello. Afari pretende ser un fiel devoto de mi causa, pero nos vendería en un santiamén si pudiera obtener una ganancia con ello. Su más cara ambición consiste en casarse con Tananda y gobernar Kush como rey consorte. Cuando yo sea rey, necesitaré a alguien más digno de confianza que Afari. —Mientras sorbía el vino, Tuthmes añadió casi en un murmullo—: Desde que el último rey, su hermano, murió en una batalla contra los estigios, Tananda se ha mantenido en su trono de marfil en precario equilibrio, enfrentando a una facción contra otra. Pero no tiene suficiente carácter como para retener el poder en una tierra cuya tradición no acepta el gobierno de las mujeres. Tananda es un ser impulsivo y voluptuoso y sensual, cuyo único procedimiento para asegurarse el poder consiste en dar muerte a todos los nobles que teme, con lo cual pone en guardia a los demás cortesanos y se enemista con ellos.

»Muru, procura vigilar de cerca a Afari, y no dejes de tener a tu demonio bien dominado. No tardaremos en necesitarlo.

Una vez que el gigante se hubo marchado, tras agachar nuevamente la cabeza para trasponer la puerta, Tuthmes ascendió por una escalera de caoba y salió a una terraza de su palacio, iluminada por la luna.

Desde el parapeto vio las silenciosas calles de la Ciudad Interior de Meroe. Divisó los palacios, los jardines y la enorme plaza en la cual podía reunir, en pocos segundos, un millar de jinetes negros procedentes de los cuarteles vecinos, con solo dar una orden.

Más lejos, vio las grandes puertas de bronce de la Ciudad Interior, y más allá la Ciudad Exterior. Meroe se alzaba en medio de una gran llanura de ondulantes praderas que se extendía hasta el horizonte, interrumpida tan solo por algunas colinas. Un río estrecho serpenteaba entre las hierbas y bordeaba uno de los extremos de la Ciudad Exterior.

Una muralla alta y maciza rodeaba los palacios de la casta dominante, separando la Ciudad Interior de la Exterior. Los gobernantes eran descendientes de los estigios, que habían llegado al sur muchos siglos antes para crear un imperio y mezclar su soberbia sangre con la de sus vasallos negros. La Ciudad Interior estaba bien trazada; tenía calles y plazas, así como magníficos edificios de piedra y hermosos jardines.

La Ciudad Exterior, por el contrario, era un conjunto de chozas de barro. Sus callejas terminaban en espacios abiertos irregulares. Los habitantes negros de Kush, que eran los aborígenes del país, moraban en la Ciudad Exterior. En la Ciudad Interior no vivía más que la clase dominante, así como sus criados y los jinetes negros que les servían de guardianes.

Tuthmes echó un vistazo a la vasta extensión de chozas. Las fogatas brillaban en las míseras plazoletas y las antorchas titilaban en las sinuosas callejuelas. De cuando en cuando Tuthmes alcanzaba a escuchar algunos cánticos bárbaros que tenían un resabio sanguinario y de resentimiento.

Avanzó por la terraza y se detuvo al ver a un hombre que dormía bajo una palmera del jardín artificial. Tuthmes le tocó con el pie y el hombre se despertó y se levantó de un salto.

—No hace falta decir nada más —advirtió Tuthmes—. El asunto está concluido. Amboola está muerto y antes del amanecer todo Meroe sabrá que fue asesinado por orden de la reina Tananda.

—¿Y el…, el demonio? —musitó el hombre, temblando.

—Se halla a buen recaudo en su celda. Escucha, Shubba, es hora de que te pongas en marcha. Busca entre los shemitas hasta que encuentres una mujer apropiada…, una mujer blanca. Tráela enseguida. Si vuelves con esta luna, te daré un peso en plata. Si no lo consigues, colgaré tu cabeza de esa palmera que ves ahí.

Shubba se prosternó y tocó el suelo con la frente. Luego se incorporó y se alejó rápidamente. Tuthmes volvió a mirar hacia la Ciudad Exterior. Las hogueras parecían brillar con mayor fuerza y comenzó a sonar un tambor con un sonido monótono e inquietante. De repente, se elevó un clamor de gritos furiosos hacia las estrellas.

—Ya se han enterado de que ha muerto Amboola —murmuró Tuthmes, sin poder reprimir un estremecimiento.

3. Tananda cabalga

El alba encendió los cielos de Meroe con una luz de color carmesí. Los intensos rayos rojizos atravesaban el aire brumoso y se reflejaban en las cúpulas de cobre y en las torres de la amurallada Ciudad Interior. Los habitantes de Meroe no tardaron en levantarse. En la Ciudad Exterior, mujeres negras con cuerpos de estatua se dirigían al mercado con calabazas o con cestos sobre las cabezas, mientras que las muchachas charlaban y reían camino de las fuentes de agua. Niños desnudos jugaban, se peleaban y se perseguían unos a otros por las polvorientas callejuelas. En el umbral de sus chozas se veían unos negros gigantescos sentados en cuclillas, dedicados a sus oficios o simplemente descansando a la sombra.

En la plaza del mercado, los comerciantes se sentaban bajo unos toldos rayados, detrás de sus mercancías que consistían en cacharros, en frutas y verduras diversas u otros productos. Gentes de color regateaban el precio de las legumbres, de los plátanos y de los objetos de bronce en un parloteo interminable. Los herreros trabajaban delante de unos pequeños fogones y golpeaban con martillos las azadas, las cuchillas y las puntas de lanza. El cálido sol lo iluminaba todo: el sudor, la alegría, la ira, la desnudez, la fuerza, la miseria y el vigor que caracterizaban a los negros de Kush.

De repente el ambiente se transformó. Se oyó el retumbar de cascos, y un grupo de jinetes cruzó la plaza a caballo en dirección a la gran puerta de la Ciudad Interior. Eran media docena de hombres y una mujer, que dominaba el grupo.

La piel de la desconocida era de color oscuro y su cabello era una mata negra y espesa recogida con una cinta dorada. Además de las sandalias y de unas placas de oro incrustado en piedras preciosas que cubrían en parte sus exuberantes senos, su único atuendo era una corta falda de seda sujeta a la cintura. Sus facciones eran

agradables y sus ojos, audaces y chispeantes, evidenciaban una gran seguridad en sí misma. Conducía su esbelto caballo kushita con la misma seguridad, mediante unas anchas riendas de cuero de color escarlata. Sus pies se apoyaban en unos estribos de plata. Llevaba un arco y, cruzada sobre su silla de montar, una pequeña gacela que había cazado. Un par de esbeltos perros de caza trotaban a poca distancia del caballo.

Cuando la mujer cruzó la plaza, el trabajo, las conversaciones y los ruidos cesaron por completo. Los oscuros rostros de las gentes adquirieron una expresión hosca y sus ojos lanzaron destellos rojos. Los negros volvían la cabeza para hablarse unos a otros en voz baja, y el murmullo se convirtió en un rumor audible y siniestro.

El joven que cabalgaba al lado de la mujer mostró señales de inquietud. Lanzó una mirada hacia la sinuosa callejuela que debía recorrer hasta llegar a la enorme puerta de bronce, y al ver que todavía no estaba a la vista, susurró:

—La gente está excitada, Majestad. Ha sido una locura salir a caballo por la Ciudad Exterior en un día como hoy.

—¡Ni todos los perros negros de Kush juntos podrán impedir que yo vaya de caza! —dijo la mujer—. Si ves alguna señal de amenaza, arróllalos con el caballo.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —murmuró el acompañante observando a la silenciosa multitud—. Están saliendo de sus casas y se amontonan a lo largo de la calle. ¡Mirad ahí, Majestad!

Habían llegado a un ensanchamiento de la mísera plaza en la que el número de negros era realmente impresionante. A un lado de esta plaza se alzaba un edificio con paredes hechas de adobe y de troncos de palmeras, más alta que las casas vecinas; en la puerta había un montón de calaveras. Era el templo del dios Jullah, al que la casta dominante llamaba desdeñosamente la Casa del Demonio. Los negros veneraban a Jullah en oposición a Set, el dios-serpiente de sus gobernantes y de los antepasados de estos: los estigios.

La negra turbamulta siguió amontonándose en la plaza, observando con gesto hosco el paso de los jinetes. Había algo amenazador en su actitud. La reina Tananda sintió por vez primera un estremecimiento y un cierto nerviosismo, y no se había dado cuenta de la llegada del jinete que se acercaba por la calle lateral.

Este hombre hubiera llamado su atención en circunstancias normales, pues su piel no era negra ni cobriza. Era un hombre blanco, cuyo enorme cuerpo iba protegido con un casco y una cota de malla.

—Estos perros no tienen buenas intenciones —dijo en voz baja el joven que Tananda tenía a su lado, al tiempo que desenvainaba a medias su espada.

Los demás soldados de la escolta —negros, al igual que las gentes que los rodeaban— se acercaron a la reina. El murmullo creció en intensidad, aun cuando no se produjo ningún movimiento violento.

—Avanza entre ellos —ordenó Tananda, clavando las espuelas en su caballo.

Los negros se apartaron con rabia ante el avance de la reina.

De repente, de la Casa del Demonio salió una figura negra y enjuta. Era el viejo Ageera, el brujo, cubierto tan solo con un taparrabo. Al tiempo que señalaba a la reina Tananda, gritó con fuerza:

—¡Ahí va la mujer cuyas manos están empapadas de sangre! ¡Ahí va la que asesinó a Amboola!

Estos gritos fueron la chispa que encendió el fuego. Un fuerte rugido surgió de la multitud. Los negros avanzaban gritando:

—¡Muerte a Tananda!

Un segundo después, un centenar de manos negras clavaron sus uñas en las piernas de los jinetes. El joven se interpuso entre la reina y el populacho, pero una piedra le golpeó la cabeza. Los soldados fueron derribados de sus caballos, apaleados y apuñalados con saña. Tananda, dominada por el terror, comenzó a gritar mientras su caballo retrocedía. Una veintena de negros, hombres y mujeres, le arañaron el cuerpo.

Un enorme negro la cogió por la cintura y la desmontó de la silla, haciéndola caer en el círculo de manos que la esperaban ansiosamente. Le desgarraron la falda y la levantaron en el aire, agitándola de un lado a otro entre las carcajadas del populacho. Una mujer la escupió en la cara y le arrancó las placas doradas que cubrían su pecho y le arañó los senos con las uñas sucias. Alguien lanzó una piedra, que le golpeó en la cabeza.

Tananda vio a un individuo que cargaba otra piedra y que

pugnaba por acercarse a ella para abrirle la cabeza. Los hombres sacaron las dagas y los cuchillos. Desde atrás empujaban con violencia, lo que impidió que la mataran en el acto. Un grito fue tomando cuerpo en la masa.

—¡Al templo de Jullah!

La multitud respondió con un clamor de aprobación, y Tananda fue llevada medio a rastras por la furiosa turbamulta. Decenas de manos negras le tiraban del pelo, de los brazos y de las piernas. Le propinaron varios golpes y otros erraron en el blanco.

En ese momento la muchedumbre vaciló al ver a un jinete que, arrollando a quien encontraba a su paso, se dirigía hacia la reina. Las patas del caballo tiraron a muchos negros al suelo y los aplastaron con sus cascos. Tananda pudo ver fugazmente a un hombre que sobresalía de la multitud. Tenía la cara bronceada y llevaba un casco de acero en la cabeza. Su enorme espada cortaba los negros cuerpos y esparcía manchas de color carmesí. Pero uno de los que integraban la turba empuñó una lanza y abrió con ella el vientre del caballo. Este lanzó un relincho y se desplomó al suelo.

El jinete cayó de pie, sin dejar de golpear a derecha e izquierda. Otras lanzas intentaron herirlo, pero él seguía cortando carne, hundiendo cráneos y desparramando entrañas por el suelo ensangrentado.

Abriéndose paso entre las gentes de color, el desconocido se agachó y levantó a la aterrada reina del suelo. La cubrió con su escudo y avanzó sin dejar de sembrar la muerte a su paso, hasta que llegó a una esquina de la muralla. Colocó a Tananda detrás de él para protegerla con su cuerpo, y luego continuó la encarnizada batalla.

Entonces se oyó el resonar de unos cascos de caballo. Era una compañía de guardias reales, que irrumpió en la plaza pisoteando a quienes encontraban a su paso. Los kushitas gritaron presas de pánico y huyeron por las calles laterales dejando en el suelo una veintena de cadáveres. El capitán de la guardia, un negro gigantesco radiante con su atuendo de seda de color carmesí y arneses dorados, se acercó y desmontó.

—Has tardado mucho en llegar —dijo la reina una vez que hubo recuperado la compostura.

El rostro del capitán se volvió ceniciento. Antes de que pudiera

reaccionar, Tananda hizo una seña a los hombres que había detrás de él. Uno de ellos empuñó su lanza con ambas manos y la hundió entre los hombros del capitán con tal fuerza que la punta salió por delante. El oficial cayó de rodillas, y media docena de lanceros concluyeron la tarea.

Tananda sacudió su larga cabellera negra y se volvió hacia su salvador. La mujer sangraba por varias heridas superficiales y estaba desnuda como un recién nacido, a pesar de lo cual miró al forastero sin dar muestras de la menor turbación. Él le devolvió la mirada, sin poder evitar una expresión de admiración ante la serenidad de la joven y la belleza de sus piernas y de su voluptuoso cuerpo.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Soy Conan el cimmerio —respondió el hombre con un gruñido.

—¿Cimmerio? —inquirió Tananda, que nunca había oído hablar de ese lejano país situado a cientos de leguas al norte. Luego frunció el ceño y agregó—: Llevas puesto un casco y una cota de malla estigios. ¿Perteneces a algún pueblo estigio?

Conan negó con la cabeza, y dijo con una sonrisa:

—Obtuve la armadura de un estigio, pero antes tuve que matar al pobre infeliz.

—Entonces ¿qué haces en Meroe?

—Soy un soldado errante —respondió él sencillamente—. Tengo una espada que lucha para el que paga. He venido a buscar fortuna.

El cimmerio no creyó oportuno hablarle de sus anteriores actividades como pirata de la Costa Negra, ni del tiempo que pasó como jefe guerrero de una tribu de la selva en el sur.

La mirada de la reina recorrió admirativamente el enorme cuerpo de Conan.

—Voy a contratar tu espada —dijo finalmente—. ¿Cuánto pides? Conan lanzó una desconsolada mirada a su caballo, que yacía muerto en el suelo y preguntó a su vez:

—¿Cuánto ofreces? Soy un vagabundo sin dinero y ahora, para mayor desgracia, sin caballo.

La negra movió la cabeza y replicó:

—¡No, por Set! Ya no eres un pobre vagabundo, sino el capitán de la guardia real. ¿Son cien piezas de oro al mes suficientes para

comprar tu lealtad?

El cimmerio miró el cuerpo del antiguo capitán que yacía en el suelo, cubierto de seda, de acero y de sangre. El espectáculo no disminuyó un ápice el gozo que expresó su súbita sonrisa.

—Creo que sí —dijo Conan.

4. La esclava blanca.

Pasaron los días y la luna creció, adquiriendo un tono ceniciento. Una breve y desorganizada insurrección de las castas inferiores fue reprimida por Conan con mano férrea. Shubba, el criado de Tuthmes, regresó a Meroe. Una vez dentro de la habitación de su amo, donde las pieles de león servían de alfombras, dijo:

—He encontrado la mujer que deseabas, señor. Es una muchacha nemedia capturada en un barco mercante de Argos. Pagué muchas monedas al mercader de esclavos shemita a cambio de ella.

—Deja que la vea —dijo Tuthmes.

Shubba salió de la habitación y regresó al cabo de un rato conduciendo a la joven por la muñeca. Era esbelta, y su blanco cuerpo producía un extraordinario contraste con los cuerpos negros y cobrizos a los que Tuthmes estaba acostumbrado. Su cabello le caía en una cascada de oro sobre los hombros de marfil. Iba ataviada tan solo con una raída túnica. Shubba le quitó la prenda dejándola en la más completa desnudez. La muchacha pareció encogerse, avergonzada.

Tuthmes asintió con la cabeza de manera algo impersonal, y dijo:

—Es una excelente mercancía. Si no estuviera el trono en juego, me sentiría tentado de conservarla para mí. ¿Le has enseñado nuestra lengua kushita, como te ordené?

—Sí, mi señor; lo hice durante mi estancia en la ciudad de los estigios y después a diario durante el viaje con la caravana. La joven se llama Diana.

Tuthmes se sentó en un diván y le indicó a la muchacha que se sentara con las piernas cruzadas en el suelo, a sus pies. Ella obedeció.

—Voy a entregarte a la reina de Kush como obsequio —le dijo Tuthmes—. Aparentemente serás su esclava, pero en realidad seguirás perteneciéndome a mí. Recibirás órdenes con regularidad y no dejarás de cumplir lo que te manden. La reina es cruel e impulsiva, de modo que debes procurar no indisponerte con ella. No dirás nada, ni siquiera bajo tortura, de la relación que te une a mí. Para cuando estés en el palacio, fuera de mi alcance y sientas la tentación de desobedecerme, te demostraré ahora mi poder.

Tuthmes la cogió por la mano y la condujo por un corredor hasta llegar a una escalera de piedra; descendieron y se encontraron en una larga habitación tenuemente iluminada. La estancia estaba dividida en dos mitades por una pared de cristal transparente como el agua, a pesar de tener un metro de grosor, y suficientemente fuerte como para resistir el empuje de un elefante. Tuthmes condujo a Diana hasta allí y la colocó frente a la pared, mientras él retrocedía. De repente se apagó la luz.

La muchacha se quedó a oscuras, con las finas piernas temblando de pánico. Luego la habitación se iluminó con un tenue fulgor y la joven vio una cabeza horrenda y deforme. Pudo distinguir un hocico bestial, con dientes afilados como navajas y cubierto de duras cerdas. A medida que el monstruo avanzaba hacia ella, la muchacha lanzó un grito de horror, olvidando que había un grueso vidrio que la separaba del engendro. Se volvió, echó a correr y cayó en los brazos de Tuthmes.

—Tú eres mi esclava —le dijo con tono sibilante—. No me traiciones porque, en ese caso, él te buscará donde quiera que estés. No podrás ocultarte de él.

Luego murmuró algo más al oído de la muchacha, y esta se desmayó.

Tuthmes la subió en brazos y la entregó a una mujer negra a la que dio órdenes de que la reanimaran, le dieran de comer y de beber, la bañaran, la peinaran y la perfumaran a fin de tenerla dispuesta para su presentación ante la reina, a la mañana siguiente.

5. El látigo de Tananda.

Al día siguiente, Shubba condujo a Diana de Nemedia hasta el carruaje de Tuthmes, la hizo subir y luego empuñó las riendas. La joven tenía mucho mejor aspecto, después de lavada y perfumada, y su belleza estaba realzada por un discreto toque de maquillaje. Llevaba puesta una túnica de seda tan fina que a través de ella se podía ver el contorno de su cuerpo. Una diadema de plata relucía sobre su dorada cabellera.

Sin embargo, Diana todavía estaba aterrada. La vida había sido una constante pesadilla para ella desde que los mercaderes de esclavos la raptaron. Había procurado consolarse durante los largos meses que siguieron, pensando que nada es eterno y que siendo tan desdichada, su situación no podía más que mejorar. Pero aunque pareciera imposible, había empeorado.

Ahora iban a entregarla como regalo a una reina cruel e irascible. Si sobrevivía, se vería atrapada entre el peligro del monstruo de Tuthmes, por un lado, y las sospechas y recelos de la reina por el otro. Si no espiaba en favor de Tuthmes, el demonio daría buena cuenta de ella; si lo hacía, la reina seguramente terminaría enterándose y la haría matar de alguna manera más horrenda aún.

El cielo tenía un color acerado. Al oeste se veía un cúmulo de nubes, pues estaba a punto de comenzar la época de las lluvias en Kush.

El carruaje avanzó hacia la plaza principal que se encontraba frente al palacio real. Las ruedas se hundían suavemente en la arena y, de vez en cuando, emitían un chasquido. La mayor parte de los nobles descansaban en sus casas. Unos pocos criados negros pasaban por la calle y al cruzarse con el carruaje volvían sus rostros inexpresivos y brillantes a causa del sudor.

Una vez en el palacio, Shubba hizo descender a Diana del carruaje y la condujo a través de unas puertas de bronce abiertas de par en par. Un obeso mayordomo los llevó por una serie de corredores hasta una gran sala adornada con la opulencia propia de una princesa estigia. Tananda estaba sentada en un sillón de ébano y marfil con incrustaciones en oro y madreperla. Llevaba una breve falda de seda de color carmesí.

La reina examinó con insolencia y altivez a la temblorosa esclava rubia que se hallaba delante de ella. La muchacha era evidentemente un objeto de indudable valor. Pero el pérfido corazón de Tananda sospechaba enseguida de los demás, porque ella misma era una traidora. La reina, con voz velada por la amenaza, dijo:

—¡Habla, muchacha! ¿Para qué te envía Tuthmes a este palacio?

—No…, no lo sé, señora. ¿Dónde estoy? ¿Quién eres? Diana tenía la voz suave y aguda, como la de una niña.

—¡Soy la reina Tananda, estúpida! Y ahora, contesta a mi pregunta.

—No puedo responder, mi señora. Lo ignoro. Lo único que sé es que mi señor Tuthmes me envía como regalo…

—¡Mientes! Tuthmes está comido por la ambición. Puesto que me odia, no me haría un regalo sin una segunda intención. Algo debe de estar maquinando. ¡Cuéntamelo, o será peor para ti!

—¡No…, no lo sé! ¡No sé nada! —repuso plañideramente Diana, rompiendo en sollozos.

Aterrada casi hasta la locura por el monstruo de Muru, no habría podido hablar aunque hubiera querido. Su lengua se habría negado a obedecer a su cerebro.

—¡Desnudadla! —ordenó Tananda, mientras alguien le arrancaba a Diana el ligero vestido que cubría su cuerpo—. ¡Atadle las manos!

Ataron las muñecas de la muchacha e hicieron pasar la soga por encima de una viga, después de lo cual se tensó la cuerda de modo que los brazos de Diana quedaron extendidos sobre su cabeza.

Tananda se puso en pie y cogió un látigo.

—Ahora —dijo con una sonrisa cruel—, vamos a ver lo que sabes acerca de los planes de nuestro querido amigo Tuthmes. Una vez más, ¿vas a hablar?

Con la voz ahogada por el llanto, Diana se limitó a mover negativamente la cabeza. El látigo zumbó en el aire y restalló sobre la piel de la muchacha, dejando una línea roja que cruzaba diagonalmente su espalda. La joven lanzó un grito desgarrador.

—¿Qué sucede? —preguntó alguien con voz profunda.

Conan, ataviado con una cota de malla sobre el jubón de seda y con la espada al cinto, se encontraba en el vano de la puerta. Puesto que ya había intimado con Tananda, se había habituado a entrar en las habitaciones de la reina sin ser anunciado. La soberana había tenido muchos amantes —el asesinado Amboola, entre otros—, pero nunca encontró en ninguno de ellos la pasión y la fogosidad que había hallado en los brazos del cimmerio.

—Aquí tengo una ramera del norte —dijo Tananda volviéndose hacia el recién llegado—. Tuthmes me la ha enviado como regalo, sin duda alguna para que me clave una daga entre las costillas o me eche veneno en el vino. Estoy tratando de hacerle confesar la verdad. Si venías a hacerme el amor, tendrás que volver más tarde, Conan.

—No venía solo por eso —repuso el cimmerio sonriendo con gesto de lobo—. También hay un pequeño asunto de estado. Dime, ¿qué disparate es ese de permitir que los negros entren en la Ciudad Interior para ver cómo se ejecuta a Aahmes en la hoguera?

—¿Un disparate? Eso enseñará a los perros negros que no se puede bromear conmigo. El bribón será torturado de tal manera que se recordará durante años. ¡Así perecerán todos los enemigos de nuestra divina dinastía! ¿Qué objeciones tienes, Conan?

—Solo esta: si permites que miles de kushitas entren en la Ciudad Interior y se enardezcan aún más con la contemplación de la tortura, te aseguro que no tardará mucho tiempo en producirse otra revuelta. Tu divina dinastía no se ha hecho querer demasiado por esas gentes.

—¡No le temo a esa escoria negra!

—Tal vez eso sea cierto, pero he salvado tu hermoso cuello un par de veces de sus manos, y a la tercera quizá no tenga la misma suerte. Estaba tratando de decirle eso mismo a tu ministro Afari en su palacio, pero él me dijo que eran órdenes tuyas y que no podía hacer nada. Pensé que entrarías en razones al escucharme a mí, pues tus cortesanos te temen demasiado para decirte la verdad.

—No pienso hacer nada de lo que me dices. Y ahora vete y déjame con mi tarea…, a menos que quieras empuñar el látigo tú mismo.

Conan se acercó a Diana y la observó con atención. Luego dijo:

—Tuthmes tiene buen gusto. Pero esta muchacha está muerta de miedo. De nada valdrá lo que le hagas decir. Dámela a mí y verás lo que se puede lograr con un poco de amabilidad.

—¿Amable, tú? Vamos, ocúpate de tus asuntos, Conan, y yo me ocuparé de los míos. Deberías estar distribuyendo a tus guardias para la reunión de esta noche.

Luego Tananda se dirigió a Diana y le dijo con brusquedad:

—¡Habla de una vez, fresca; maldita sea tu alma!

El látigo silbó en el aire cuando lo alzó para castigar de nuevo.

Adelantándose con la rapidez de un león, Conan cogió a Tananda por la muñeca y se la retorció hasta que le hizo soltar el látigo.

—¡Suéltame! —gritó la reina—. ¿Te atreves a emplear la fuerza conmigo? ¡Voy a…! ¡Voy…!

—¿Vas a qué? —dijo Conan serenamente, arrojando el látigo a un rincón; luego extrajo su daga y cortó la cuerda que retenía las muñecas de Diana. Los servidores de Tananda intercambiaron miradas inquietas—. ¡Cuida tu real dignidad, Majestad! —exclamó Conan con una sonrisa y rodeando a Diana con sus brazos—. Recuerda que mientras yo esté al mando de tu guardia, al menos tienes una posibilidad. Sin mí… bueno, ya lo sabes. Nos veremos durante la ejecución.

Conan se dirigió hacia la puerta, sosteniendo a la muchacha nemedia. En el paroxismo de la ira, Tananda cogió el látigo y lo lanzó contra el cimmerio. El mango golpeó su ancha espalda y luego cayó al suelo.

—¡La prefieres a ella tan solo porque tiene una piel de pescado como la tuya! —chilló la reina—. ¡Pagarás cara tu insolencia, Conan!

El cimmerio salió de la habitación al tiempo que lanzaba una estruendosa carcajada. Tananda se arrojó al suelo y comenzó a golpear el mármol con los puños, mientras lloraba de rabia y de impotencia.

Poco después, Shubba pasaba con el carruaje delante de la

morada de Conan, camino de la casa de su amo, y contempló con asombro cómo el cimmerio entraba por la puerta principal de su casa llevando a la muchacha desnuda en brazos. Shubba agitó las riendas para apurar al caballo.

6. Un consejo sombrío.

Acababan de encenderse las lámparas cuando Tuthmes tomó asiento en su habitación junto a Shubba y a Muru, el alto hechicero de Kordogan. Mientras observaba inquieto a su amo, Shubba le relató lo sucedido.

—Creo que no valoré debidamente la astucia de Tananda —dijo Tuthmes—. Es una lástima haber desperdiciado una muchacha como la nemedia, pero no siempre es posible conseguir lo que uno se propone. Lo que importa ahora es esto: ¿Qué vamos a hacer? ¿Ha visto alguien al brujo Ageera?

—No, mi señor —respondió Shubba—. Desapareció después de haber iniciado la revuelta contra Tananda. Lo hizo con mucha prudencia, a decir verdad. Algunos afirman que se ha marchado de Meroe; otros aseguran que se oculta en el templo de Jullah, entregado por completo a las adivinaciones.

—Si nuestra divina reina tuviese la inteligencia de un mosquito —dijo Tuthmes con desprecio—, haría invadir la Casa del Demonio por unos cuantos guardias robustos y colgaría de sus vigas a los sacerdotes. —Los otros dos se estremecieron y apartaron la mirada con aire inquieto—. Ya sé que os aterran las brujerías de esos hechiceros —agregó Tuthmes—. Bien, veamos. La muchacha ya no nos sirve para nada. Si Tananda no ha conseguido hacerle confesar nuestros secretos, Conan lo hará por medios más suaves, y además, en su casa, la chica no nos resulta de ninguna utilidad porque no puede espiar para nosotros. Por consiguiente, debe morir cuanto antes. Muru, ¿puedes enviar a tu demonio a la casa de Conan esta noche, mientras él se encuentra al frente de la guardia, a fin de que el monstruo se deshaga de la muchacha?

—Puedo hacerlo, señor —respondió el aludido—. ¿Y no debiera ordenarle que permanezca allí hasta que Conan regrese, para que lo

mate también a él? Porque tengo la impresión de que nunca llegarás a ser rey, mientras Conan viva. En tanto conserve su puesto actual, luchará como un condenado para proteger a la reina, pues así se lo ha prometido, y ello a pesar de las disputas que pueda haber entre ambos.

Entonces intervino Shubba y dijo:

—Aun cuando nos librásemos de la propia Tananda, Conan seguiría interponiéndose en nuestro camino. Podría incluso convertirse en rey. En realidad, en estos momentos ya casi es el soberano sin corona de Kush, puesto que es el hombre de confianza y el amante de la reina. Los guardias reales le profesan una gran devoción y aseguran que a pesar de su piel blanca, en realidad es negro, como ellos.

—Muy bien —dijo Tuthmes—. Librémonos de los dos al mismo tiempo. Yo estaré viendo la ejecución de Aahmes en la plaza principal, a fin de que nadie diga que tomé parte en esas muertes.

—¿Y por qué no enviamos el demonio a Tananda también? —preguntó Shubba.

—Aún no ha llegado el momento —repuso Tuthmes—. Primero debo conseguir la adhesión de los nobles respecto a mis pretensiones al trono, y eso no será fácil. Muchos de ellos también ambicionan ser reyes de Kush. Hasta que mi facción no se fortalezca, mi situación en el trono será tan insegura como la de Tananda ahora. De modo que no me importa esperar un poco mientras ella se va granjeando el odio de sus vasallos por sus excesos.

7. El destino de un reino

En el centro de la plaza principal de la Ciudad Interior se había colocado una estaca a la que estaba amarrado el príncipe Aahmes. Este era un joven rollizo, de piel morena, cuya ignorancia en cuestiones de política había permitido que Afari lo complicara en la supuesta conjura con una acusación falsa.

Cuatro hogueras ubicadas en las esquinas de la plaza, así como varias filas de antorchas, iluminaban el lugar del suplicio, que componía una escena infernal. Entre la estaca de la pira y los muros del palacio real se había erigido un estrado sobre el que estaba sentada Tananda. Alrededor de dicho estrado, estaban los guardias reales formando filas de tres hombres. Las llamas de las antorchas lanzaban destellos rojizos sobre las afiladas puntas de las lanzas, sobre los escudos de piel de elefante y sobre las plumas de sus tocados.

A un lado de la plaza se encontraba Conan a caballo, a la cabeza de su compañía de guardias montados, que tenían las lanzas levantadas en la mano. A lo lejos, los relámpagos iluminaban los cúmulos de nubes.

Alrededor del príncipe Aahmes, atado a la estaca, había más guardias, que dejaban un espacio libre en torno al lugar de la ejecución. En este espacio estaba el verdugo de la reina, calentando los instrumentos de tortura en una pequeña fragua. El resto de la plaza estaba atestado de los negros habitantes de Meroe. La luz de las antorchas hacía resaltar el blanco de sus ojos y de sus dientes sobre las oscuras pieles de los hombres. Tuthmes y sus fieles formaban un grupo compacto en la primera fila.

Conan lanzó una mirada a la turbamulta, con la sensación de que aquello no presagiaba nada bueno. Hasta ese momento todo había transcurrido en orden, pero nadie sabía lo que podía ocurrir

cuando se agitaran las pasiones primitivas de los espectadores. Una indescriptible inquietud hizo presa del ánimo del cimmerio. A medida que pasaba el tiempo aumentaba su desasosiego, relacionado más que con el destino de la obstinada reina, con el de la muchacha nemedia que había dejado en su casa. La chica quedó al cuidado de una criada negra, porque Conan necesitaba a todos sus guardias para vigilar y controlar a la multitud que se reunía en la plaza esa noche.

En las pocas horas que había tratado a Diana, el cimmerio quedó prendado de ella. Era suave y dulce y tal vez virgen, por lo que contrastaba en todos los sentidos con la impetuosa, cruel y sensual Tananda. Ser amante de Tananda era algo apasionante, sin duda alguna, pero al cabo de algunas semanas Conan empezó a pensar que preferiría una mujer de carácter menos tormentoso, para variar. Pero conociendo a la reina como él la conocía, Conan sospechaba que esta sería capaz de enviar a alguien para que diera muerte a la joven mientras la casa se hallaba sin protección y él estaba ocupado con otros asuntos.

En el centro de la plaza, el verdugo avivó el fuego con un fuelle. Luego alzó una herramienta que brilló con tonalidades rojizas en la oscuridad, y se acercó al prisionero. Conan no podía oírlos debido al rumor de la multitud, pero se dio cuenta de que el verdugo le estaba preguntando a Aahmes detalles acerca de la confabulación. El cautivo movió la cabeza indicando que no sabía nada.

Conan sintió como si una voz le hablara interiormente, exhortándole a regresar a su casa. En las tierras hibóreas, el cimmerio había oído hablar a los sacerdotes y filósofos acerca de la existencia de espíritus guardianes y de la posibilidad de una comunicación directa entre dos mentes alejadas. Convencido de que estaban locos, no les prestó demasiada atención entonces. Ahora, sin embargo, creía entender a qué se referían. El cimmerio procuró apartar de su espíritu esa sensación inquietante, pensando que era producto de su imaginación, pero volvió a sentirla con más intensidad.

Por último, Conan le dijo a su lugarteniente:

—Mongo, toma el mando hasta mi regreso.

—¿Adónde vas, señor? —preguntó el negro.

—Voy a dar una vuelta por las calles, para asegurarme de que

no hay pandillas de tunantes al amparo de la oscuridad. Mantén todo bajo control, enseguida vuelvo.

Conan salió de la plaza a todo galope. La multitud se apartó para dejarle pasar. Su premonición se hacía cada vez más intensa. Hizo marchar a su corcel a paso rápido hasta que llegó a su casa. A lo lejos se oyó el débil sonido de un trueno.

La casa estaba a oscuras, con excepción de una luz que alumbraba en la parte posterior. Conan desmontó del caballo, lo ató a una argolla y penetró en la casa con la mano sobre la empuñadura de la espada. En ese mismo instante escuchó un grito aterrador y reconoció la voz de Diana.

Al tiempo que lanzaba un juramento, Conan corrió directamente hacia la casa, desenvainando la espada. El grito procedía de un salón de estar, apenas iluminado por la tenue luz que llegaba desde la cocina, donde había una vela encendida.

Conan se detuvo en la puerta de la sala, horrorizado por lo que vio. Diana estaba encogida sobre un diván cubierto de pieles de leopardo. Tenía el cuerpo descubierto debido al desorden de su túnica de seda. Sus ojos azules estaban desorbitados por el terror que la embargaba.

En el centro de la habitación flotaba una bruma gris que se iba haciendo cada vez más densa. Parte de esa neblina ya se había condensado en una enorme figura monstruosa con hombros peludos y miembros bestiales. Conan vio que la cabeza deforme del engendro estaba dotada de un hocico de jabalí, con colmillos afilados como una daga.

La cosa se había solidificado a partir del aire y se estaba materializando por influjo de algún hechizo demoníaco. Primitivas leyendas afloraron a la mente de Conan, historias de seres pavorosos que merodeaban en la oscuridad y mataban con una furia inhumana. Por un segundo, sus temores atávicos le hicieron vacilar. Luego, lanzando un rugido furioso, saltó hacia adelanté para presentar batalla, pero tropezó con el cuerpo de la criada negra, que se había desmayado en el umbral de la puerta. El cimmerio cayó de bruces al suelo y la espada se le escapó de la mano.

En ese mismo instante el monstruo, que había reaccionado con una rapidez sobrehumana, giró y se lanzó sobre Conan dando un salto gigantesco. Al caer Conan al suelo, el demonio pasó por

encima de su cuerpo y fue a dar contra la pared.

Los combatientes volvieron a ponerse de pie inmediatamente. En el momento en que el monstruo saltaba de nuevo hacia Conan, el fulgor de un relámpago iluminó los afilados colmillos del engendro. El cimmerio le dio un golpe con el codo izquierdo en la mandíbula, mientras con la mano derecha buscaba la daga.

Los peludos brazos del demonio rodearon el cuerpo de Conan con una fuerza tal que hubieran destrozado la espalda de un hombre más débil. Aquel oyó que su túnica se desgarraba cuando la cosa le clavó las afiladas uñas, y advirtió que un par de eslabones de su cota de malla se abrían con un sonido metálico. Aunque el peso del monstruo era aproximadamente igual al de Conan, su fuerza era increíble. Por más que ponía en juego todos sus músculos, el cimmerio notó que su antebrazo izquierdo se iba poco a poco hacia atrás, de modo que el horrendo hocico se acercaba cada vez más a su rostro.

Allí, en la semioscuridad, los dos antagonistas forcejeaban abrazados, como en una danza grotesca. Conan buscaba desesperadamente su puñal, mientras el engendro acercaba lentamente sus colmillos. El cimmerio se dio cuenta de que el cinturón debía de haberse movido de su sitio, pues la daga estaba fuera de su alcance. Sintió renacer sus esperanzas cuando advirtió algo frío en la palma de su mano derecha. Era la empuñadura de su espada, que Diana había recogido del suelo y colocaba ahora en su diestra.

Conan empuñó el arma y tanteó con la punta en busca de un punto apropiado para clavar la daga. Luego empujó con fuerza. La piel del monstruo era increíblemente dura, pero el poderoso impulso hizo penetrar la hoja. El engendro lanzó un alarido bestial al tiempo que abría y cerraba espasmódicamente las mandíbulas.

Conan le clavó el sable una y otra vez, pero la bestia peluda ni siquiera parecía sentir el acero. Sus brazos demoníacos oprimieron más aún al cimmerio en un abrazo mortal. Conan sintió los afilados colmillos cerca de su rostro. Otros eslabones de su cota de malla se abrieron con un chasquido metálico bajo la presión de las tremendas garras, que rasgaron su túnica y trazaron surcos sangrientos en la espalda del cimmerio. De las heridas del engendro fluía un líquido viscoso, que no se parecía en nada a la sangre

humana y que empapó las vestimentas del cimmerio.

Por último, Conan apoyó una pierna en el vientre del monstruo y presionó con todas las fuerzas que le quedaban hasta que consiguió liberarse. Se tambaleó un instante debido al esfuerzo realizado, y viendo que el engendro avanzaba nuevamente hacia él, Conan alzó la espada con ambas manos y trazó con ella un arco desesperado. La hoja mordió el cuello del monstruo, cercenándolo en parte. El poderoso mandoble hubiera decapitado a dos o tres hombres, pero los tejidos de este demonio eran más resistentes que los de un ser humano.

No obstante, con la horrenda cabeza casi separada del tronco, el engendro retrocedió tambaleándose y se desplomó sobre el suelo. Conan aún jadeaba intensamente, con la espada empapada de sangre, cuando se le acercó Diana y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Qué feliz soy! —exclamó ella—. Supliqué a Ishtar que te enviara…

—Vamos, calma —dijo Conan, procurando serenar a la muchacha con sus rudas caricias—. Tal vez parezca que estoy medio muerto, pero todavía puedo mantenerme en pie…

Conan se interrumpió y abrió los ojos con un asombro atroz. La cosa que creía muerta se levantó, avanzó con paso inseguro hacia la puerta con la cabeza bamboleándose sobre los hombros, tropezó con el cuerpo de la criada negra que seguía inconsciente y desapareció en la noche.

—¡Por Crom y por Mitra! —exclamó el cimmerio boquiabierto, al tiempo que apartaba a Diana a un lado—. Eres una buena chica, pero antes debo seguir a ese monstruo. Es el demonio de la noche, del que tanto hablan los negros, ¡y por Crom que voy a averiguar de dónde viene!

Salió al patio y advirtió qué su caballo había desaparecido. Un trozo de rienda que quedó atado a la argolla le indicó que el animal había roto la correa aterrado por la aparición del monstruo.

Poco después, Conan volvió a la plaza donde iba a tener lugar la ejecución. Mientras se abría paso bruscamente entre la multitud que bramaba llena de excitación, vio que el monstruo se tambaleaba y caía delante del hechicero de Kordogan que formaba parte del grupo de Tuthmes. Con los últimos estertores, el engendro fue a

apoyar su cabeza a los pies del brujo.

Nuevos rugidos de cólera se elevaron de la multitud, que reconoció en aquel monstruo al demonio que durante años había aterrorizado a la ciudad de Meroe con sus apariciones esporádicas. Aunque los guardias aún forcejeaban para mantener libre el espacio que habían dejado en torno a la estaca de tortura, muchas manos aferraron a Muru desde los lados y desde atrás y lo arrojaron al suelo. Conan alcanzó a escuchar lo que gritaba el populacho:

—¡Matadlo! ¡Es el amo del demonio! ¡Matadlo sin piedad!

A continuación se hizo un súbito silencio. En el centro de la plaza pudieron ver a Ageera con la cabeza, afeitada pintada de modo que pareciese una calavera. Era como si hubiese saltado por encima de las cabezas de la multitud para aparecer en el espacio abierto.

—¿Por qué dar muerte al instrumento y no al hombre que lo maneja? —dijo señalando a Tuthmes—. ¡Ese es el hombre al que sirve Muru! ¡Por orden suya el demonio mató a Amboola! ¡Mis espíritus me lo han revelado en el silencio del templo de Jullah! ¡Matadlo a él también!

Mientras otras manos se apoderaban de Tuthmes, que gritaba lleno de desesperación, Ageera señaló hacia el estrado en el que se hallaba sentada la reina Tananda.

—¡Matad a todos los nobles! —gritó—. ¡Dad muerte a los amos! ¡Libraos de vuestro yugo y volved a ser libres! ¡Matad, matad, matad!

Conan apenas podía sostenerse en pie, arrastrado por la marea humana que gritaba:

—¡Matad, matad, matad!

De cuando en cuando algún aterrorizado aristócrata era arrojado al suelo y destrozado con saña.

El cimmerio se abrió paso en dirección a sus guardias, con ayuda de los cuales aún esperaba poder despejar la plaza. Pero en ese momento, por encima de las cabezas de la gente apiñada, vio algo que le hizo cambiar de intención. Un guardia real, que se hallaba de espaldas al estrado, se volvió de improviso y arrojó su lanza contra la reina, a la que se suponía que debía proteger. La punta traspasó el glorioso cuerpo de la soberana como si fuera de mantequilla. Cuando Tananda se derrumbó sobre su asiento, una docena de

lanzas más se clavaron en su hermoso cuerpo. Una vez desaparecida su ama, los guardias reales montados se unieron al populacho y masacraron a los nobles.

Poco después, Conan llegaba a su casa maltrecho y agitado. Ató su nuevo caballo y corrió al interior de la mansión, de la que salió con un saco de monedas que tenía guardadas en un escondite.

—¡Vámonos de aquí! —le dijo a Diana—. ¡Coge algo de pan! ¿Dónde diablos está mi escudo? ¡Ah, sí, aquí lo tengo!

—Pero ¿no vas a llevarte estos preciosos…?

—No hay tiempo. Los negros están como locos. Cógete a mi cintura y sube al caballo. ¡Vamos, arriba!

Con su doble carga, el corcel galopó pesadamente a través de la Ciudad Interior, entre una turba de revoltosos, de perseguidores y de perseguidos. Un hombre dio un salto para coger la brida del caballo, pero fue arrollado y cayó al suelo lanzando un grito, al tiempo que se escuchaba un crujido de huesos rotos. Los demás se apartaron del camino como enloquecidos. Conan y Diana traspusieron la gran puerta de bronce mientras a sus espaldas las casas de la nobleza ardían como pirámides anaranjadas. Por encima de sus cabezas, los relámpagos serpenteaban en el cielo, resonaban los truenos y la lluvia comenzó a caer como una cortina de agua.

Una hora más tarde, el chaparrón se había convertido en una fina llovizna. El caballo avanzaba despacio, buscando el camino en la oscuridad.

—Aún estamos en la carretera de Estigia —dijo Conan aguzando los ojos, procurando ver algo en la oscuridad—. Cuando pare la lluvia, nos detendremos para secarnos y dormir un poco.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Diana con voz dulce.

—No lo he decidido aún, pero estoy harto de las naciones negras. No se puede hacer nada con esta gente; son tan tercos y estrechos de mente como los bárbaros de mi tierra: los cimmerios, los aesires y los vanires. Creo que probaré fortuna de nuevo en las comarcas civilizadas.

—¿Y qué será de mí?

—¿Qué prefieres? Puedo enviarte a tu país, o puedes quedarte conmigo. Lo que tú quieras.

—Yo creo —dijo la muchacha con voz suave— que a pesar de la mojadura y de las penurias estoy bien donde estoy.

Conan sonrió complacido en el silencio de la noche y clavó las espuelas en el caballo, que apuró el paso y se perdió en las sombras.



ROBERT E. HOWARD (Peaster, Estados Unidos, 1906 - Cross Plains, 1936). Escritor estadounidense de aventuras históricas y fantásticas, publicadas principalmente en la revista *Weird Tales* en los años 1930. Se le considera como uno de los padres del subgénero conocido como «espada y brujería» y es mundialmente conocido por ser el creador de afamados personajes populares como Conan el Bárbaro, Kull de Atlantis y Solomon Kane. Es, junto con
J. R. R. Tolkien
, uno de los escritores más influyentes de la fantasía heroica moderna.

Hijo de Isaac Mordecai Howard y Hester Jane Ervin Howard. Su familia vivió en varios lugares del sur, este y oeste de Texas, además del oeste de Oklahoma, antes de asentarse en pleno centro del estado, en Cross Plains (1919). Muy enfermizo, se transformó en adicto al gimnasio y llegó a ser un joven fornido y apuesto, pero solitario, introvertido y huraño, de forma que apenas tuvo amigos, salvo los epistolares que hizo entre los escritores del círculo de Howard P. Lovecraft, autor con quien empezó a cartearse en 1924. Los temas que le interesaban eran, sobre todo, los conflictos entre civilización y barbarie (con una preferencia nietzscheana por esta última), las teorías geológicas e históricas, la decadencia de las

razas y la eugenesia. Desde 1923 empezó a sentir fuertes depresiones y tuvo varios intentos de suicidio. Su madre, que se llevaba muy mal con su padre, fue con él sobreprotectora y la relación entre ellos se hizo tan estrecha que, cuando su madre quedó en coma irreversible, el escritor, a sus treinta años, prefirió suicidarse de un tiro.

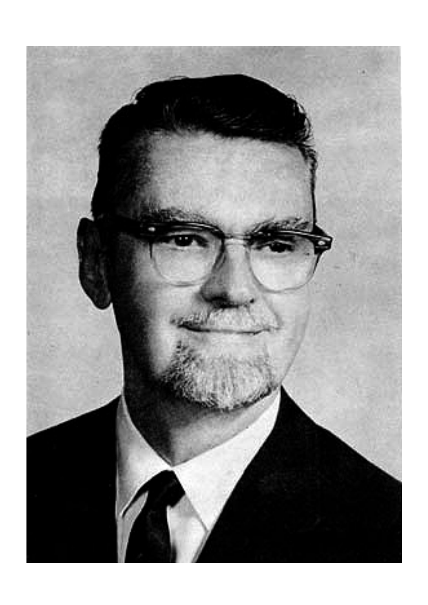
Consagraba su tiempo a la lectura de libros de historia y llegó a acumular una erudición notable; empezó a escribir con quince años y a los dieciocho vendió su primer relato, *La lanza y la espada* (diciembre de 1932), a la revista de ficción popular y papel barato (*pulp*) *Weird Tales*, lugar donde se publicó la mayor parte de su obra. En 1934 ya era el principal autor de la revista, en diez de cuyos doce números publicó, llevándose la portada en cuatro ocasiones; con este éxito se echó una novia, Novalyne Price, una maestra de Cross Plains, a pesar de la oposición de sus padres y empezó a hacer más realistas sus historias; pero en 1935 su novia le dejó por uno de sus escasos amigos y el editor de *Weird Tales*, que le debía 800 dólares, rechazó uno de sus relatos; su madre enfermó de tuberculosis y empezaron los problemas económicos no solo para él, sino para todo el país, postrado en medio de la Gran Depresión; entonces escribió el que consideraba su mejor relato, *Clavos rojos*, donde la barbarie desaparece y la civilización se destruye a sí misma en un relato protagonizado por Conan, a quien se disputan la pirata Valeria y la bruja Tascela en medio de una guerra civil que enfrenta a dos hermanos, presunta alegoría de la relación entre Howard, Novalyne Price, el amigo traidor y los padres del escritor. La crítica coincide en considerar este relato y *Más allá del río Negro* como las mejores historias de Conan.

En estas revistas *pulp*, de precio asequible, Howard creó una pléyade de héroes de la narrativa de ficción, casi siempre bárbaros que llegaban a ser reyes como Kull de Atlantis o Conan el Cimmerio; Solomon Kane, un puritano inglés armado con un talismán vudú; aventureros pictos y celtas en la Britania romana; el boxeador Steve Costigan; novelas del oeste estadounidense y un sinfín de géneros, incluido el erótico, que lo avergonzaba. El espacio en que se mueven estos personajes en realidad es un trasunto de las tierras fronterizas de Texas.

Su personaje más importante fue Conan, que el público descubrió en el relato *El fénix en la espada*, publicado por primera vez en diciembre de 1932. Fue probablemente para este personaje para quien Howard escribió sus mejores páginas.

Howard coincidió con otros autores de la época como Lovecraft (quien le otorgaría el apelativo amistoso de *Bob Two-Gun*, «Bob Dos Pistolas», en alusión a su origen texano) y Clark Ashton Smith, que influyeron de alguna manera en su obra en lo que vino en llamarse el «Círculo de Lovecraft». Así, los protagonistas de algunos relatos de Howard llegan a encontrarse con las criaturas ideadas por Lovecraft y viceversa.

El 11 de junio de 1936, hacia las ocho de la mañana, después de que su madre entrara en coma debido a la tuberculosis, Howard se sentó en la parte delantera de su coche y se disparó en la cabeza con un Colt del calibre 38. Murió a las cuatro de ese mismo día y su madre falleció al día siguiente. Compartieron funeral el 14 de junio y ambos fueron enterrados en el cementerio de Greenleaf en Brownwood.



LYON SPRAGUE DE CAMP (Nueva York, 1907 - Plano, 2000). Sus primeras décadas las aprovechó siendo un buen estudiante e interesado por la Ciencia. Se diplomó en el Instituto Tecnológico de California (1930) y en el Stevens de Nueva Yersey (1933). Sus primeras labores las desarrolló como ingeniero, instructor y director de la Escuela de Invención y Patentes. El siguiente trabajo como editor y periodista (1937-38) le hace irse aproximando al campo de las letras. El primer relato que vende profesionalmente es *The Isolinguals*, en septiembre de 1937, para «Astounding Stories». Su vida se encamina a ser escritor «free-lance» para las revistas de la época, hasta que la Guerra Mundial trunca sus planes, donde desempeña una labor de experto para la Marina de los Estados Unidos. Licenciado con el grado de comandante, vuelve por sus fueros como escritor, realizando, también, una labor de periodista y colaborador de una agencia publicitaria en Filadelphia (1956).

L. Sprague de Camp es fundamentalmente conocido en España por sus colaboraciones con R. E. Howard y Lin Carter en la saga de *Conan*, al igual que como especialista americano en la Heroic Fantasy. Pero su faceta fundamental versa en torno a una space opera picaresca y a una fantasía de clara tendencia humorística. La *serie de Krishna o serie de Viagens Interplanetarias* es una mezcla de

aventura a lo Edgar Rice Burroughs y de intrigas maquiavélicas, destacando unos personajes «simpáticos» para el lector, antihéroes que les mueve el interés práctico. Dentro de este ciclo sobresalen las siguientes novelas: *La torre de Zanid* (1958), *The Search for Zei* (1962) y *The Hand of Zei* (1963).

El Rey Reluctante es una trilogía donde persisten los grandes temas del autor: una imaginería de tipo humorístico, con referencias medievales y haciendo hincapié en la aventura; un carácter «urbano» y sociológico, cuestionando el lugar que uno ocupa en una sociedad cuando algo lo perturba, y la utilización del esfuerzo del héroe para construir un nuevo estado de cosas. También el uso de la tecnología mágica, aplicada a los fines de una razón práctica. La obra está compuesta por las siguientes novelas: *La torre encantada* (1968), *Los relojes de haz* (1971) y *El rey que salvó su cabeza* (1983). En base al éxito de estas narraciones, De Camp escribió una nueva secuela: *The Honorable Barbarían* (1989).



LINWOOD VROOMAN CARTER(San petersburgo, Florida, 1930 - Montclair, Nueva Jersey, 1988) fue un prolífico autor estadounidense de ciencia ficción y fantasía , así como un editor, poeta y crítico. Por lo general escribió como Lin Carter; seudónimos conocidos incluyen HP Lowcraft (parodia de HP Lovecraft) y Grial Undwin. Él es conocido por la edición de la serie *Fantasy Adulto Ballantine*, en la década de 1970, que introdujo a los lectores a muchos clásicos olvidados del género fantástico.